

Curtis Dawkins

Hotel Graybar



En este debut, Curtis Dawkins, condenado a cadena perpetua por el asesinato de un hombre, retrata la vida de la prisión y sus habitantes. A través de diferentes relatos y narradores, Dawkins revela las idiosincrasias, el tedio y la desesperación de sus compañeros de celda y la lucha de estos por mantener vivas sus almas a pesar de su situación. También se describen los entresijos de la cárcel: cómo funciona el sistema de trueque, basado en los tatuajes; los juegos de cartas o el tráfico de cigarrillos.

Curtis Dawkins

Hotel Graybar



Título original: *The Graybar Hotel*
Curtis Dawkins, 2017
Traducción: Inga Pellisa, 2018

Revisión: 1.0
06/03/2019

A mi gente de Portland: Kim, Henry, Elijah y Lily Rose

Una sangre fría
corre por mis venas
y las de todos mis amigos.
Pero aún se puede encontrar
amor en nuestros corazones.
Este comienzo podría ser el fin.

THE DEARS

LA PRISIÓN DEL CONDADO

Tom *el Italiano* era chef de salsas hasta que lo atropelló un Cadillac a cien por hora y, del golpe, se le fueron todas las recetas de la cabeza. Le habían quedado marcados los puntos oscuros de la sutura, y una línea tenue, como una vieja y lisa soldadura, de lado a lado de la frente. No llevaba ni cinco minutos en nuestra celda cuando se pegó en la cicatriz con los nudillos, emitiendo un sonido metálico y amortiguado, como el que haría una lata de refresco abierta al golpearla con la uña.

—Venga, prueba —dijo acercándose un paso.

—Ya lo he oído. Te creo —le dije desde la estera, en el suelo.

Tom recorrió la celda con la mirada en busca de otro más dispuesto, pero Domino y Ricky Brown estaban durmiendo.

Yo no suelo ser muy conversador, pero los últimos dos meses en la cárcel me habían convencido de que no tenía nada mejor que hacer, así que, si alguien me hablaba, había decidido aceptar el ofrecimiento. Al menos, hasta que se pusiera pesado, o hasta que las mentiras fuesen demasiado gordas, o hasta que empezase *El precio justo*. Dado que solo eran las diez de la mañana, le pregunté:

—¿Cuánto hace?

—Unos quince años. —Tom se sentó en callada reflexión en el banco de nuestra mesa de picnic de acero—. Y lo gracioso es que yo solo estaba en Cadillac de visita. Mi hermana me había estado rogando que subiera a conocer a su nuevo marido.

Todavía no habían encendido el televisor, y Tom levantó la vista entre los

barrotes hacia la pantalla fría y negra que compartíamos con la celda vecina. Tenía ganas de ver a Bob Barker ahí arriba, y de oír a Rod Roddy llamando a gente del público a jugar. Durante una hora al día, podía vivir en un mundo lleno de luces y color, ruido y mujeres sonrientes realizando cosas grácilmente con un leve roce de sus manos. Y de esperanza. La esperanza de un buen resultado me dejaba hipnotizado.

—Espera —le dije—. ¿Te atropelló un Cadillac *en* Cadillac?

—¿A que es acojonante? —respondió Tom. Apartó la vista del televisor, y entonces pude ver el resto de las cicatrices, algunas autoinfligidas, como las que cortaban verticalmente sus cejas o unas muescas diminutas en la hélice de la oreja—. Estaba cruzando la calle para pillar una botella de ginebra y un paquete de tabaco y ¡pum! A cien en una calle de cuarenta. Me mandó disparado a veinticinco metros y perdí una zapatilla.

—Mira, eso es algo que no he entendido nunca —le dije—. No entiendo cómo se te pueden salir volando las zapatillas de un golpe. Y tu caso es aún más raro, porque solo salió volando una.

—Hubo testigos —continuó Tom—. Así fue como dedujo la pasma la velocidad a la que iba el tío.

—¿Qué ley física rige que a una persona se le salga el zapato o no?

Y ¿cuáles son las probabilidades de que a uno lo atropelle un Cadillac en un pueblo llamado Cadillac?, me preguntaba. ¿Significaba eso que todo significaba algo? ¿Aun si ese algo era una mentira? Y ¿quién decidía lo que significaba? ¿El mentiroso? ¿El engañado? Y ¿qué mierda significaba todo eso?

Ricky Brown se despertó. Había estado fingiendo que dormía. En la cárcel, hacerse el dormido se convierte en una forma de arte, en particular cuando llega alguien nuevo, y más aún cuando ese alguien va por ahí pidiendo que le golpeen el cráneo con los nudillos.

—Yo te digo lo que significa eso —dijo Ricky desde su litera. Tenía la habilidad asombrosa de responder a las preguntas que pasaban por mi cerebro, como si estuviésemos los dos escuchando el mismo chat telefónico pero él tuviese mejor conexión—. Significa que no te gastes una puta pasta en zapatillas. Y que la vida es una máquina grande y reluciente fabricada por General Motors, un cuento contado por un idiota, no significa una mierda.

Ricky leía mucho —a Faulkner y a Shakespeare, sobre todo—, de modo que creía saber un par de cosas. Era un hombre delgado y pelirrojo, de la vieja escuela, con un tatuaje de un bufón en el brazo izquierdo, y un brujo verde y descolorido en el derecho. Tenía en las muñecas la delatora constelación de cicatrices de los adictos al *crack*: la silueta exacta de una pipa de cristal escondida debajo de las mangas. Y, aun sin verle las espinillas, sabía que allí también habría cicatrices de esa misma pipa escondida en los calcetines.

—Sí, sí —dijo Tom—. Un cuento contado por un idiota que no significa una mierda. Muy profundo, tío. Me gusta.

Kalamazoo es la palabra con la que los nativos americanos se referían al «agua hirviendo». Según los rumores, la prisión del condado se alzaba sobre un antiguo manantial caliente cubierto de marga, por lo que el edificio entero se estaba hundiendo lentamente. Después de treinta y cuatro años, la idea de que el suelo indio reclamara la cárcel había quedado en una simple leyenda, pero eso no impedía que la gente hablase de ella cuando se apagaba el televisor. La fantasía superaba a la realidad. De vez en cuando me despertaba de algún sueño en el que un jefe espectral, exigiendo sus tierras con gritos de venganza, partía el edificio en dos, y nosotros saltábamos y huíamos a lomos de caballos salvajes, escapando al galope de la cárcel justo antes de que se la tragara la tierra.

Estábamos en el Ala A Norte, en la que las luces nunca se apagaban. La A Norte estaba bajo vigilancia intensiva para prevenir suicidios, y aunque muy pocos habíamos intentado realmente quitarnos la vida, suponíamos una cierta inquietud para el poder establecido. Yo nunca había estado en prisión, y me iba a pasar un buen tiempo entre rejas, de modo que el condado me enfocaba a todas horas con los rayos de alta potencia de aquellas luces inquietas.

Junto con las luces, estaban también los guardias que pasaban cada siete minutos, como el barrido constante de un faro. Se acercaban a los barrotes, miraban adentro y, si no se topaban con ninguna escena horrenda, se alejaban sin decir palabra. A veces les preguntaba por el tiempo, y a veces me contestaban, y estaba bien saber que el exterior seguía estando ahí. Pero, por

lo general, la única manera de llamar la atención de un guardia era morirse, o pulsar el botón del pánico que había sobre el teléfono, con la inscripción solo emergencias pintada en rojo con letras de plantilla.

La A Norte tenía ocho celdas: en la mitad de ellas había espacio para cuatro reclusos, y en la otra mitad, para seis, pero como la prisión estaba siempre atestada, solía haber uno o dos hombres extras en cada una. Yo había sido en su día el quinto hombre en la Celda 7, por lo que pasé a ocupar una estera en el suelo, en un rincón oscuro junto a la puerta. Los demás compañeros iban y venían, y en algún momento podría haber reclamado una de las literas de la pared oeste, pero cuando se acabó la metadona, la penumbra de mi rincón me sirvió de consuelo. Me tumbé ahí, sudado y tembloroso, esforzándome en no pensar demasiado, memoricé el Salmo 23 y lo recité minuto tras minuto, hora tras hora.

Todas las mañanas entre semana tenía a Bob Barker, eso sí. Los juegos, los coches nuevos, la ruleta, los escaparates. A veces se me llenaban los ojos de lágrimas cuando un afortunado miembro del público cruzaba chocando los cinco entre la gente para ocupar su sitio en la hilera de concursantes. Estaban sinceramente felices de tener una oportunidad, y mientras contemplaban a Bob, resplandeciente sobre el escenario, debía de parecerles que había una vida mejor justo ahí, al alcance de sus manos. Sus mayores deseos eran ahora una posibilidad, y no en un futuro lejano, sino en ese mismo momento, o al menos durante la hora siguiente. Pero Bob Barker y el vocerío del público de plató eran una compañía limitada, así que cuando Tom *el Italiano* entró en la Celda 7 de la A Norte supongo que yo ya estaba listo.

Tom había pasado de contar el atropello a escenificarlo, de pie en medio de la celda y con movimientos a cámara lenta, como una marioneta con las articulaciones unidas con tachuelas. Nos explicó que, de hecho, la mayor parte de sus huesos y articulaciones eran en efecto de metal, y que solo era capaz de moverse con libertad cuando llevaba ya unas cuantas horas levantado y en movimiento; más tiempo cuanto más frío hiciera.

—Todavía estoy un poco agarrotado —dijo al tiempo que se quitaba la camisa. Estábamos en enero y eran solo las diez y media.

Tom tenía el torso medio verde de tatuajes. Tras apenas un par de meses en la cárcel, yo ya había aprendido a identificar los tatuajes hechos en prisión:

son verdes, o grises, y no tienen la nitidez de una aguja profesional. Los artistas presidarios usan lo que tengan a mano, normalmente una cuerda de guitarra afilada acoplada al motor de un radiocasete. La tinta está hecha de hollín mezclado con saliva, a veces con orina, y el diseño, aunque el concepto sea brillante y preciso, queda apagado y deslucido sobre la piel. Tatuarse dentro de la cárcel es como intentar coser con puntadas finas usando una aguja de tejer. Es la esencia del ingenio carcelario: que pueda hacerse tanto con tan poco.

El pecho de Tom parecía una página sacada del cuaderno de bocetos de un artista: un par de coches antiguos, un león, Mickey Mouse, los barrotes de una celda derramando lágrimas, un manchurrón verde de algo que podría ser la Tierra, o un barco, o una pelota de baloncesto, o la Luna, y el retrato de cuerpo entero de una mujer a la que Tom llamaría más adelante Karen.

Karen no era un tatuaje taleguero. Le empezaba encima del corazón y era clara y definida, con los labios rojos, carnosos. El ojo derecho estaba cerrado en un guiño, pero el iris del izquierdo era de color verde claro, coronado por unas largas pestañas. El pelo parecía agitarse por el viento en dirección al cuello y el hombro izquierdo de Tom, y terminaba en unos mechones finos sobre la clavícula. Estaba desnuda, por supuesto, tenía los pechos grandes y las caderas anchas y estaba sentada a horcajadas sobre el esternón. Tom tenía un torso italiano, peludo, pero lo llevaba limpio y bien afeitado: todo menos la zona púbica de Karen, con su triangulito de vello recortado impecablemente.

El precio justo empezó y acabó, pero apenas si pude prestarle atención. Me pasé el rato mirando el tatuaje de Karen y deseando tocar su piel italiana y aceitunada. Se me hacía incómodo lo de clavar los ojos en el pecho de un hombre y fantasear con calor y contacto, pero el ojo verde claro de Karen y su melena larga y ondulante parecían hablarme, parecían haber recorrido todos esos años desde que los entintaron para concederme un momento de paz y de conexión con la raza humana.

La puerta de la celda se abrió y volvimos a ser seis dentro. Era un hombre negro de piel trigueña y mediana edad, con un peinado afro amorfo y una barba irregular. Aún con el mono naranja de la prisión del condado de Kalamazoo recién puesto, apestaba a alcohol.

—No puede ser. Esto no puede ser —decía—. Estoy ahí con mis cosas, y

vienen los polis y me enchufan la Taser en el culo. Esto no puede ser. —Se desabrochó el mono hasta la mitad y se frotó los dos bultos que habían dejado los dardos de la Taser, como una mordedura de serpiente—. Y además tengo hambre, maldita sea. Esto no puede ser.

El hombre hablaba lo bastante alto como para despertar a Domino, y no dejó de ir de aquí para allá, dale que dale con la Taser, hasta que vio a Tom y su cicatriz.

—¡Mierda, tío! —exclamó—. ¿A ti qué te ha pasado? ¿Te han pegado un tiro o algo?

—Me atropelló un Cadillac a cien por hora.

—Te pareces a Frankenstein, tío. Tendrías que estar muerto.

—Estuve muerto... Dos veces —respondió Tom—, pero me reanimaron. —Se golpeó de nuevo las placas de metal de la frente—. Es todo acero.

—¡Pues sí que eres Frankenstein! —dijo el hombre, y se puso de nuevo a caminar y a quejarse del hambre y de la brutalidad policial.

Tom se quedó con la cara y los hombros caídos, como si quien fuera que sujetara sus hilos acabase de soltarlos. Miró un segundo al borracho y luego bajó la vista al suelo, y fue sorprendente ver a un hombre tan grande herido por algo tan pequeño. Pero aquí dentro no puedes cargarte de esa manera a nadie ni la historia que traiga cada uno, sea o no mentira. Es más, lo había llamado monstruo, y hasta Frankenstein tiene sentimientos.

—Si tienes hambre, puedes pedir algo de comer, ¿sabes?

—¿Sí?, ¿cómo?

—Dale a ese botón que hay ahí arriba en la pared y pide una *pizza*.

El hombre fue hasta la esquina de la celda.

—Aquí dice «Solo emergencias».

—Si el hambre no es una emergencia, tío, no sé qué lo va a ser.

—¡Venga, vale! —dijo el borracho—. ¿De qué la queréis? Yo comparto. —Puso el dedo sobre el botón—. Tío, en la prisión de Kent no tienen estas mierdas.

Se oyó la voz de una mujer en el interfono.

—¿Qué ocurre?

—Tengo hambre. Quiero pedir una *pizza*.

—Un momento —respondió ella.

El borracho se volvió hacia nosotros revolucionado, como un aspirante a pez gordo pagando con el dinero de otro.

—Entonces ¿qué?, ¿pepperoni?

Todos asentimos a nuestra manera. En ese momento se abrió el cerrojo de la pesada puerta de acero y cinco guardias fueron directos a por él.

—Muy bien, Estillo, vamos a por tu *pizza* —dijo uno calvo con bigote.

Lo esposaron y lo arrastraron fuera antes de que el borracho tuviera tiempo de entender qué estaba pasando. Parecía perplejo cuando se lo llevaron, como si estuviese esperando todavía que le preguntaran qué ingredientes quería.

Por las tardes, mientras echaban los culebrones, le quitábamos el volumen a la tele y leíamos, escribíamos cartas, hacíamos lo que hiciese falta para pasar las cuatro horas que quedaban hasta la cena.

Tom hizo su cama y luego se sentó en la mesa de picnic a dibujar. Yo me quedé tumbado en mi estera del rincón, contemplando las figuras silenciosas de la telenovela en la pantalla del televisor. Esa semana, la trama giraba en torno a un rescate; había una rubia espectacular atada a una silla en una nave de trasteros de alquiler. Incluso sin atender nunca a lo que decían los personajes, ese mes había detectado una oscura tendencia a los secuestros en las series de sobremesa.

Tom tarareaba, daba golpecitos con el boli y dibujaba. Me levanté y fui a sentarme delante de él. Los bordes de la hoja en la que estaba trabajando estaban adornados de rosas, hojas y tallos llenos de espinas, y el centro parecía pensado para imprimir un poema o una canción.

—Me he acercado a ver qué hacías —le dije.

—Así me saco yo pasta en el talego. —Era algo habitual entre los tipos con dotes artísticas que acababan entre rejas: vender dibujos y poemas que los demás enviaban a casa—. Pero, mira, esto es lo que voy a hacer ahora. Esta es mi nueva línea: canciones rap eróticas para gais. No pienses mal, yo no soy gay ni nada, pero me muero de ganas de volver a la cárcel. Me voy a hacer de oro. Es un mercado sin explotar.

—Y ¿quién es la señorita? —le pregunté, señalando con la barbilla el

tatuaje del pecho.

—Karen —respondió—. Karen Sharon. Fue mi novia hace mucho tiempo, antes de lo de Cadillac. Yo tenía muchas novias antes de la mierda esa.

Tom bajó la vista al papel y movió la cabeza al ritmo de los golpecitos del bolígrafo. Siguió dibujando mientras yo examinaba fijamente los detalles que conformaban a Karen Sharon: los labios rojos, el cuello largo y liso, las marcas sutiles de las costillas bajo los pechos y, más abajo, las anchas y suaves caderas. Luego venía el pequeño triángulo de vello púbico, las rodillas, las pantorrillas y, por último, los finos tobillos y los pies delicados. La larga melena que se enroscaba en el cuello de Tom parecía más rizada de cerca, no tanto la corriente de un río. De nuevo sentí el impulso de alargar la mano por encima de la mesa y tocarla. Parecía viva; daba la impresión de que, si le metía el dedo en el ojo, ella tendría el reflejo de cerrarlo.

Debía de ser una mujer muy superficial si lo había dejado después del accidente. Aunque, por otra parte, seguramente él tampoco habría sido un novio modélico. O quizá yo estuviese proyectando. Seguro que Tom no había valorado su vida y sus relaciones como merecían, igual que todos los que habíamos malgastado nuestro tiempo fuera. Y ahora era un hombre que se moría de ganas de volver a la cárcel para arrasar en el mercado del rap gay.

La telenovela —creo que era esa del reloj de arena gigante— estaba terminando. La mujer secuestrada en el trastero estaba a punto de morir en un incendio deliberado provocado con algún tipo de artilugio compuesto de gasolina, trapos sucios y un reloj despertador. La escena se fue difuminando con un primer plano de las manecillas y dio paso a una atractiva pareja brindando con champán en el bar de un hotel. Entonces aparecieron los créditos, y la arena se deslizó de nuevo por el cuello del reloj.

Al día siguiente, al despertar, me encontré a Tom marcando un ritmo con el bolígrafo y levantando la vista de vez en cuando hacia el televisor, como si buscara rimas para su rap gay. Los voluntarios de una iglesia cercana aparecieron con el carrito chirriante de libros. Ricky cogió un ejemplar de bolsillo de aspecto antiguo y empezó a leerlo tumbado en la litera. Domino se levantó un solo minuto para intentar llamar a alguien por teléfono.

Me pasé la mañana esperando a que volvieresen a echar la telenovela. Y, por supuesto, la mujer secuestrada que habían abandonado a una muerte segura no había muerto. Yo ya sabía que no moriría, casi nadie muere nunca. Era la forma en que escaparía lo que estaba esperando. En el último minuto, rompió las cuerdas con las garras de su alianza y luego salió corriendo de la nave segundos antes de que el lugar quedase envuelto en llamas. La pareja guapa del bar del hotel fue arrestada: la víctima condujo a la policía hasta ellos y sonrió mientras los esposaban. Y, todo ello, con tan solo un oscuro tiznajo de hollín en la mejilla.

En conjunto, fue un buen día en la tele. Un rato antes, una señora mayor con el pelo azulado había ganado treinta de los grandes jugando al Plinko en *El precio justo* y luego se había llevado los dos escaparates. A las cuatro empezó *Oprah*. Domino seguía durmiendo, pero Tom, Ricky y yo vimos a Tracey Gold, antigua estrella televisiva, contando el desgarrador accidente que había tenido ebria al volante y su arresto posterior.

—Ni siquiera sabía que estaba borracha —dijo.

—Yo tampoco —soltó Ricky—. Que me suelten.

Más adelante en el programa, Oprah mostró a la audiencia que esa copa de vino que tal vez toman mientras juegan a las cartas en casa de un amigo equivale en realidad a tres vasos de *whisky*, porque la copa de vino está llena hasta arriba. «Así que cuidado», advirtió.

—Joder —soltó Ricky—. La borrachuca esa de Tracey Gold casi se carga a sus hijos con ese trompazo, y yo lo único que hice fue fumarme una piedra de *crack*. Tendría que estar yo en *Oprah* y no en la puta cárcel.

—¿A que tiene cojones? —dijo Tom, y todos asentimos.

Tenía cojones, desde luego, aunque estoy seguro de que teníamos todas ideas distintas de qué clase de cojones exactamente.

La comida en la cárcel solía estar bien, y esa noche disfrutamos de lo mejor que podía ofrecernos la prisión del condado de Kalamazoo: salteado de muslo de pavo con verduras y salsa de soja. Tom removi6 la salsa con la punta de la cuchara, como si estuviese mezclando pintura al 6leo para un retrato. Primero la oli6, y luego prob6 una pizca con la lengua.

—Esta cocinera s6 que sabe lo que se hace —dijo—. El punto justo de ajo y pimienta de Jamaica.

Me pregunté cómo sabía Tom que la cocinera era una mujer, y, como siempre, Ricky no falló:

—¿Cómo sabes que lo ha cocinado una mujer?

—Venga —respondió Tom—. Porque es más suave, más cálido. Salta a la vista. Esas cosas las notas cuando frenas un poco.

—¿Qué mierda quieres decir, frenar un poco?

—Me refiero a saborearlo de verdad —explicó Tom—. A cerrar los ojos si hace falta. Ya nadie saborea las cosas. Nada más que tragan, tragan, tragan. Pero, tío, la comida es como el vino: si la dejas en la boca y te concentras, en serio que puedes notar el *terroir* de los ingredientes.

—¿El qué?

—El sabor de la tierra en la que crecieron los ingredientes.

Ricky dio un bocado y sonrió.

—Yo noto algo, y tanto. Sabe como a campo y heno.

—Sí —asentí—. Y a cuadra.

—Creo que ya lo vais pillando.

—Y a vaca —siguió Ricky—. O, al menos, a lo que sale de las vacas... A boñiga, sin duda.

Tom sonrió.

—Pero, en serio, a lo mejor vosotros no, pero yo sí noto esas cosas. Noto el sabor de la tierra donde creció, y el sabor de las plegarias de la mujer que lo cocinó para nosotros.

La idea de que alguien pudiese rogar por nosotros nos hizo cerrar el pico y comer. Traté de saborear esa suavidad de la que hablaba Tom, las plegarias que contenía la salsa. Domino, por su parte, se terminó rápido su plato para poder volver a dormirse.

El guardia se llevó nuestras bandejas, y supongo que Tom calculó que tenía unos siete minutos largos por delante. Cogió la sábana de algodón de su litera y empezó a retorcerla en forma de cuerda.

—Bueno, colegas —anunció—. Me largo del motel Kalamazoo. Ya estoy harto de este rollo del condado: un hombre necesita un café y un pitillo después de una comida como esta. Cuando haya pasado otra vez el guardia, cuelgo la sábana de ahí arriba y me vuelvo al talego. Cuando suba, dadle al botón del pánico.

Tom se sentó en el banco de la mesa de picnic sin camisa y enrolló un extremo de la sábana en torno a sí mismo. Karen Sharon se movía y se balanceaba con él; parecía girar con cada pulsación de sus músculos mientras hacía el nudo corredizo. Echó la sábana sobre la litera. Sentí el cosquilleo de los nervios en los pies y en las manos.

—Si estás en libertad condicional, volverás igualmente al talego dentro de un mes —le advirtió Ricky—. No hace falta que montes este tinglado por un pitillo.

Tom o no lo oyó o hizo como si no lo oyera. Echó un vistazo en dirección a los barrotes y trató de distinguir los pasos del guardia. Yo me dije que todo ese suicidio impostado se quedaría en eso y nada más; que iría todo rodado, y que en cuestión de minutos Tom se habría ido y nuestra celda volvería a quedar en paz.

El guardia pasó por delante sin apenas mirarnos. Tom cogió la sábana.

—Un placer conoceros, chicos —dijo.

Se puso de pie en el borde del banco y ató el extremo libre de la sábana a una de las largas barras de acero horizontales. Luego trepó hasta la tercera, se colocó el nudo corredizo en torno al cuello y se quedó un momento ahí, sujetándose con una mano a la espalda. Con las luces detrás de él, todos sus tatuajes verdes se oscurecieron como manchas turbias, y hasta Karen Sharon pareció envejecer por un instante. La vi tal y como era, después de años de alcoholismo y de vivir con su alma superficial.

—Vale. Vamos allá —dijo Tom.

Ricky y yo no nos movimos. Domino se incorporó y lo miró. Tom tenía los talones de las chanclas proporcionadas por la prisión encajados entre los barrotes. Ciñó el nudo, y luego nos miró uno por uno y soltó la mano con la que se sujetaba. La mitad superior de su cuerpo se separó de los barrotes mientras los talones seguían soportando el grueso de su peso. El nudo se tensó, y a Tom se le puso la cara roja.

—Venga, cabrones, dadle al botón.

Se quitó de una patada las chanclas, primero una y después la otra, que aterrizaron en el suelo con un chasquido. Soltó la barra de acero que sostenía su peso y comenzó a morir. Los músculos del pecho convulsionaron y Karen se puso otra vez a bailar, fea y desesperada, una *stripper* vieja, una puta. Los

forcejeos de Tom parecieron revelar su auténtico ser, la despojaron de sus capas de belleza y falsedad. Pero yo no aparté la mirada: seguía queriendo tocarla. Me daba igual lo que fuera, siempre y cuando ella también me tocara. Y me tocaría, sí: lo vi en sus ojos, en esa fracción de segundo en que su ojo cerrado se abrió y volvió a cerrarse en un guiño solo para mí.

Me levanté del banco, cogí a Tom por las piernas y lo cargué sobre el hombro.

—No me toques, no me toques —dijo entre jadeos.

Ricky cruzó la celda y pulsó el botón del pánico.

—¿Qué pasa? —preguntó la voz de la mujer.

—Un imbécil está intentando ahorcarse.

Tom *el Italiano* se meó en los pantalones naranjas, y la calidez me cubrió el hombro. En cuestión de segundos, la puerta se abrió de golpe y entraron varios guardias. Una de ellos trepó por los barrotes y cortó la sábana con unas tijeras industriales. Tom y yo caímos juntos al suelo, y me quedé sin respiración cuando mi cabeza golpeó el borde metálico de la mesa de picnic primero y luego el suelo de hormigón. La guardia cortó el nudo que le oprimía el cuello, y oí su bocanada de aire, la sentí como si fuera mía. Sentí su vida triste encima de mí, asfixiante.

Los guardias se esforzaron por estabilizar el cuello de Tom mientras yo me quedaba allí tumbado, notando cómo aquel suelo frío iba entibiándose con la humedad que fluía de mi cabeza. Sentí cómo me ablandaba, cómo me sumergía en los manantiales calientes que brotaban debajo de Kalamazoo.

Intenté sentarme, pero la mujer me puso la mano en la frente con suavidad para que no me moviera. Se arrodilló enfrente de mí, tan cerca que me llegó el olor de su champú de hierbas. Miré su placa de identificación: LILLIE. Quise preguntarle si ese era su nombre o su apellido. Quise preguntarle: ¿Te gusta ver cómo cae la nieve de noche? ¿Cuándo se divorciaron tus padres? ¿Cuál es tu película favorita? ¿Lloras cuando no te escribe nadie en mucho tiempo? ¿Te gustaría ser presidenta? ¿Eres feliz?

¿Detestas las noticias? ¿Te rompe el corazón ver un avión de reacción cortando el aire frío y enrarecido?

Pero no podía hablar. Tenía miedo de que, si lo hacía, ella apartara las manos de mi cuerpo. Así que me quedé quieto, mirando a Lillie, mientras el

agua arrancaba a hervir y los caballos echaban a correr.

UN NÚMERO HUMANO

La primera persona con la que hablé fue Michi. Aunque no tenía voz de michino, precisamente, sino una voz vieja y ronca, la que tendría alguien que llevase cincuenta años bebiendo *whisky* como si fuera agua. Apunté su número junto al de muchos otros en la pared, al lado del teléfono, pero cuando me desperté de la siesta un día, las paredes estaban cubiertas de una capa fresca de pintura verde claro sobre el naranja original, como un moratón antiguo o carne gangrenada.

Después de Michi, pasó una semana hasta que conseguí contactar con alguien. Comencé a anotar los números en el listín, en un gran anuncio de RETRATOS DE FAMILIA RITTER que venía en las páginas amarillas. En el anuncio no salía ninguna familia, solo una casa en un valle, un molino en lo alto de una colina y una oveja pastando en un prado. Apuntaba los números en el cielo despejado que se extendía sobre el molino.

¿Quién es?

Eh, soy yo, digo. Se supone que tienes que grabar tu nombre para que, cuando la persona descuelgue, el teleoperador automático le pregunte si desea aceptar una llamada de fulano o mengano desde la cárcel. Yo digo: Eh, soy yo. Es algo que se me ocurrió. No mucha gente conoce a alguien con mi nombre, pero todo el mundo conoce a un «yo».

Eh, soy yo podría ser cualquiera. Un hijo desaparecido hace mucho tiempo, un tío olvidado, tu primo drogadicto, al que todos dan por perdido.

¿Quién es?

¿Quién es?

Tienen que pulsar el 1 para aceptar los gastos de la llamada, que son de 2,40 dólares el primer minuto y de 27 centavos el minuto a partir de ahí, hasta un total de quince minutos. Seis con dieciocho es bastante dinero como para temer que nadie vuelva a contestar cuando empalmo una mala racha.

Me leyó durante mucho rato el Apocalipsis, una mujer mayor con la voz dulce y pausada: «Después miré, y he aquí el Cordero... Y oí una voz del cielo... Estos son los que no se contaminaron con mujeres... Vi volar por en medio del cielo a otro ángel... Y el humo de su tormento sube por los siglos de los siglos... Nadie que reciba la marca de su nombre... Miré, y he aquí una nube blanca... Vi también como un mar de vidrio mezclado con fuego... El que tiene entendimiento, cuente el número de la bestia, pues es número de hombre... Me paré sobre la arena del mar, y vi subir del mar una bestia que tenía siete cabezas y diez cuernos... Y la bestia que vi era...».

Yo apenas si podía oírla por encima de los dos hombres sentados a la mesa de acero inoxidable, que estaban hablando de los inventos con los que se harían ricos cuando salieran:

1. Una máquina de transfusión de deseos que cambiaría el ansia de morir de un suicida inminente por el ansia de vivir de un enfermo terminal. Creían que podía ser tan fácil como intercambiar la sangre de ambas personas.
2. Kits de cirugía casera sencilla.
3. Bombas antitornados.

Little D dijo desde la ducha: Esas son las ideas más tontas que he oído en mi vida.

Pero yo no sé.

¿Quién es?

Eh, soy yo.

No conozco a nadie que esté en la cárcel.

Todavía no estoy en la cárcel. Estoy en prisión. Son dos cosas muy

distintas, pero la gente cree que es lo mismo.

¿Por qué has llamado?

Me aburro.

Yo también. No sé qué hacer con mi vida desde que me jubilé.

¿A qué te dedicabas?

Tenía un taller de carrocería. Trabajaba para aseguradoras. Chapa y pintura. O compraba coches en siniestro total muy baratos y luego iba y enderezaba el chasis, lo reconstruía de cero, básicamente: me sacaba un buen dinero con eso, subastándolos. Pero me dio un ataque al corazón y me hicieron un *bypass*, así que lo vendí. Ahora mi mujer y yo criamos gallinas de esas de lujo que ponen huevos azules.

Eso suena bien.

Supongo. Estamos empezando a odiarnos mi mujer y yo. Casi tanto como odio esos puñeteros pollos. Ya le he dicho que, si yo no puedo volver a trabajar, va a tener que buscarse un trabajo, salir de casa durante el día. Porque, si no, a lo mejor acabo ahí dentro contigo.

Siguió hablando de ese modo lo que duró la llamada, como si fuésemos un par de viejos amigos y me estuviera poniendo al día de lo que me había perdido. Me confesó que se estaba planteando volver a fumar, a pesar, o a causa, de su corazón. Era eso o cultivar rosas. Antes de que se cortara, oí entrar a su mujer.

¿Con quién hablas?, le preguntó.

No tengo ni idea, respondió él. ¿Quieres ponerte tú? ¿Quieres hablarle de tus puñeteras gallinas de diseño?

Oí cómo el auricular se alejaba de su boca, el silencio mientras se lo tendía a su esposa, justo antes de que se terminara el tiempo y se cortara la línea.

A la gente le encanta hablar, por eso contestan. Yo intento escuchar qué hay más allá de su voz y meterme en su casa, en el mundo que los rodea. ¿Qué programa dan en la tele? ¿Qué mascotas corretean por allí? Una vez oí un periquito chillando: «Está enterrado en el cajón de arena». Escucho el tráfico de fuera, un vecino tocando el piano. Una vez, en un edificio de viviendas para

la tercera edad, oí un xilófono que alguien aporreaba con escalas expertas. Incontables capas de sonido componen el mundo, y yo las oigo todas: voces, aspiradoras, el tráfico a través de una ventana abierta, el zumbido de las lavadoras, secadoras, neveras, todo tan leve que el sonido es apenas perceptible.

Michi tenía una rodilla fastidiada. Me dijo que había respondido a mi llamada porque una vez había pasado un fin de semana en el mismo sitio que yo: iba borracho, intentó pegarle un puñetazo a su cuñado, falló el golpe y dejó noqueada a su hermana. ¿Por qué me habían metido a mí ahí?, se preguntaba, pero nunca me lo preguntó directamente. La mayor parte del tiempo no hablaba más que de la forma correcta de construir un tejado, porque el precio de la electricidad se estaba disparando.

Tomaba hidrocodona para la rodilla, que no se había fastidiado montando ningún tejado, como daba por hecho todo el mundo, sino al salir de su Dodge Ram enfrente de casa. Bajó a la acera y se torció el tobillo, lo que acabó jodiéndole por dentro ese asco de rodilla. La llamaba siempre así, *asco de rodilla*, como si fuera una expresión extranjera que hubiese aprendido en la guerra.

No sabía el nombre de la operación que le habían hecho en ese asco de rodilla, pero usaban unos alambres más finos que el pelo humano. Con la anestesia local, oyó el zumbido de los láseres y vio su parpadeo rojo, como el destello de unos faros de policía reflejados en el metal pulido de la lámpara quirúrgica. Se preguntaba si no tendrían que haberle puesto una especie de gafas de soldador, o al menos gafas de sol o algo, ya sabes, para proteger los ojos. Pues, ¿sabes qué?, dijo, iba a tener los ojos bien abiertos (ja, ja) por si la vista le daba problemas en el futuro, y entonces les metería a esos ricachos una demanda que los iba a dejar con una mano delante y otra detrás.

¿Había visto alguna vez *El hombre de los seis millones de dólares*? Ya sabes, la de Lee Majors. Él le decía a la gente que, con todos esos láseres, esos diminutos implantes de titanio y la ronda de cortico-lo-que-se-te-ocurra-esteroides, ahora era medio bionico. No de seis millones de dólares, pero sí de diez de los grandes.

Me dijo que lo llamase cuando quisiera, pero su número se perdió bajo aquel verde mortecino. Eso fue antes de que consiguiera el bolígrafo, un bolígrafo con el sello de aprobación de la prisión que nos proporcionaron los Gedeones. Era una carga de tinta, fina y alargada, metida en un tubo delgado, flexible, para que no pudieras clavárselo a nadie. Los llamábamos *pollas flojas*.

Siempre me he sentido culpable por no volver a llamar a Michi, como si hubiera herido sus sentimientos. Lo intento todos los días: 349—algo.

349—1234: El destinatario no ha aceptado su llamada, o esta ha sido atendida por un contestador automático.

349—1235: El destinatario no ha aceptado su...

349—1236: El número marcado no existe.

Yo no tengo solo determinados números a los que llamar, ¿entiendes? Yo los tengo todos.

349—1238: El número marcado no existe.

349—1239: El número marcado no existe.

Mañana comenzaré con el 1240.

Ah, me alegro de que llames. Ahora mismo estaba pensando en ti. A ver, ¿por dónde íbamos...? «Después de estas cosas miré, y he aquí que fue abierto en el cielo el templo del tabernáculo del testimonio... Pero ella no quiere arrepentirse... Y a sus hijos heriré de muerte... Y os daré a cada uno según vuestras obras...» Ay, espera un minutito, hijo, el pastel está listo.

Dejó el teléfono, supongo, sobre la mesa de la cocina, y oí cómo se abría la puerta del horno, y a ella alabando el aroma y la textura hojaldrada del pastel, su sencilla perfección. Y a través del auricular me llegó el olor de las moras calientes y pegajosas y de la corteza dorada. Oí la melodía de un reloj de pie y el estruendo de un tráiler al pasar. Cerré los ojos y me senté a la mesa de la cocina de esta señora mayor a la que le encantaba hablarme del fin del mundo con su dulce voz de señora mayor.

Creo que se olvidó de mí, lo que me pareció perfecto. La oí tararear algunas canciones que no supe identificar, y hablándole a aquel pastel de moras como si fuese un niño pequeño o un perrito: «Ah, estás para comerte

enterita, ¿a que sí? Eres perfecto...».

El teleoperador automático interrumpió: Le queda un minuto. A veces ese minuto se hace largo e interminable, y a veces pasa demasiado rápido. «Eres un aro doradito de sol, ¿a que sí?», y la llamada se cortó.

Colgué justo en el momento en que un hombre flacucho, negro y afeminado llamado Peanut entró en la celda, miró alrededor y luego cayó al suelo y tuvo un ataque. Los agentes lo llevaron en silla de ruedas a la enfermería. Regresó una hora después, y estábamos todos nerviosos, pensando que cualquier ruido podía hacer que se desplomara de nuevo. Little D dijo que éramos todos unos asustadizos, como esos perros nerviosos que se pasan el día saltando con los ruidos fuertes. Yo ocupé mi sitio junto al teléfono.

Tiene una llamada de Ehsoyyo procedente de la prisión del condado de Kalamazoo. El contenido puede ser supervisado y grabado. Gracias por usar Global Tel Link.

¿Quién es? A la mierda, da igual. Están dando *El Llanero Solitario*. ¿Tú has visto alguna vez la peli esa? Esta cadena de viejales la pone cada puñetera tarde. La original. La de blanco y negro, no esas gilipolleces que han hecho últimas. ¿Sabes?, esas en las que no le dejaban llevar el puñetero antifaz. Tenía que ir con gafas de sol porque el antifaz era una marca registrada o no sé qué mierda. ¿Te lo puedes creer, qué puta corrección política, hoy en día? Los sentimientos de todo el mundo... Nos estamos convirtiendo en un país de nenazas.

Debe de ser un problema legal, le dije. De permisos y cosas de esas.

No, tío, son gilipolleces. Somos un país de nenazas, estamos hasta arriba de gilipolleces.

Aquí mucha gente ve ese canal, no sé si entiendes lo que te digo.

¿Quién? ¿La policía o los presos? Bah, a tomar por culo. Mira, este fin de semana voy a ir a la primera comunión de mi sobrina en la iglesia de Saint Jude, aunque no me hayan invitado. Panda de cabrones... El cuerpo de Cristo. Ese cura me la tiene jurada de siempre. Va a segundo, mi sobrina.

¿Cuál era tu número de teléfono?

¿Por qué? Me has llamado tú.

Ya, pero siempre se me olvida anotar los números. La mayoría no funcionan, y cuando sí van, me meto en la conversación y se me olvida. Vale.

349—1302. ¿Lo has anotado? Pero no me llames a todas horas, tío. Hazlo solo de vez en cuando. La próxima vez te contaré cómo supe que Lance Armstrong se estaba dopando porque tenía cáncer en las pelotas. Sentido común, tío, nada más.

Te llamaré.

Mira, estaba esperando contarle esto a alguien y has llamado en el momento justo. Estaba en el centro comercial, ¿vale?, en el Crossroads, en la parada de bus que hay delante del Ruby Tuesday, y va y se me sienta al lado un tío gordo, viejo, con barba, y empieza que qué hago por allí, que si qué día tan bueno que hace, que si el panorama que se les presenta a los Tigers, lo cara que va la gasolina y cosas así. Bueno, y ¿tú qué aficiones tienes?, me dice.

Y yo le digo: A mí me gusta cazar.

Ah, estupendo, dice. Y ¿qué cazas: tórtolas, liebres, ciervos...?

Lo miro directamente a los ojos y le digo: Cazo cabrones gordos, blancos y con barba.

Peanut daba vueltas a la celda como aturdido, pero uno de los agentes dijo que era un fingimiento con deliberación para que lo mandasen al hospital. Estuvo Fingiendo Con Deliberación de una punta a otra de nuestra celda de cuatro diciendo lo que dice la gente cuando coge una llamada de la prisión del condado. ¿Quién es?, decía. ¿Quién es?

A mí me dio envidia que dijeran que lo de Peanut era Fingimiento Con Deliberación. Sonaba muy bien.

«Porque el tiempo está cerca. El que es injusto sea injusto todavía; y el que es inmundo sea inmundo todavía; y el que es justo practique la justicia todavía; y el que es santo... Yo soy el alfa y el omega, el principio y el fin, el primero y el último... La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con todos vosotros. Amén». Y así, amigo mío, termina la Biblia. Es como si fuera todo una plegaria muy larga, con ese «Amén» al final. ¿Entiendes?

Entiendo. Pero ¿cómo empieza?

Es un puto atentado a la Segunda Enmienda, eso es lo que es. Si pueden quitarle el antifaz al Llanero Solitario, también pueden quitarnos las armas, y lo harán. Eso a ti te la sopla, pero deberías ver cómo está la cosa aquí fuera. Conozco a un par de tíos de las milicias y están locos. Pero a Timothy McVeigh, a ese le pusieron una trampa, ¿sabes? Era un primo.

Se hizo el silencio entre nosotros durante un minuto. Se oía un anuncio de televisión de fondo: «Conduce un Ferrari como los ricos y famosos...».

Y entonces él cambió, como si hubiera sintonizado otro canal.

Voy a ir a por ti, chico. Lo juro por Dios. Tú estás ahí pensando: y ¿cómo lo va a hacer?, no sabe dónde estoy encerrado, no sabe cómo me llamo. Pero tengo mis recursos. Es fácil de la hostia entrar ahí, eso tú ya lo sabes. Es salir, lo difícil.

Mira lo que voy a hacer: en la puta comunión pija de mi sobrina, le voy a pegar un puñetazo al cura y voy a hacer que me metan en una celda contigo, y después te voy a comer como si fueras un plato de sopa aceitosa. Y, mientras trago, te diré cómo te he encontrado, don Ehsoyyo. Es broma... No voy a decirte una mierda. Pero estaré ahí la semana que viene. O mañana. El cuerpo de Cristo y todo eso. El tuyo. Amén.

¿Quién es?

¿Quién es?

Se llevaron otra vez a Peanut a la enfermería. Cuando volvió, llevaba una bola de algodón pegada con esparadrapo al pliegue del codo izquierdo. A la mañana siguiente, la bola de algodón estaba en el suelo, con una gota de sangre ennegrecida mirando al techo como la pupila de un gran ojo blanco. Nadie la recogió; no queríamos pillar lo suyo, tuviera lo que tuviese.

Peanut empezó a atragantarse y a gorgotear entre susurros. ¿Quién es? ¿Quién es? Deduje que seguramente no estaba diciendo ¿Quién es?, sino algo como ¿Qué ves?, o Aquí es, o ¿Qué quieres? Al cabo de un rato comenzó a contaminar mi mente, y para combatir la cantinela de Peanut me decía a mí

mismo: fingimiento con deliberación, fingimiento con deliberación, fingimiento con deliberación.

Peanut describió dos o tres círculos en torno a la mesa y luego se desplomó en el suelo y alguien pulsó el botón del pánico que había sobre el teléfono de la pared. Los enfermeros aparecieron con uniformes azules y cajas de aparejos; parecía que fuesen de camino a una fiesta de disfraces junto a un estanque de peces. Peanut se agarró la tripa y empezó a retorcerse hacia fuera y hacia dentro en posición fetal. Dejó la mirada perdida en la pared mientras los enfermeros le tomaban la tensión, el pulso, etcétera.

Yo me quedé mirando sentado a la mesa. Nunca se sabe cuándo pueden venir bien ciertas dotes de fingimiento, y si Peanut solo estaba fingiendo, desde luego era muy bueno. Yo era un aprendiz preparándome para reemplazar al maestro. Se lo llevaron en camilla, y dejaron en el suelo un charquito de baba reluciente que limpié con una pasada de la chancla. Antes de que el rastro se secara por completo, Peanut entró de nuevo en la celda.

Estaba al teléfono intentando localizar a Michi cuando oí el anuncio en la tele: «Llame ahora y evítese decepciones y lamentos el día de mañana». Escuché la información, descolgué el teléfono y marqué el número gratuito. Era alguna clase de moneda conmemorativa con un búfalo.

Sonaron dos tonos y luego se detuvo. American Majesty Keepsakes, dijo la mujer. ¿En qué puedo ayudarlo?

Estoy en la cárcel, respondí.

Sí, ya he oído el mensaje automático. Mi hermano está en prisión. Recibo esta llamada bastante a menudo, solo que no en el trabajo.

Me gustaría saber cómo conseguir esa moneda para evitar decepciones y lamentos el día de mañana.

Son 19,95 dólares. Puede pagar con tarjeta de crédito o cheque electrónico. No aceptamos contra reembolso, lo siento.

Es una ganga, para todo lo que promete.

El precio incluye el envío y la manipulación. Puede llevarse una gratis — de hecho, le voy a ser sincera, *tiene* que llevarse una gratis— pagando los gastos de envío adicionales. Acaba saliendo por unos cuarenta dólares.

¿Cuarenta? No puedo permitirme eso.

Bueno, de todos modos, no puede pedir nada desde la cárcel. Para el caso,

es como si estuviera usted en la luna.

Durante unos cuantos días, Peanut estuvo quejándose y abrazándose la tripa. Le dijo a la agente que estaba embarazado. La agente se alejó, hablando por su ruidoso *walkie-talkie*, que chillaba y chirriaba a todas horas como un mono enjaulado. Peanut se sentó a la mesa y se balanceó adelante y atrás. Dijo que estaba teniendo un aborto o algo.

Deben de ser gases, le dijo Little D, esperanzado, como si diagnosticando el problema los líos de Peanut se fuesen a terminar, y él fuera a quedarse callado y nosotros pudiéramos dejar de preguntarnos qué clase de disparate fingido íbamos a tener que oír a continuación.

Pero en un rincón de la celda, Little D me confió en voz baja: A lo mejor sí que tiene algo. La rabia, o sida, o sífilis. Más vale que reacciones rápido si intenta morderte.

Le devolví una mirada incrédula.

Yo lo digo por si acaso, me respondió. Tú pégale una patada: a los psicópatas no les gusta que les den patadas.

Empalmé una mala racha con el teléfono. Pasé varios días sin contactar con nadie. Ya me había desesperado alguna vez antes y había acabado llamando a abogados; bueno, no a los abogados directamente, a las recepcionistas: todas ellas cínicamente educadas en un primer momento, hasta que decidían si le ibas a reportar algún dinero al bufete o no. Por lo general, se oían voces y el sonido del tecleo de fondo, los ruidos animados de una oficina ajetreada. Una vez dije que había sido víctima de la negligencia de una farmacéutica, y que estaba en prisión porque los gorilas corporativos me habían tendido una trampa.

¿Qué medicación estaba tomando?

Viagra, respondí, respuesta que me llevó por la vía rápida a entrevistarme telefónicamente con un abogado.

¿Y bien? ¿Qué ocurrió con la Viagra?, me preguntó una voz de hombre.

Tuve una erección.

Eso es lo que se supone que tiene que ocurrir.

Vacilé un momento, y luego lo oí soltar un suspiro y colgar el teléfono.

Con los agentes de fianzas sí que se podía hablar. O con sus secretarias, cuando las tenían. Pero la mayoría de las veces los agentes de fianzas son gente deprimente, sin empleados. Escuchan un rato porque técnicamente yo podría salir bajo fianza si tuviera alguna garantía o algún aval. O a lo mejor escuchan porque están en lo más bajo del tótem del sistema judicial, justo por encima de los guardias de seguridad. Sacar bajo fianza a delincuentes acusados no era su vocación. La vida no ha salido como esperaban, y ese fracaso se traduce en una disposición a escuchar unos minutos, incluso a charlar un poco. Te preguntan dónde estás encerrado, cuánto tiempo llevas dentro, cómo te va. Fingen preocuparse hasta mucho después de que resulte evidente que no van a hacer dinero contigo.

¿Quién es?

Los hombres jubilados son los que más acostumbran a responder, seguidos de las viudas. Seguidos de los antiguos reclusos y luego de sus familias.

¿Te conozco?, preguntan a veces. Te conozco, ¿verdad?

Y yo les respondo: Depende de lo que entiendas por *conocer*.

Se oyó una voz por el interfono, distinta de la voz robótica y genérica del teleoperador de Global Tel Link: tenía visita. ¿Quién es?, pregunté. Marvin Newhouse, dijo ella.

Yo no conocía a ningún Marvin, pero pensé que a lo mejor Michi me había encontrado, o el tipo que quería cargarse la comunión de su sobrina. Me abroché los botones del mono naranja. Me peiné. Peanut estaba en el lavabo, quejándose. Little D dijo que estaba cagando al bebé. Salí de la celda y seguí al agente hasta la sala de visitas, seis compartimentos con ventanilla y teléfono en los que hablas de pie.

Es una sala larga y estrecha siempre caldeada por el calor corporal de los reclusos que han pasado antes, y huele como una manguera de jardín putrefacta. Me coloqué frente a la ventanilla más alejada y limpié el auricular

del teléfono negro en la pechera del mono. Los visitantes entraron en fila: mujeres de mediana edad con los pechos rebosando de sus camisas abotonadas como masa subiendo; un hombre con una biblia; dos mujeres más jóvenes con las mismas lonjas turgentes, está vez asomando de los costados de los vaqueros.

Marvin, quienquiera que fuese, no apareció. Me quedé de pie en mi cubículo, con la ventanilla a la altura del pecho y el teléfono en la oreja, preguntándome quién se suponía que debería tener enfrente. Fuera quien fuese, en ese momento estaba cruzando el aparcamiento en dirección a su coche, metiendo la llave en el contacto y alejándose con una última mirada atrás, como si aquel sitio fuese un monumento nacional.

Escuché el murmullo revuelto de voces desde mi lado de la sala y examiné mi reflejo parcial en el cristal emborronado. Veía los perfiles difusos de las manos y los labios, que se hacían más pequeños al bajar por la ventanilla. Me estaba contemplando a mí mismo, por supuesto, un retrato traslúcido pincelado con manchurroneos grasientos, pero me imaginaba a mi amigo Michi.

Solté una buena risotada, contento de verlo. Estaba mucho mejor de la rodilla, me dijo, pero ahora no sabía si se había enganchado a la hidrocodona.

Me reí de nuevo, y luego me disculpé, porque las adicciones no son cosa de broma. Le hablé del loco que iba a cargarse la comunión de su sobrina; había estado siguiendo las noticias locales esperando que hablasen de alguna bronca en una iglesia católica.

Me partí de risa, pero Michi empezó a preocuparse. Me dijo que hablaría con un agente, un antiguo compañero de instituto, y que a lo mejor podían ponerme protección adicional. Yo valía la pena, me dijo, no había salido dañado ni mermado ni nada solo por los errores que había cometido y que parecía seguir cometiendo. Esto era así: en ciertas personas, el fracaso podía convertirse en una cualidad. El fracaso podía hacer de ti una persona mejor. Podía transformarse en éxito.

Nos miramos un momento sin decir nada a través del cristal blindado. Saqué un tema nuevo para borrar el silencio: Peanut y sus constantes juegucitos, Peanut en el váter, deshaciéndose de su bebé. Le hablé de los inventos que se les habían ocurrido a aquellos tíos de la mesa. Me dijo que menudas historias iba a poder contar algún día, y que lo único que necesitaba

era un hogar estable y un trabajo seguro, como construir tejados, para sacar lo mejor de mí mismo. Creí que iba a pedirme que me fuese a vivir con él cuando saliera, que le echara una mano por casa mientras se le curaba la rodilla, pero el agente entró y dijo que se había terminado el tiempo, teníamos que volver. Me reí una última vez antes de seguir a los demás al exterior de la sala estrecha y sofocante, y añadí mis ecos a los millones que había ya allí: más y más espesos con cada nueva capa de gangrena.

De camino a la celda, me vino un número a la cabeza. Lo vi tan claro como si hubiese aparecido en la ventanilla borrosa, escrito con cifras mates y pringosas, como si Michi lo hubiese dicho en voz alta, y lo repetí una y otra vez para asegurarme de que no lo olvidaba antes de poder apuntarlo.

Cogí el boli de polla floja y anoté el número en mi colchón, en un trocito del borde que la sábana no llegaba a cubrir. 349—1568. Y aun entonces me lo repetí en voz baja, esperando no volver a olvidarlo.

¿Vas a empezar tú con esas mierdas de psicópata ahora que se ha ido?, me dijo Little D.

¿Qué?

¿No notas nada distinto?

Miré a mi alrededor.

Peanut no está, respondí. ¿Qué ha pasado?

Te dije que tenía algo, ¿a que sí?

No era la rabia ni nada de eso. Era verdad que estaba embarazada. Era una mujer haciéndose pasar por hombre. La buscaban, como mujer, por una larga lista de delitos financieros a escala nacional, algo relacionado con una estafa en una recogida de donaciones por internet para un trasplante de riñón. El enfermero le había contado a Little D que seguramente el embarazo era eco-algo, algo de que el huevo se queda atascado en la trompa de Felipe.

¿Te lo puedes creer?, dijo Little D.

Apuesto a que esos guardias deben de sentirse como unos idiotas.

A estas alturas ya estarán acostumbrados.

Era demasiado. Demasiadas cosas de golpe, pensé. Tenía que contárselo a alguien. Cogí el auricular y me lo llevé a la oreja, aún caliente de la sala de visitas. Pulse «0» para llamar a cobro revertido, dijo el teleoperador. Pulsé «0», y luego el número que había visualizado. Esperé.

Le iba a hablar de Marvin Newhouse, le diría que sabía que era él. Le contaría lo de Peanut, le contaría que esta vez había apuntado el número en el borde del colchón y que mañana, cuando llamara, ya no me preguntaría ¿Quién es?; diría: Eh, yo te conozco.

Yo te conozco, diría, y hablaríamos de hidrocodona y de tejados. Hablaríamos de ascos de rodilla y de locos, de primeras comuniones y del fin del mundo. Tenía mucho que contarle. Pero primero tenía que contestar.

Contesta, le susurré al teléfono. Contesta.

SUNSHINE

George había vuelto de la sala de visitas, donde su novia, Sunshine, acababa de decirle que tenía cáncer. No había podido tocarla ni abrazarla, claro, a través del teléfono, a través de la ventanilla. Dijo que había estado a punto de cargarse el panel, de cristal grueso y reforzado, pero supuso que lo reducirían mucho antes de que pudiera llegar a consolarla. Nos echó un vistazo a todos, con la furia todavía en los ojos, como si esperara que lo elogiásemos por su contención a la hora de intentar algo que habría resultado imposible de buen principio.

Un poco más allá había una celda de mujeres suicidas que escribían mensajes guarros en pastillas de jabón que luego hacían resbalar hasta nuestra celda, como jugadoras de *curling* clandestinas. Daba igual hombre o mujer: a todos los suicidas los amontonaban en este pequeño sector de la cárcel. Pero a las mujeres no las veíamos nunca, solo las oíamos y leíamos sus mensajes. A los reclusos generales seguramente les habría encantado estar tan cerca de las mujeres, pero era frustrante y absurdo, y yo habría preferido diez veces una tele buena en lugar de la que teníamos, que estaba muriendo lentamente en lo alto de la pared. La mitad del tiempo no era más que una pantalla negra con voces dentro que de vez en cuando soltaba un estampido inquietante por el altavoz.

Durante el tiempo que estuve allí, no se suicidó nadie en el Ala de Vigilancia Intensiva. Sí que se mató un hombre en la prisión, pero no estaba en la A Norte, sino en aislamiento. Mi mujer vino a verme el mismo día que los funcionarios de la prisión le entregaron a su afligida hermana todas sus

pertenencias, allí, en la sala de espera. Mi mujer no entró en detalles; estaba muy afectada, y yo no insistí. Pero en mi mente he representado esa escena una y otra vez. Imagino que un hermano o una hermana, alguien a quien quiero y con quien he crecido, termina en la cárcel —lo que ya es bastante duro—, y que luego aparecen sus demonios personales y no vuelvo a verlo con vida. Aprieto entre los dedos una bolsa de papel con sus cosas y esta no parece pesar lo bastante.

En la A Norte no murió nadie. Nosotros no, al menos. Pero la novia de George tenía cáncer y nos sentíamos todos fatal por ello. Cuando estás lejos de la gente que conoces y amas, las emociones se multiplican. Tu mente se transforma en un prisma clarísimo en el que cada sentimiento que entra se desdobra en siete u ocho tonos distintos. Todos éramos responsables de estar allí dentro, desde luego, ninguno era inocente; pero cuando eres tú el que está encerrado, eso solo te hace sentir peor.

Estábamos tristes por Sunshine y preocupados por George, que era un chico malhumorado que se peleaba con cualquiera a las primeras de cambio. Saber lo del cáncer no ayudó con su carácter, ya de por sí irritable. Yo llevaba un tiempo haciendo piezas de ajedrez con papel higiénico húmedo, y ahora estaba terminando los alfiles, que eran parecidísimos a los peones. George se sentó en su litera.

—Se le estaba cayendo el pelo —dijo.

Y se echó a llorar. A llorar de verdad. Sollozando.

—¿Cuánto hace que tiene cáncer? —le preguntó uno de nosotros.

—Se acaba de... —sollozo— enterar... —sollozo— hoy.

Y, por supuesto, dado que yo era el sabelotodo oficial de la celda, le expliqué a George que en la historia del cáncer de Sunshine había algo raro. No se te empieza a caer el pelo el mismo día que te diagnostican un cáncer.

—Eso es por la quimio —le dije—. Y, si se lo acaban de encontrar, no puede haber empezado con la quimio todavía.

George siempre había tenido problemas con la violencia; fue lo primero que dijo cuando se convirtió en el quinto hombre de la celda. Nos contó que su padre solía organizar peleas entre él y los hijos de sus compañeros de borrachera. Hacían apuestas, como si los chicos fuesen perros o gallos. Yo esperaba que me diese un puñetazo después de llamar a Sunshine mentirosa,

básicamente. Pero no me cayó ningún puñetazo. Seguí añadiendo capas mojadas de papel higiénico para construir los alfiles.

George dejó de sollozar. Se tumbó bocarriba en la litera y se puso a escuchar la tele fundida, como si fuese capaz de ver lo que estaba ocurriendo en la pantalla.

Yo di siempre por sentado que era Sunshine la que mentía: que le habían diagnosticado el cáncer meses antes, pero había tenido que reunir fuerzas para decírselo a él cara a cara. Sin embargo, años después de coincidir en la A Norte con George, caí en la cuenta de que seguramente había sido él quien se había inventado toda aquella historia. Por compasión, o algo así.

Estaba tumbado mirando la pantalla negra, y parecía disfrutar de verdad del culebrón que estaban echando. Era como una radionovela, o como escuchar a escondidas, como si la acción tuviese lugar justo al otro lado de la pared de bloques de hormigón de nuestra celda. Había un secuestro: un pirado de acento sureño pedía un rescate de dos millones de dólares. Entendimos que la rehén era un personaje habitual, así que ya sabíamos que no sufriría ningún daño permanente. Ella a lo mejor pensaba que iba a morir, pero era imposible. De hecho, puede que pasar por aquello le hiciese algún bien a esa boba malcriada. Puede que su alma superficial se hiciese algo más profunda. Pero entonces salió un estampido del altavoz y una voluta de humo se alzó desde la parte trasera de la tele. Y se acabó. El televisor tuvo una muerte ligeramente humeante.

No supimos nunca cómo había terminado el secuestro, si había afectado de algún modo al personaje de la serie o no. Yo imagino que tendría pesadillas, como las que suele provocar la proximidad a la muerte, y que, como yo, se despertaría en una bolsa de papel, esperando a que alguien la recogiese.

SERIE DE SOBREMESA

Arthur iba con capa en la prisión del condado. Se la había hecho con la manta de lana gris oscura que le dan a cada recluso, y el nudo que unía las puntas descansaba sobre su nuez. Fue un noviembre de los fríos en la prisión y la capa le servía de abrigo, aunque el aire de superhéroe oscuro y siniestro era un punto adicional. Arthur se miraba en el espejo rayado y deslustrado que colgaba sobre el váter de acero inoxidable, mostraba una sonrisa desdentada y luego se daba media vuelta cortando el aire con la capa y se sentaba a la mesa de acero anclada al suelo de nuestra celda.

Los otros tres hombres dormían. La televisión de la pared estaba oscura, callada y polvorienta. A la izquierda del televisor había una ventana gruesa y mugrienta, y los primeros rayos de sol del día proyectaban un haz de luz que atravesaba la celda e iluminaba el rincón.

Quería hacer algunas flexiones. Notaba que uno de los tíos lo estaba mirando, así que se trataba de una demostración de fuerza bruta con la que dejar claro que, a pesar de que tenía unos kilos de más, era mucho más fuerte que un hombre cualquiera. Pero no en mitad de la celda, sería demasiado obvio que quería lucirse, sino en el espacio que quedaba entre el banco de la mesa y la pared. Era un poco justo, pero se las apañaría. Cerró los ojos y se concentró un momento. Se concentró en la fuerza que corría por su sangre, por sus venas, que se precipitaba por su pecho y sus brazos. Se preguntaba por qué le habrían quitado los putos dientes postizos. Cabronazos de mierda. Eso estaba bien. La rabia era buena. Mira.

—¿Qué haces?

—Rezar.

—Parecía que fueras a hacer flexiones.

—Nah.

Arthur levantó la vista. Pero no mires fijamente, no de entrada. ¿Qué carajo era ese destello? Parecía que tuviese una vela en la boca. A ningún blanco le quedarían así; la piel oscura es lo que hace que resalten, como estrellas en la noche.

Arthur se puso de pie.

—¿Me enseñas tus fundas?

También le gustaba mucho el pelo del chico, peinado en unas trenzas cuidadosas, formando hileras y terminadas con unas diminutas coletas recogidas con goma elástica.

—¿Quieres mis dientes? ¿Me vas a dar los huevos que te pongan en el desayuno?

—Trato hecho —dijo Arthur, y se acercó a él.

Los otros dos hombres dormían profundamente. Las fundas eran transparentes como el cristal, y cuando el chico las hizo chocar varias veces sonaron como un bastón de madera golpeando el suelo. Los dos incisivos llevaban incrustaciones de oro y las iniciales «CJ».

—¿Me las puedo probar?

—¿Dónde están tus *grillz*?

—Me los quitaron.

—¿Por qué?

—No lo sé. Solo eran unas fundas blancas. Ni siquiera sabía que hacían dientes así. ¿Cuánto te costaron?

—Dos —respondió el chico.

—¿Doscientos? —Respuesta incorrecta, comprendió Arthur. Se sintió muy blanco.

—Dos mil —dijo el chico, y de pronto Arthur estaba de nuevo en Manhattan.

Había un edificio estrecho en Orchard Street, en Chinatown, en el que hacían salchichas chinas. Ristras de tres metros de largo, carne roja y cruda retorcida a cada palmo para dividirla en salchichas, colgando en la ventana. Incluso metido en aquella celda, a Arthur le llegaba el olor de la ginebra que

usaban. Alrededor del mediodía, los trabajadores hacían cola frente al mostrador, pescando con palillos los fideos gordos que flotaban en el caldo de pollo. En la calle se oía a los judíos que había cinco puertas más allá hablando con los transeúntes, pidiéndoles que entrasen en su tienda y se probaran una camisa.

Había dos mil salchichas colgadas de la ventana. Tenía que haber dos mil. Pero la señora salió y le dijo: «Ya puedes pasar». Y él pasó, porque ya no tenía que seguir contando: lo sabía. Y cuando el judío con soriasis en la frente lo cogió del codo y le dijo: «Adelante», Arthur lo siguió. El hombre le midió los hombros y le puso un abrigo gris oscuro largo hasta la rodilla confeccionado a mano en Italia. Las mangas eran demasiado largas, pero se podía hacer un arreglo, le dijo el hombre. Aun así, en el espejo Arthur vio a un joven —un niño— imaginando un lugar en el mundo que le fuese a la medida con solo unos retoques. Miró su reflejo y se preguntó cómo lo hacía uno, exactamente, para arreglar un mundo que le quedaba grande.

¿Estaba tardando demasiado, ahí callado? El chico con las iniciales «CJ» en los dientes parecía incómodo con la espera. Muchas veces Arthur no se apañaba bien con el tiempo. Había minutos que se alargaban como puentes, y luego días enteros que pasaban tan rápido como el agua que corría por debajo.

Cruzando infinitas hileras de hombros de lana oscura estaba él, frente al espejo de cuerpo entero de la tienda. Puede que fuese un niño, pero podría convertirse en cualquiera con aquel abrigo.

—¿Te apetece un café, té...? —le preguntó el judío—. Siéntate por ahí y hablemos de abrigos.

Arthur se sentó, y el café era de lata y estaba pasado.

—Una vez me puse un abrigo que costaba dos mil dólares —le dijo Arthur a su compañero de celda—, y una vez conté dos mil salchichas en el escaparate de una tienda de salchichas. Y ahora me encuentro aquí a un hombre con unos dientes de dos mil dólares.

—¿Qué coño dices?

Arthur se preguntó si había perdido la oportunidad de probarse esas fundas. Estaba a punto de pedirselo otra vez cuando el nuevo, un tío con pinta de *hippy* tumbado en la litera de arriba, junto a la puerta, se incorporó.

—¿Qué hora es? —preguntó.

—La hora del desayuno, más o menos —respondió Arthur.

—Pues eso es bastante temprano. No es muy considerado que estéis de charla, ¿no te parece?

—Tú eres gay, ¿verdad? —le dijo Arthur—. Tienes un *look* increíble, como de feria, creo, con el pelo y la barba tan greñudos. Parece que acabes de salir disparado de un cañón. Tendrías que verte. Yo querría ir igual, pero con los dientes de este tío.

—Gracias, puto colgado.

—De nada —respondió Arthur—. Eh, ¿quieres que hagamos como que estamos chingando la próxima vez que pase el guardia?

—Es un poco pronto para bromas y jueguecitos, ¿no? —El hombre se frotó con el índice la yema callosa del pulgar. A Arthur le llegó el olor a restos de butano y cocaína liberados en la fricción—. ¿Tú también eres gay?

—Ojalá. Debes de soñar con ir a la cárcel algún día.

—No, me parece que no sueño con ir a la cárcel.

—Pues deberías —dijo Arthur, sin saber muy bien por qué.

Sentía que sus pensamientos se hacían más lentos, a punto de dejar paso a otros que no eran los suyos. Si consiguiera aguantar hasta después del desayuno, lo llevarían al final del pasillo y la enfermera estaría ahí, le daría la medicación y el mundo volvería a girar más rápido, y así su voz podría adelantar a las demás.

Llegaron cuatro desayunos en unas pesadas bandejas de plástico. Arthur le dio sus huevos al chico de los dientes caros. El cuarto hombre siguió durmiendo, y los demás se repartieron su comida. Todos comieron y luego se echaron. Arthur se tumbó con la capa y se quedó mirando la parte inferior de la litera de arriba. En algunos pegotes descoloridos de pasta de dientes seca quedaban todavía restos de fotos: retratos escolares de niños y niñas en papel satinado, recortes de revista con modelos retocadas. Había una vieja cruz de madera a lápiz, un dibujo de Bob Esponja hecho con colores, desnudos de mujeres pechugonas y un calendario de algún mes de julio dibujado con esmero y con la mitad de los días tachados.

Arthur tenía el tubito de pasta de dientes que les daban a todos los reclusos, pero ningún diente. Y tampoco tenía nada que pegar debajo de la litera. Cerró los ojos, y mientras calculaba cuánta pasta de dientes haría falta

para pegarse él a la litera, un agente alto y con barba de chivo abrió la puerta:

—Eh, Superman, tienes hora con el psico —le dijo haciendo girar las llaves alrededor del dedo.

—Tengo que esperar a la enfermera.

—Hoy te toca psico primero. Deja aquí la manta.

Arthur estaba sentado en una sala de bloques de hormigón amarillos, con una pared de barrotes de hierro también amarillos. Había una larga mesa en el centro y una pizarra verde colgada en la pared. Era la sala de estudio de la Biblia; Arthur lo supo por las palabras desvaídas, borradas, que habían dejado su rastro en la pizarra: «Tened también vosotros paciencia y afirmad vuestros corazones, porque la venida del Señor se acerca». Arthur cerró los ojos y se sintió bien y arropado allí, con los restos de aquellas palabras.

El doctor Stan, el psicólogo, iba siempre con prisas, y el lunes era el día más ajetreado de todos, con todas las entradas del fin de semana. Para empeorar las cosas, su joven y bonita médica en prácticas, Jill, estaba en mitad del embarazo. Tenía el cuerpo hinchado, iba sin maquillaje y un grano enorme y rebosante estaba a punto de estallar en su entrecejo. El doctor parecía su perfecto opuesto: pálido y seco como un palo, con una barba llena de calvas que le daba un aspecto enfermizo, como si le faltasen nutrientes o algún componente esencial.

—¿Sabes por qué estás aquí? —le preguntó a Arthur—. Sí.

—¿Puedes decirme por qué estás aquí?

—Querría una lobotomía, por favor.

El doctor Stan y Jill cruzaron una mirada.

—¿Por qué crees que quieres una lobotomía?

—No sé —respondió Arthur—. Creo que estaría bien tener solo medio cerebro. Así sí que tendría excusa. Podría soltar una tontería y la gente diría: «Lógico», o podría colgarme una pizarrita del cuello: «Tengo medio cerebro». Aunque seguramente no es la mitad, puede que una décima parte, lo que te sacan. Solo tienen que coger el trozo justo, el trozo que se ha estropeado. Pero usted lo sabrá mejor... Usted es el profesional.

—Yo no sé nada de lobotomías, en realidad.

—Bueno, da igual. Me gustaría que me lo quitaran. Usted seguramente no entiende los peligros de un cerebro torturado.

—¿Eso es un insulto? —le preguntó el doctor Stan.

—¿Es un insulto? —le preguntó Arthur a Jill, que se encogió de hombros.

—No le hagas mis preguntas a ella, y no respondas a mis preguntas con preguntas tuyas. Estoy aquí para velar por tu seguridad. Y, francamente, tu actitud huele a tendencias suicidas. Podemos ponerte en el Ala C, ¿sabes? Pero me han dicho que duermes mucho, así que dudo que te gustase.

—Doctor Stan, yo no me voy a suicidar. Pero estoy cansado. Así que si hemos terminado...

—Hoy es un día especial, Arthur. Van a venir a buscarte para la imputación formal por videoconferencia.

Estoy aquí para valorar tu estado mental de cara al proceso, así que tienes que responder a mis preguntas. De nuevo: ¿sabes por qué estás aquí?

—Por lo que hice.

—Muy bien. No necesito nada más. Seguiremos hablando más tarde, Arthur. Supongo.

El doctor Stan le hizo un gesto al agente, y este abrió la puerta de acero con un ruidoso chirrido de las bisagras. Arthur salió, se puso de espaldas a la pared y esperó mientras la puerta se cerraba y dejaba encerrados a los dos médicos.

Lo dejaron con el agente en una salita en la que había una mesa y, sobre ella, un televisor en color con una cámara diminuta encima. Había también un fax en otra mesa a sus espaldas. En la pantalla del televisor se veía la imagen en directo de un escritorio y una silla vacía, una bandera de Estados Unidos, otro escritorio con un fax y una pila ordenada de papel de un blanco reluciente.

Arthur estuvo mirando tanto rato ese despacho vacío que se sorprendió cuando entró el juez, con una toga negra. Se sentó en la silla de cuero y dio unos toquecitos al micrófono.

—¿Me oye? —preguntó. Llevaba unas gafas de lectura, y su pelo era blanco y corto. La ayudante entró y se sentó frente al fax—. ¿Me oye? —repitió.

—Lo oigo —respondió Arthur—. Alto y claro. Bravo, kilo, piruleta. Romeo, romeo, ¿por qué eres tú, tango? —La retahíla de palabras que se oía decir no tenía fin, como conejos saliendo de una chistera—. Alfa, bravo, calipso, sangría, doctor, doctor, yoyó, farolillo.

La ayudante del juez metió una hoja de papel en el fax, y la máquina que había detrás de Arthur comenzó a pitar mientras escupía hacia él esa misma hoja. El circuito cerrado de televisión, el relevo del fax en tiempo real, el zumbido del papel saliendo del aparato: aquello lo hizo sentir como si lo estuviesen ejecutando con una inyección letal. Cerró los ojos y se imaginó la calidez del suero recorriendo su cuerpo. Tan plácido, tan agradable, que a uno casi le traía sin cuidado estar a punto de morir.

Su tío Jimmy Ray había muerto así. En Texas, ¿no? No, en Kansas. Tenía tíos cumpliendo condena por todo el país. Puede que fuera en Stateville, Illinois... Había ido con su madre, a pesar de todo. Ella apenas podía caminar, y en la sala para los familiares no había ninguna silla, solo la mampara. Su tío parecía diminuto en aquel espacio deslumbrante. Tenía los brazos atados a la camilla, de un color verde mortecino. Había un micrófono colgado del techo y un teléfono rojo en la pared. Jimmy dijo: «Siento mucho todo el daño que he causado». La madre de Arthur lloró. Y, entre sollozos, no dejaba de decir: «Era tan bueno. Era tan bueno». Puede que hablase de Jimmy, o puede que se refiriese a su otro hermano, al que Jimmy había asesinado.

Se oyó un zumbido y a Jimmy se le entornaron los ojos. «Me está haciendo efecto», dijo. Sus ojos se cerraron del todo después de otro zumbido, y el hombre que manejaba los botones envió un último zumbido que hizo que su pecho dejara de subir y bajar. Entró un médico en la sala, metió el disco de metal del estetoscopio bajo la camisa del tío Jimmy y asintió.

Luego, ellos dos salieron a la noche fría. Su madre iba fumando Salems. Entraron en un gimnasio en el que, sobre una mesa que habían colocado bajo la canasta, yacía su tío, blanco e inmóvil, dentro de una caja alargada de cartón. Jimmy llevaba una camiseta blanca y estaba tapado con una manta hasta el pecho. La caja era tan rígida como si fuese de contrachapado y olía a nuevo. Nadie tenía dinero para enterrar a Jimmy en un cementerio normal; le pondrían una «X» en la cruz blanca, que identificaba a los ejecutados en aquel estado.

El zumbido del motor procedente del fax que tenía a sus espaldas se apagó de pronto. El agente deslizó una hoja de papel sobre la mesa, enfrente de él. En la pantalla, el juez se quitó las gafas y se metió una patilla en la comisura de los labios.

—¿Entiende usted que se enfrenta a cargos muy graves?

—Sí.

Arthur se sentía como una novia. Aquello era una boda por lo civil, con el estado de Michigan, hasta que la muerte os separe. Solo entonces comprendió de verdad que estaba en pantalla, que lo estaban retransmitiendo a miles de espectadores, y que él era el protagonista de la trama que se estaba desarrollando. Firmó la lista de cargos y el agente la envió por fax al juzgado; la hoja de papel salió por el fax televisado. Todo estaba sucediendo como estaba escrito en el guión: el planteamiento, el nudo y el desenlace, todo. Solo había que pasar por ello para que lo grabasen.

—Voy a solicitar una evaluación de la competencia mental del acusado y a presentar una declaración de no culpabilidad. Eso es todo por hoy. —El juez comenzó a incorporarse.

—¿Señoría?

—¿Sí?

—¿Y el mazo?

—¿Perdón?

—¿No va a dar un golpe con el mazo?

El juez no respondió. Arthur vio cómo se ponía en pie y desaparecía poco después. Su ayudante introdujo la información en el ordenador portátil. Arthur imaginó los títulos de crédito desfilando sobre ella, el tema musical sonando. El agente lo llevó entonces afuera y lo condujo hasta el ascensor.

—¿Qué hora es? —preguntó Arthur, agotado.

—Las diez y media.

—Parece que haya pasado media vida.

—Otro día más en la PCK —respondió el agente.

Subieron hasta la tercera planta, el pasillo estaba oscuro y tranquilo. Llegaron hasta la celda de Arthur.

—Gracias.

—De nada —dijo el agente mientras abría la puerta.

La televisión estaba encendida, con el volumen muy alto. El haz de luz que un rato antes iluminaba un rincón de la celda alumbraba ahora su litera de abajo. La foto de Arthur estaba en la pantalla del televisor, con el rótulo última hora. El chico de los dientes de oro miró la pantalla, luego a Arthur, y lanzó un grito en dirección a la celda de al lado:

—¡Eh, Marcus, tenemos a un famoso aquí! Te lo juro, el tarado este está saliendo en la tele.

Los tres hombres de la celda miraron a Arthur.

Él sabía lo que querían: que cogiera la manta y se la atara al cuello. Cuando terminase el avance informativo y su música heroica y poderosa irrumpiera en la celda procedente del diminuto altavoz del televisor, Arthur se pondría en pie, subiría a lo alto de la mesa de picnic, se envolvería en su capa con un movimiento teatral y esperaría a que se desarrollara la acción dramática. Eso era lo que esperaban. Eso era lo que querían. Y ¿quién era él para defraudarlos?

EL CHICO QUE SOÑABA DEMASIADO

Llovía el día que nos llevaron a los seis a cuarentena desde la prisión del condado de Kalamazoo. Lo recuerdo porque sabía que querría escribir sobre ese viaje algún día, y estaba seguro de que la lluvia sonaría como un elemento de atrezo, algo que prefiguraría la oscuridad de la prisión. Pero no: llovió y nada más. Si hubo algo que pudiera servir de atrezo, fueron las ventanillas. Las ventanillas del furgón estaban empañadas por completo y, en la práctica, nos borraron: estábamos allí, pero no estábamos.

Yo llevaba la mano derecha esposada a Ray, mi compañero de celda en la prisión del condado los últimos cinco meses. Tenía cincuenta y tantos, y era un hombre bajo y fornido que se preocupaba demasiado por su pelo y albergaba contra su exhijastra odio suficiente como para llevarme a pensar que estaba muy mal de la cabeza. Después de tanto tiempo en la misma celda que él, de verlo pavonearse arriba y abajo con solo los calzoncillos puestos, todo el día repeinándose el pelo hacia atrás con agua fría, yo esperaba que la cárcel me sirviera para perderlo un poco de vista. Pero allí estaba yo, más cerca que nunca.

Para ser justos con Ray, a él seguramente también le habría gustado librarse de mí. Dedicamos la hora de trayecto hasta Jackson, Michigan, a soñar en voz alta sobre las ventajas de la cuarentena frente a la prisión: cómo sería salir a tomar el aire cada día, fumar y beber café, porque eso era lo único que sabíamos de la cuarentena, aparte de que era el periodo de uno o dos meses entre la prisión del condado y la cárcel en el que se nos evaluaría exhaustivamente (en el aspecto médico y mental) para determinar a cuál de las

cuarenta y tantas cárceles de Michigan (y de qué nivel: 1, 2 o 4) se nos iba a enviar. Tendríamos una celda individual y algo más de libertad que antes, así que estábamos todos deseando ir a Jackson como si fuera un resort en una isla tropical.

Micky iba en el furgón con nosotros, en el asiento de atrás, hablando de sus sueños con el tío al que lo habían esposado. Solo me llegaba alguna frase suelta: «Mira, te cuento otro», o «¿Qué crees que significa un sueño así?». Tuve ganas de decirle algo que había oído en una canción: a nadie le interesan los sueños de otro, a no ser que aparezca en ellos. Pero no lo hice. Supuse que estaría nervioso, como todos los demás, y que lo sobrellevaba hablando.

Las ventanillas del furgón no permitían adivinar nada, así que vimos por primera vez la cárcel cuando bajamos, e incluso entonces lo único que alcanzamos a distinguir fueron unos ochocientos metros de muro de hormigón con una torre metálica de vigilancia a cada extremo. La enormidad del muro bastó para cerrarnos la boca a todos. Hasta ese momento no habíamos dejado de hablar, pero en ese instante nos quedamos callados, contemplando la longitud de lo que parecía ser el resto de nuestras vidas.

Esperamos bajo la lluvia mientras los agentes consignaban sus armas y firmaban el papeleo. Mirábamos a nuestro alrededor, o al muro, o bajábamos la vista a nuestras chanclas naranjas. Tommy, un joven cocinero de meta, hacía muecas con los ojos entornados, como si se estuviese cagando. Yo había estado esperando una hora con él en la celda de detención antes de irnos, así que sabía que llevaba veinticinco pastillas de Seroquel metidas en el recto. Estaba haciendo esfuerzos por que aguantasen en su sitio. A través de la esposa noté que a Ray le temblaba la mano, o tal vez fuese la mía.

—Esto no pinta mucho mejor que la prisión del condado —dijo Ray.

Micky lo oyó y se acercó hasta él. Su compañero de esposa era un chico con el pelo encrespado y sonrisa perenne. Todos lo llamábamos Sideshow.

—Ah, no te preocupes demasiado, viejales —dijo Micky—. No puedes saber lo que hay dentro desde fuera.

—Eso es verdad —dije yo, y nuestro grupo comenzó a andar tras los agentes.

Cruzamos una verja que fue retrocediendo lentamente para dejarnos pasar y avanzamos por una amplia acera flanqueada por otras dos verjas, muy altas y

con carteles cada seis metros que decían: alto voltaje.

—Eh, Wiggins —le dijo Micky a uno de los agentes—. ¿Cuántos voltios crees que corren por la valla?

—¿Por qué no la tocas y lo averiguamos? —le respondió Wiggins.

—Vale —dijo Micky, y tiró de Sideshow hacia la valla. El chico se limitó a sonreír, sin caer en la cuenta de que la corriente le pasaría también a él a través de las esposas.

Wiggins se dio la vuelta sonriendo hasta que vio a Micky alargando la mano. Su sonrisa se desvaneció y se le oscureció la mirada. Debió de imaginarse a los abogados, los equipos de televisión, los micrófonos y el cara a cara con el alcalde de Kalamazoo, todo ello llevándose por delante sus veinte años de servicio.

La mano de Micky llegó a cinco centímetros de la valla y entonces la apartó. Wiggins había avanzado dos pasos en su dirección. Su compañero fue tras él, listo para interponerse entre ambos, pero estaban ya uno frente al otro. Wiggins soltó algo entre dientes y se alejó.

—¿Qué crees que le ha dicho? —me preguntó Ray mientras nos acercábamos al centro de admisiones.

—Me ha deseado una larga vida, buena salud y dulces sueños por la noche —saltó Micky.

Sideshow y él entraron en el edificio. La puerta automática siseó al cerrarse tras ellos. Ray era legalmente sordo sin sus audífonos, y no los llevaba desde la noche que lo detuvieron por matar a tiros a su mujer, de la que estaba separado.

—¿Qué dice?

—Que le ha deseado una vida buena y dulces sueños.

—¿En serio? Qué bonito.

—Sí —le dije.

La puerta automática se abrió, y mientras entrábamos Ray empezó a silbar bajito. No tuve el valor de hacerlo callar.

Nos llevaron a una sala con medio suelo cubierto aquí y allá de rectángulos de papel blanco. Nos quitaron las esposas y nos hicieron desnudarnos. Los

agentes recogieron los monos, las chanclas y las esposas de la prisión del condado y se marcharon sin decir palabra. Quedó un guardia allí, calvo y bajito. Uno de los hombres preguntó si tenía que desnudarse del todo.

—Si la parienta te dice que te desnudes, ¿te quedarías ahí plantado preguntando si quiere decir del todo?

Nos quitamos los calcetines y la ropa interior. Nos pusimos como pudimos unos monos de un azul descolorido y rellenamos los formularios médicos que había esparcidos por el suelo. Nos sacaron fotos y redactaron listas de tatuajes para las tarjetas identificativas. Tomaron nuestras huellas dactilares con un escáner. Luego, en una salita privada, le dije a una mujer los nombres de mis parientes más cercanos y ella me inyectó la prueba de la tuberculina y la vacuna de la hepatitis.

Nos duchamos y fuimos al gimnasio a por la ropa. Había unos reclusos allí, estampando nuestros números con plantilla, rodillo y pintura blanca. Meses antes, tras nuestras respectivas condenas o acuerdos con la fiscalía, nos habían asignado a cada uno seis dígitos, pero esa era la primera vez que los veíamos en la ropa: tres camisas azules de botones, tres pantalones, cinco pares de calcetines de tenis, tres camisetas, dos camisetas térmicas, dos pantalones térmicos, cinco *slips*, un cinturón de lona, un gorro de punto naranja, una gorra de béisbol azul, un abrigo de invierno azul y naranja, unos zapatos negros, unas zapatillas deportivas blancas y dos pijamas. Dentro de una bolsita de papel había cinco sobres prefranqueados, un bolígrafo flexible y cincuenta hojas de papel de carta. Hicimos turnos para cambiarnos de ropa en los servicios sin puertas del gimnasio y fuimos dejando los monos en una pila cada vez más alta. Nos habían dado a cada uno una bolsa gruesa de color verde oscuro para llevarlo todo, y con las franjas naranjas que llevábamos en la espalda y a lo largo de las piernas, al salir parecíamos un equipo de bolos estrenando uniforme. Micky estaba allí cerca.

—Zapatos —me dijo.

—Sí —respondí, y nos miramos los pies como si llevásemos un par de peces. Hacía mucho tiempo que no nos poníamos unos zapatos. Era como si sonara una de tus viejas canciones favoritas.

—Biblioteca —indicó un guardia sin más.

Micky y yo dudamos, porque no sabíamos el camino, y el guardia nos dijo

que éramos un par de gilipollas. Yo sabía que él también se quedaría hecho un pasmarote si describía su cara enorme, gorda y desgraciada y su magnífico vocabulario, pero qué le vamos a hacer.

En la biblioteca, nos sentamos a unas mesas largas con otros prisioneros, nuevos y reincidentes. Nos dieron unas bolsas de plástico con sándwiches de mantequilla de cacahuete y de mermelada, zumo y patatas chips. Un hombre de mediana edad que lucía bigote y se presentó como Z nos dio información sobre el sida y nos explicó que los tatuajes son la forma más habitual de contraerlo en la cárcel.

—Aunque el sexo también es un gran propagador —dijo, y se echó a reír—. ¿Qué tenéis que hacer si alguien quiere daros un paquete de tabaco gratis? —nos preguntó.

Un hombre negro y bajito de la primera fila respondió:

—No cogerlo.

—Y ¿por qué no? —Z se llevó la mano al bolsillo de la camisa, sacó un Pall Mall y se lo lanzó al hombre.

—Porque querrá cobrárselo.

Z nos hizo algunas preguntas más, y fue recompensando con cigarrillos a los hombres que las respondían. Nos contó que podíamos cambiar nuestros sobres prefranqueados por cuatro cigarrillos con los otros reclusos que estaban en cuarentena un tiempo, pero que algunos intentarían darnos tres. Nos dijo que nuestro objetivo era superar las cinco o seis semanas siguientes y «coger el próximo bus» en dirección a nuestra cárcel de destino. Z parecía bastante majo, y eso era lo que hacía que la experiencia resultase más aterradora: una figura de autoridad era un ejemplo decente de humanidad, y la siguiente, un tarugo rabioso. Era como vivir con unos padres maniacos y disfuncionales: ahora afectuosos y tolerantes; ahora fríos y violentos.

Z nos deseó suerte. Nos echamos las bolsas al hombro y salimos al gran patio de recreo que había tras los muros de la cárcel. La lluvia se había convertido en una fina y brumosa llovizna. La gente estaba reunida en corrillos de cinco o seis hombres que fumaban los cigarrillos nuevos. El humo los envolvía en una suave neblina azulada que se iba elevando lentamente en el aire. Yo llevaba casi once meses sin fumar, y ese aroma dulzón y terroso del tabaco ardiendo me hizo pensar en casa y en todo el daño que había causado.

Pensé en mis hijos y en la libertad, en todo lo que me había llevado y lo que había perdido. Tommy, el tío del Seroquel en el culo, estaba compartiendo un pitillo con Micky. Me vio mirándolos y me hizo un gesto para que me acercara. Al ofrecerme el cigarrillo se dio cuenta de que me temblaba la mano.

—Ya, yo también estoy temblando —dijo.

Vio mis ojos llorosos y apartó la vista al otro lado del patio. Es un fenómeno habitual entre reclusos en presencia de emociones ajenas: miran hacia otro lado y se quedan callados. Es un límite que todos respetamos.

Di una calada lenta al cigarrillo de liar de Tommy y me mareé de inmediato. Llevaba mucho tiempo imaginando ese momento, y aunque siempre había dado por hecho que tosería, no tosí. Micky dio una calada y le preguntó a Tommy de dónde lo había sacado.

—Uno de los tíos que había donde nos han dado la ropa me ha pasado unos cuantos a cambio de un sobre —dijo—. ¿Es la primera vez que os meten aquí? —Micky y yo asentimos—. Solo tenéis que vigilar con quién os juntáis. No le toquéis las narices al chorbo de nadie, no os metáis en líos de apuestas y todo irá bien. La cárcel ya no es lo que era. Y ¿ese qué? —dijo señalando con la barbilla a Ray, que seguía silbando con la mirada perdida en el patio—. Ese lo va a pasar mal.

Tommy no nos dio ninguna razón, pero no hacía falta. Lo sabíamos.

Había cuatro guardias allí fuera con nosotros, esperando las listas en las que se decía dónde había que colocarnos. Tommy se encendió otro cigarrillo y soltó un anillo de humo que pasó rozando la coronilla afeitada de Micky.

—Yo todo esto lo soñé hace años —dijo Micky. Estaba mirando la línea continua de edificios de ladrillo que había al otro lado del patio—. ¿Es ahí dónde vamos?

—No estoy seguro de cómo lo hacen ahora —respondió Tommy mientras me pasaba el cigarrillo—. Te pueden mandar a algún Edificio Sur o te pueden mandar al Bloque Siete. Dicen que ahora, si eres violento, vas al Siete. ¿Vosotros qué habéis hecho?

Micky bajó la cabeza.

—Robar un banco —dijo.

Vi claro que no quería hablar de ello, y pensé que Tommy lo respetaría,

pero no lo hizo. Quería averiguar si Micky estaba mintiendo, si era un pederasta intentando ocultarlo.

—¿Cómo te cogieron?

—Mi madre.

—¿Cómo se enteró?

—Encontró el disfraz.

—¿De qué era el disfraz?

—De payaso.

—No me jodas —dijo Tommy—. ¿Eras tú?

Micky levantó la cabeza y sonrió como un famosillo de tercera feliz de que lo hayan reconocido.

—Tenía la peluca, la nariz, la ropa... Lo tenía todo menos los zapatones. No conseguí encontrar nunca un par de zapatones.

Micky tenía una frente pronunciada que proyectaba su sombra sobre los ojos, unos pómulos prominentes, acné en las sienes y una perilla rala y descuidada. Llevaba un corazón tatuado a medias en el antebrazo; debían de habérselo hecho en la prisión del condado con una lanceta para diabéticos.

—Seguramente estabas mejor sin ellos —dijo Tommy, tirando la colilla a la acera del patio—. No habrías podido correr de ninguna manera.

—No, no me entiendes —explicó Micky—. Habrían sido mis zapatos de la suerte. En el sueño, podía volar con ellos. Creo que eso significa que no me habrían pillado nunca. Pero bueno, a ver, ¿robar un banco es un delito violento?

—Sí —respondió Tommy.

—Ya me lo imaginaba.

—¿No se te ocurrió nunca que era mejor no robar un banco con un traje así? ¿Que solo porque lo hubieras soñado...?

—No. Era perfecto. No me arrepiento de nada más que de los zapatos.

—Bueno, pues cojonudo. Y ¿eras un payaso feliz o un payaso triste?

—Ah, triste, desde luego. Era una cosa seria.

Miré a Tommy mientras asimilaba esta última respuesta. Conocí a un tío en la prisión del condado que sabía exactamente lo que yo estaba pensando en situaciones como esa. Siempre creí que era capaz de verlo en mi cara, pero mientras miraba a Tommy, sonriente, supe que no se imaginaba para nada lo

que yo tenía en mente: solo podía pensar en las zapatillas de ese pobre chico, sucias, desgastadas, más tristes que cualquier maquillaje que pudiera echarse jamás en la cara.

Tommy resumió el asunto:

—Aquí, un payaso jodido no es ni mucho menos lo peor que podrías ser. *Nah*, hay cosas peores.

Los guardias recibieron las listas de reclusos y nos dividieron en dos grupos. A los seis que veníamos de Kalamazoo nos repartieron mitad y mitad; a Micky, a Ray y a mí nos tocó juntos. Le dimos las gracias a Tommy por el cigarrillo y él nos deseó suerte. «Id con Dios», creo que dijo. O puede que «Dios os guarde», pero Dios estaba ahí, fuera como fuese.

Cruzamos el nuevo anexo del hospital y entramos en una parte distinta del recinto de la cárcel. Los grandes edificios que habíamos visto antes quedaban ahora detrás de nosotros y enlazaban con otra larga hilera que era apenas una forma vaga y distante bajo la llovizna. Avanzamos a lo largo de la alambrada de concertina que rodeaba el patio de la cárcel. A un lado había medio kilómetro de campo abierto, pero la bruma era tan espesa que tampoco podía ver dónde terminaba. Como si hubiesen estado esperando la señal, empezaron a llegarnos voces de la derecha, silbidos dirigidos a los recién llegados. Micky, yo y algunos más nos reímos, pero Ray y otros cuantos se apartaron de la alambrada.

Micky escupió y soltó un grito:

—¡Voy a preparar por esa alambrada y te voy a joder, zorra!

Los más o menos cincuenta hombres que a esas alturas habían cruzado la pista de atletismo soltaron un «Oooh» colectivo y se echaron a reír. Había un campo de fútbol americano de tamaño reglamentario señalado con conos de un naranja brillante y un partido en marcha. Más allá había un campo de béisbol, puede que dos, y todo lo que quedara más lejos la bruma lo ocultaba a la vista.

Ray avanzó hasta ponerse a mi lado.

—Yo pensaba que la cárcel ya no era así. Creía que a la gente ya no la violaban —dijo.

—Esos tíos solo están de cachondeo.

—Pues no tiene ninguna gracia.

—Ya, bueno, pues será mejor que te rías.

Siguió hablando muy despacio, intentando compartir lo que imagino era algo parecido a una decepción:

—Pensaba que el tema tendría más sentido cuando llegásemos aquí, al menos más que en la prisión del condado, pero no tiene pinta. ¿Sabes a qué me refiero?

—Todo va a ir bien, Ray —le dije.

Ya habíamos salido del alcance de los silbidos. La bolsa llena de ropa me pesaba cada vez más en la mano. Algunos hombres se la habían colgado cruzada a la espalda. Dejamos atrás lo que podría haber sido un polígono industrial abandonado: almacenes vacíos y bloques de celdas desocupados. Había barrotes en todas las ventanas, y pequeñas videocámaras colocadas en lo alto de las esquinas de los edificios. Una torre de agua se alzaba junto a un campo de baloncesto desierto, y también una capilla con un alto campanario en la que no se veía ningún signo de actividad. Pasamos por varios invernaderos vacíos y fue ahí donde comenzamos a ver indicios de vida: la hierba estaba cortada con esmero, y las papeleras, recién pintadas. Había un manzano, palomas picoteando una fruta caída al suelo. Por la ventana de un edificio de dos plantas, vi una luz resplandeciente. Me paré a mirar y me cambié la bolsa de la mano al hombro.

Vi estanterías con plantas bajo lámparas de cultivo. Algunas eran largas y frondosas, y sus ramas llenas de hojas caían en cascada hasta el estante inferior. Parecía una jungla bañada por los rayos de sol del Amazonas, y yo me imaginé trasteando entre todas aquellas luces, podando hojas y cuidando las plantas en la tierra blanda y oscura de la jungla. Seguimos caminando, pero yo no dejé de mirar atrás, intentando capturar otro atisbo de esa luz antes de que se perdiera en la bruma.

Llegamos a unas puertas anchas de acero con un letrero en lo alto pintado con esmero en letras rojas: bloque 7. El Bloque 7 era igual que el resto de los bloques de celdas por los que habíamos pasado, solo que estaba vacío. Cuando alcanzamos nuestro destino me di cuenta de que no eran los guardias, ni la alambrada de concertina, ni tampoco los muros los que nos retenían allí.

Era la confusión. Cuando llegamos al Bloque 7 yo ya no tenía ni idea de por dónde se salía.

Entramos en el edificio y oímos el zumbido incesante de quinientos hombres hablando. Pasamos por el centro de cinco plantas de celdas individuales. Los reclusos del piso de abajo intentaron cambiarnos cigarrillos por sobres, pero, con un guardia delante y otro detrás, ninguno de nosotros se detuvo. Nos sentamos a unas mesas tocando al final del bloque y una mujer con un megáfono nos fue llamando uno por uno para que subiésemos a la central del tercer piso, donde nos asignaron nuestras tareas en la celda y dos bolsas de red de nailon para la colada. En las etiquetas de las mías decía: 35—3—7, por Celda 35, Planta 3, Bloque 7. Micky estaba en la Celda 34 de la segunda, y Ray en la 12 de mi misma planta.

Esperé delante de la celda a que se abriera la puerta. Me recibió un chico negro que se presentó como Popcorn y me preguntó si quería cambiar algunos sobres por cigarrillos.

—Sí —le respondí, y saqué tres de mi bolsa.

Él me tendió doce cigarrillos perfectamente liados y una caja de cerillas. Tenía las manos abrasadas, y los tendones sobresalían en relieve de la piel cicatrizada. Pensé que tal vez aquella quemadura tenía algo que ver con su apodo, pero no pregunté.

La puerta de mi celda se abrió y pasé adentro. Había barrotes en la parte de atrás, también, y un pasillo al otro lado. Oí a Micky hablando con sus nuevos vecinos en su celda, un piso más abajo. Coloqué una sábana sobre el colchón verde mortecino, me senté en una punta y me puse a mirar las celdas de enfrente. Los hombres hacían su vida: leían libros de bolsillo y la Biblia, escribían cartas, dormitaban, se peinaban, se cepillaban los dientes, hacían ejercicio, y había un musulmán de rodillas en el suelo, mirando al este. Me pregunté cómo sabría dónde quedaba el este.

—¿Cómo sabes cuándo puedes fumar? —le pregunté a Popcorn.

—Atrás no lo puedes saber... Si te pillan, te han pillado. Pero delante puedes hacerle una seña a alguien de enfrente y ellos vigilan.

Así que silbé tímidamente y nadie se enteró.

—Tienes que hacerlo así —dijo Popcorn, y soltó un sonoro silbido.

Un tío en camiseta y pantalón de pijama de la segunda planta levantó la

vista. Yo le enseñé el cigarrillo; él echó una mirada a la izquierda, luego a la derecha y levantó el pulgar.

Me encendí el pitillo. La cerilla se apagó con un siseo en el váter de acero inoxidable, y yo eché el humo hacia el fondo de la celda sin dejar de mirar al hombre de la segunda planta. Me fumé la mitad, lancé la punta a la taza del váter y tiré de la cadena. Sonó como un reactor despegando, y noté la succión del aire que se escurrió con el agua. Me tumbé en la cama, me puse a dormir y soñé que alguien seguía robándome las pilas de una radio que tuve de pequeño.

La mañana siguiente, a Micky, a Ray y a mí nos llamaron temprano para ir a recoger los resultados de las pruebas de la tuberculina. Por el camino, me volví a mirar aquella resplandeciente jungla de interior sin mencionársela ni a Ray ni a Micky. Se abrió otra verja y nos dirigimos al guardia, que cotejó nuestros impresos amarillos de citación con nuestras tarjetas identificativas. Micky fue todo el camino hablando del sueño que había tenido esa noche.

—Yo iba conduciendo un Ferrari, ¿vale? Pero no era por carretera, sino en un centro comercial lleno de disfraces de Halloween.

Estábamos cruzando el patio al aire libre en el que nos habían silbado el día anterior. La alambrada de concertina se extendía por todo lo alto de la valla y a lo largo del suelo. Había hombres corriendo en la pista, y más cerca de los bloques de cinco plantas donde estaban las celdas, algunos levantaban pesas. Podría haber sido un campus universitario. Debían de quedar ochocientos metros de distancia hasta el edificio del hospital. Esa cantidad de espacio me transmitió la misma sensación que me invadía siempre que miraba el mar o a través de una plaza enorme en Moscú o en Venecia, aunque no había estado ni en un sitio ni en otro. La vista me hizo añorar vagamente esos lugares: una falsa nostalgia compuesta de espacio y bruma.

—Pero la palanca de cambios está toda para atrás —continuó Micky—, y no sé cómo lo tengo que hacer para que el coche corra. Y la tía buena que va sentada delante conmigo resulta que es la madre de la serie esa, *Los Soprano*, pero empezamos a discutir porque su marido nos va persiguiendo. Al final acabamos haciéndolo en una ferretería de Nueva Jersey. ¿Qué?, ¿qué os

parece? —Nos acercábamos al anexo del hospital.

—Me parece que tienes fijación con tu madre —le respondí.

—¿Qué? No era *mi* madre. Era la tía buena esa de la tele.

—Aun así. ¿Tú te llevabas bien con tu madre?

—Hostia, no. Me entregó ella, la muy zorra.

—Ya lo sé, pero antes de eso.

—Le daba *crack* siempre que quería —dijo Micky—. A la mierda, tío, da igual.

Entramos en el hospital y nos pusimos al final de una larga fila para que la enfermera comprobara si la zona de la inyección se había hinchado. Estábamos todos limpios.

Hicimos el camino de vuelta con calma, fumando y echando un vistazo por ahí. La bruma había escampado un poco y se veía hasta el final del campo que había enfrente del enorme patio de la cárcel. Había dos torres de vigilancia descansando en lo alto de un gran muro gris. Las ventanas de las torres tenían los vidrios tintados. ¿Por qué no querían que viésemos lo que había dentro?, me pregunté.

—Está pasando un huracán enorme por Luisiana —dijo Ray—. Al tío que va detrás de mí en la fila le traen el periódico. Dice que va a llover aquí el domingo.

Levantó la vista al cielo, que estaba tan gris como el suelo. Micky y yo seguimos caminando, pero Ray se quedó parado y empezó a llorar. Le temblaban los hombros y la saliva salía volando de su boca al toser. Se quitó las gafas y enterró la cara entre las manos.

—No aguanto esto, joder —dijo—. No lo soporto. Yo me pasaba la vida caminando por el campo, caminando por el campo...

Sus palabras se apagaron entre sollozos. Le puse la mano en el hombro y Micky se quedó a un lado, mirando. Ya habíamos oído antes el discurso de «caminando por el campo»: eso fue cuando era feliz, soltero y feliz, antes de conocer a su exmujer. ¿Qué más podíamos decirle que no le hubiésemos dicho ya en la prisión del condado: que la gente comete errores, que no hay que mirar atrás, que todo pasa por algo, que la vida a veces es muy cabrona? Ray se enderezó y echó a andar de nuevo, despacio, como si se le hubiese cortado la respiración. Lo cierto era que yo envidiaba su capacidad para derrumbarse

y dejar salir su dolor.

—Uf —dijo—. Perdón.

Micky y yo caminábamos cada uno a un lado de él, como si tuviese alguna herida física y se le pudiesen doblar las rodillas en cualquier momento.

—Hay buenas noticias —dijo Micky.

—¿Sí? —respondió Ray.

—No tienes tuberculosis.

—Y ¿quién dice que yo no quería tener tuberculosis? Ojalá tuviese algo terminal.

El comentario pareció animarlo, porque Ray soltó una risita ahogada. Yo sabía lo que estaba experimentando: esa primera vez en que tomas conciencia de que no tienes miedo a morir; de que, de hecho, lo esperas gustoso. Me di cuenta en la prisión del condado una noche que no podía dormir porque me dolía el vientre, pero solo un lado. Llegué a la conclusión de que, al fin, después de veinte años bebiendo, me estaba fallando el hígado. Ese pensamiento no llegaba aún al minuto de vida cuando la idea me asaltó con la misma claridad que si alguien hubiese hablado en la celda: «Espero tenerlo hecho mierda». Y luego me quedé dormido tranquilamente, imaginando la paz que supondría no tener que afrontar el futuro que me aguardaba.

—A decir verdad —dijo Ray—, ojalá hubiera pena de muerte en Michigan. ¡Ja!

Lo observé mientras esa nueva revelación se aposentaba. Tenía una sonrisa torcida y una mirada tranquila y satisfecha. Un aura de libertad flotaba en torno a él, consciente de que, en su nueva vida, la muerte había pasado a ser una fantasía.

No había nada en el Bloque 7 a lo que uno pudiera referirse como *patio*, pero así lo llamó el funcionario por el megáfono a las ocho de la mañana, cuando se abrieron nuestras puertas. Ah, un patio, pensé: hierba, el manzano, paseos por caminos cubiertos de astillas de madera. Mi mente no había sintonizado todavía con Radio Cárcel.

Unos doscientos hombres fuimos conducidos por la cantina hasta una gran pista de baloncesto vallada, en diagonal con mi jungla secreta. Estábamos a la

sombra de otro edificio de celdas, y al fresco de finales de agosto hacía frío. Tuve la sensación de estar en una nevera medio a oscuras. Ray, Micky y yo nos pusimos a dar vueltas alrededor de la pista de baloncesto. Había diez hombres jugando, y paraban a echarse el aliento en los dedos fríos siempre que tenían oportunidad.

—Así que esto es el patio —dijo Ray.

—Es como para cabrearse, ¿no? —dijo Micky.

Había grupos de hombres jugando a las cartas en las mesas de picnic. Popcorn le estaba haciendo trenzas pegadas a uno. Micky se puso los guantes y el gorro naranja.

—Anoche tuve un sueño... —comenzó a decir.

—Eh, Micky, adivina qué —lo cortó Ray.

—¿Qué?

—Que nadie quiere que le cuentes tus putos sueños. ¿Cuándo hemos dicho nosotros que queramos?

—Pero este es bueno, Ray.

—A no ser que veas el futuro en ellos y yo esté ahí fuera, caminando libre, no quiero saber nada más de esa mierda.

—Y, si no, ¿qué? ¿Qué vas a hacer, Ray? No tienes pistola y yo no soy tu mujer indefensa. Estás jodido, Ray. Estás jodido, así que más te vale escuchar.

Micky esperó un momento, dando saltitos para mantenerse en calor. Cuando vio que Ray no decía nada, retomó el sueño.

—Estábamos en un museo, o puede que fuese un colegio, pero, en fin, en la pared había unos cuadros, pero no eran cuadros normales, o sea, parecía que sí, pero estaban montados con espejos, y una chica desnuda me enseñaba que podías meter la mano dentro y cruzar, en plan a otra dimensión. Luego nos íbamos y estaba todo lleno de árboles y casas calcinados, y a lo lejos se veían bombas y nubes en forma de hongo, pero ella pasaba por en medio haciendo la rueda. Haciendo la rueda y bailando, hasta que yo la agarraba por el cuello y empezaba a estrangularla. Y entonces me desperté. ¿Qué os parece?

—Me parece que a ti alguna chica te hizo una buena putada, Micky —le dije yo—. Me parece que odias a las mujeres.

—Sí —coincidió Ray—. Y el huracán se acerca.

Miramos al cielo frío y azul buscando el apocalipsis inminente.

—Yo no odio a las mujeres —se defendió Micky—. Y ese huracán habrá dejado de ser un huracán para cuando llegue a Michigan. Además, eso no tiene nada que ver con mi sueño.

—Puede que ya no sea un huracán cuando llegue aquí, pero nunca se sabe lo que puede traer —dijo Ray—. Una vez estaba de travesía por la ruta de Cumberland, en Virginia, cuando un huracán subió por la costa y...

—Esto no es Virginia, tonto del culo —soltó Micky.

—No, no es Virginia. Era un decir.

—Pareces idiota, Ray, con el rollo del huracán.

—¿Qué tal si os calmáis un poco los dos? —dije.

Dejamos de andar y nos quedamos junto a una hilera de teléfonos. Había colas de dos y tres hombres esperando para llamar. Nosotros habíamos entregado nuestros listados de números, que el Departamento de Prisiones tenía que revisar y luego enviar a la compañía telefónica, un proceso que llevaría un mes, como mínimo. Los hombres hablaban con sus esposas, sus novias, sus hijos. Los diez tíos jugaban al baloncesto. No creo que llevaran la cuenta de los puntos, pero parecían pasarlo bien. El sol comenzó a asomar en lo alto del edificio, y una línea de luz avanzó hacia la hilera de teléfonos: un movimiento imperceptible, a no ser que controlaras su posición respecto a una piedra o un agujero del suelo. Me quedé allí contemplando cómo la línea de luz barría el patio y convertía la frágil escarcha que tocaba en una voluta minúscula de vapor.

No volvimos a ver el sol hasta mucho tiempo después de aquel sábado frío de agosto. El huracán *Katrina* arrojó la lluvia sobre nosotros; la oímos fuera durante la misa de la mañana siguiente. Un predicador bautista, viejo y delgado, nos recordó que éramos todos hijos de Dios. Los más o menos cincuenta hombres que estábamos allí éramos todos cantantes angélicos, excelentes, porque la acústica del Bloque 7 era similar a la de un cuarto de baño o una catedral. Hasta los hombres que no iban a misa escuchaban de pie a la puerta de sus celdas y aplaudían después de cada canción. Aquel domingo estaba tan oscuro que muchas celdas tenían las luces del techo encendidas, y allí, con los hombres escuchando en sus celdas iluminadas, aquello podría

haber pasado por el vitral más grande del mundo, un ventanal vasto y colorido de humanidad.

Después de misa pedí en el economato todo lo que pude con los cinco dólares que me había traído de la prisión del condado: un paquete de tabaco Bugler, doce sobres de café instantáneo sin marca y un vaso grande de plástico. Me preparé un café tibio y comencé a liar cigarrillos. Las pequeñas pilas de hebras de tabaco estaban todavía húmedas y olían a hierba, a un campo de hierba mojada. Los truenos retumbaban fuera, y el eco resonaba por todo el bloque. Les di un par de cigarrillos recién liados a los empleados de mantenimiento que estaban siempre pasando con sus escobas y sus productos de limpieza. Durante un rato, estuve en una librería de Manhattan que está en la esquina de Prince y Mulberry, hundido en un asiento junto a la ventana y levantando la vista de vez en cuando para ver pasar a la gente guapa. Luego estuve en la costa de Oregón contemplando cómo la marea se iba retirando bajo unos acantilados blancos mientras el perro de alguien atrapaba un palo entre la espuma salada. Crucé volando Kalamazoo al amanecer camino del hospital, pero me perdí una vez más el nacimiento de mi hijo prematuro por dos minutos. Comí pescado frito en Cozumel, y luego me apunté a clases de buceo y nadé entre corales y peces de colores tan brillantes que parecían de mentira. Me acordé de un chico alto y rechoncho de la prisión del condado que decía que iba a presentarse en el juzgado con la manta atada al cuello como si fuese una capa e iba a pedirle al juez que se refiriera a él como el rey Arturo. Me pregunté si lo habría hecho.

Me pasé el primer domingo de cuarentena metido en mis propios sueños, la primera libertad que había conocido en casi un año. A pesar de la cafeína, me quedé dormido poco después de que se apagasen las luces a las diez.

El lunes me levanté temprano y me encontré un impreso amarillo de citación entre los barrotes. «Evaluación psicológica, Zona 1.» A esas alturas ya sabíamos todos de qué iba la prueba: cinco horas de maratón con más de quinientas preguntas, una de las cuales era: «¿Alguna vez ha deseado ser una mujer?». Yo había estado coqueteando con la idea de responder a todas las preguntas con absoluta sinceridad. Todo hombre, en un momento u otro, había

pensado qué debía de sentirse siendo mujer. Me pareció que podía responder honestamente que «Sí».

Después del desayuno, diez de nosotros emprendimos el camino a la Zona 1, Micky y Ray incluidos. Hacía más frío, y había una bruma densa que parecía aferrarse a los bordes de las cosas, que las difuminaba y acababa por engullirlas a unos quince metros más o menos. En el asfalto se veían zonas en las que este se había desgastado hasta dejar al descubierto la capa inferior de ladrillo, y la superficie roja y arcillosa brillaba con un manto de rocío. Una brisa suave hacía oscilar la niebla como si fuera una cortina blanca y fina.

Busqué mi jungla, pero no logré encontrarla. Ray se puso a mi lado.

—¿Qué le pasa a Micky? —me preguntó.

—¿A qué te refieres?

—Está callado. No dice nada. Me siento un poco mal.

—Pensaba que querías que se estuviese callado.

Me quedé rezagado, intentando averiguar si estaba mirando el edificio equivocado. Al final me di por vencido. Ray y yo apretamos el paso para pillar a Micky antes de llegar a la verja.

—¿Qué buscabas? —Quiso saber Ray.

—Nada —respondí—. Eh, Micky, ¿has soñado con el gran test que tenemos que hacer hoy?

—*Nah*. —Sonrió.

Llegamos a esa parte del camino donde el enorme patio de la cárcel quedaba a nuestra izquierda y el campo a nuestra derecha. Era imposible ver las estructuras de los edificios. Micky se detuvo, y el resto de los hombres pasaron delante comentando las preguntas del test y todas las inteligentísimas respuestas que iban a dar. Micky se salió del camino y se metió en la hierba parda y espesa. Me miró.

—¿Soñaste algo anoche, Micky?

—Sí, sí que soñé. Pero tienes razón, Ray, hablo demasiado de mis sueños.

—No, no tengo razón, Micky. No la tengo. No la tengo.

Micky dio media vuelta y marchó campo a través, levantando mucho los pies para que no se le empararan, lo que no tenía mucho sentido dado lo que estaba haciendo. La niebla se lo tragó antes incluso de que estuviese cerca de la señal de prohibido el paso. Reapareció solo una vez, el azul de su uniforme

ahora más tenue tras las lejanas cortinas blancas. Y, de pronto, desapareció del todo. Seguí mirando, sabiendo que estaba ahí, pero no volví a verlo.

—Van a disparar contra él —dijo Ray.

—Puede que no. A lo mejor...

Y entonces lo oímos: un único estallido y los débiles ecos desvaneciéndose en el aire denso y húmedo. Antes de que el sonido se extinguiera, Ray y yo nos tiramos instintivamente al suelo bocabajo. Él se echó a llorar y a mí me dio igual. Se me pasó por la cabeza convencer a Ray de que siguiera los pasos de Micky: Ray era un puñetero pelmazo, a veces quería matarlo yo mismo, y era lo bastante tonto y necesitado como para obedecer casi cualquier sugerencia. Pero no lo intenté.

El quejido ensordecedor de la sirena de cierre de emergencia comenzó a sonar, y yo pensé en el futuro.

¿Te disparaban a la cabeza o tiraban a herir?

¿Qué me impedía a mí andar hasta el muro algún día?

Cada persona es una historia, y yo querría saber con seguridad qué pasó con Micky. Querría que el velo de niebla se hubiese levantado y haber podido ver claramente el fin de su historia. Querría que el final no fuese solo el principio.

573543

Adiós al río y a Jonnie Rae, a la que no recuerdo. El río es real —tan real como la celda en la que estoy ahora—, y tiene un nombre, el Kalamazoo. Alquilé un apartamento cerca de ese río en un pueblo del mismo nombre. Hasta ahí es todo real, eso lo sé seguro.

Yo trabajaba de comercial de envolturas cárnicas. No hablo de los anticuados intestinos de cerdo, o de esas envolturas de colágeno para salchichas, más modernas, sino de plásticos tricapa de alta tecnología que segregaban distintos sabores y colores de ahumado a las oblongas piezas de pavo y de jamón que compraban cada día millones de personas en las charcuterías de todo el país. Cogía el avión en el aeropuerto Gerald R. Ford, en Grand Rapids, me trabajaba el área de Chicago durante una semana y la siguiente me iba a Filadelfia.

La mayor parte del tiempo se me iba en realizar pruebas en enormes plantas de procesamiento, en controlar nuestras envolturas de muestra después de llenarlas hasta arriba de jamón pringoso o de emulsión de pavo. Cuando uno piensa en un sándwich de pavo, lo que tiene en mente en realidad es emulsión de pavo: una masa casi líquida y perfectamente consistente que se prepara pasando carne picada por lo que es, en esencia, una batidora casera multiplicada por mil. Yo medía el encogimiento tras la cocción y registraba los niveles de purga, o de pérdida de agua. En términos empresariales, menos agua equivale a menos peso, lo que equivale a menos beneficios. Mi trabajo consistía en encontrar el aditivo ahumado líquido perfecto para equilibrar el pH, retirar la envoltura con facilidad y darle al producto final el color exterior

y el sabor idóneos. Era como una ballena blanca en una botella marrón, y hubo muchos fracasos, desde luego. Pero cuando todo encajó, salté de pronto a la cocina de testeo de una empresa de la lista Fortune, repartiendo pedazos de fiambre caliente entre una docena de ejecutivos, y el éxito sabía como las sobras del jamón de Navidad en una incursión nocturna a la nevera.

Era un trabajo gratificante y bien pagado, pero pasaba mucho tiempo solo, y cuando a un adicto lo dejas solo demasiado tiempo pasan cosas raras. Gran parte del trabajo conllevaba ir sentado en aviones, y mis ocho años de sobriedad se esfumaron imperceptiblemente con los relajantes musculares que tomaba para aliviar la tensión en la espalda. Me decía a mí mismo que no pasaba nada por tomar relajantes; no lo hacía para colocarme, al fin y al cabo. Pero poco a poco, como las estrellas encendiéndose de noche, los fuegos lejanos regresaron. Pronto me descubrí mirando al frío cielo nocturno sin comprender que la noche había llegado.

Pasaron unos cuantos meses de Soma, Flexeril y Skelaxin con receta hasta que descubrí formas más fáciles de conseguir medicamentos por internet: webs y foros montados por pacientes con dolores crónicos para compartir información y recursos. En Drugshare.com fue donde oí hablar por primera vez de la ketamina, un anestésico para animales con efecto analgésico.

A una persona normal, lo de un anestésico para animales inyectado por vía intravenosa tal vez le habría puesto los pelos de punta. Para mí, lo interesante no era solo el efecto analgésico: decían, además, que la ketamina producía visiones. El usuario, básicamente, entraba en un coma de quince minutos sin variación alguna en el pulso o en el ritmo respiratorio. Se usaba a diario en las consultas veterinarias del mundo entero, y también se había venido empleando en tiempos de guerra para intervenciones cortas e indoloras para las que los opiáceos resultaban demasiado sedantes. Era rápida, efectiva y estaba justo al borde de la legalidad, lo suficiente como para poder decirme a mí mismo que no estaba metiéndome otra vez.

Encontré un vendedor: Joseph, de Cebú, en Filipinas. Joseph vendía toda una diversidad de fármacos incluidos en la Lista III: somníferos, buprenorfina, relajantes musculares, aspirina con codeína, todo tipo de benzodiazepinas y un medicamento llamado Pharmased: cincuenta miligramos por mililitro de ketamina farmacéutica. Veinte dólares cada vial de diez mililitros, pedido

mínimo de cinco viales.

En la zona de Chicago me alojaba en la Comfort Inn que había en la salida 294 de Harvey, Illinois. En un *Mail Boxes Etc.* cercano contraté seis meses de apartado de correos con el nombre de Cari Gauss, un astrónomo del siglo XIX del que había oído hablar mientras sintonizaba la radio. Le envié a Joseph una transferencia internacional y esperé. Y esperé y esperé. Los *e-mails* de Joseph me decían que tuviera paciencia, pero después de dos meses empecé a pensar que me habían timado. Todos los foros de Drugshare eran pro-Joseph, pero, a saber, a lo mejor todas esas personas también eran Joseph.

Y entonces, a principios de septiembre, llegó: un discreto paquete con un libro de ingeniería de nivel universitario, *Forms and Functions of the Transitory Square*, envuelto en plástico de burbujas, hueco, relleno con algodón y con un soporte en su interior que contenía cinco viales de Pharmased. Me senté en el aparcamiento del centro comercial con uno de los viales en la mano. Parecía mágico —fresco, ligero y transparente—, una pócima llena de posibilidades.

Fui en coche al gran supermercado que había una manzana más allá. Esperé unos minutos en el asiento, preguntándome si estaría permitido que cualquiera comprara jeringas. Ya me había hecho esa pregunta antes, pero nunca creí que llegaría tan lejos: a cruzar entre los expositores de globos de la sección de floristería, la leche de fórmula, los pañales, las cajas de anticatarrales, los antiácidos y los jarabes para la tos hasta llegar al mostrador de la farmacia, con su ventanilla pequeña y semiprivada. Me quedé a unos cortesés tres pasos por detrás de un hombre que lucía una ridícula peluca a medida. Viagra, pensé. Ahora, cuando lo recuerdo, pienso en cáncer y me avergüenza lo imbécil que era en aquel entonces.

El hombre se marchó, y la farmacéutica me preguntó qué deseaba.

—Necesito unas jeringas, por favor.

Ella sacó un portapapeles de debajo del mostrador y me preguntó de qué tamaño.

—No lo sé.

—¿No son para usted?

—Es un amigo mío... —dije—. Quiero asegurarme de que no utiliza jeringas sucias.

La mujer me miró con una sonrisa comprensiva.

—Le daré jeringas de treinta —me dijo, y me tendió el portapapeles—. Es para que el fabricante pueda dar cuenta de las agujas.

Firmé como Cari Gauss y pagué las jeringas, así como un paquete de algodón y una botella de alcohol.

Ya en el Comfort Inn, encendí el portátil y me conecté a internet; quería dejarlo todo cerrado antes de pegarme el viaje. Respondí unos *e-mails* en relación con unas citas que tenía próximamente en Filadelfia. Rellené los informes de pruebas y los envié a nuestro experto técnico. Luego apagué el ordenador y el móvil, corrí las cortinas y cerré la puerta con cerrojo. Había leído que, por encima de cualquier otra precaución, los usuarios de ketamina debían evitar cualquier intromisión de luz o de sonido. Por los bordes de las persianas y a través de la rendija central de las cortinas entraba la luz justa, y en esa penumbra retiré la tapa de plástico del vial, clavé la aguja en el pequeño tapón de corcho y llené la jeringa con medio mililitro. Le di unos golpecitos para eliminar el aire y, como en las películas, me di unas palmadas en el antebrazo. Apoyé la punta de la aguja en el centro del brazo, pero comencé a temblar y la aparté. Respiré hondo unas cuantas veces y lo intenté de nuevo, esta vez asegurando ligeramente la aguja bajo la piel. Noté cómo entraba temblando en mi brazo hasta la mitad, y antes de que me diese tiempo a pensar mucho en lo que estaba haciendo, empujé el émbolo hasta abajo. Saqué la jeringa, limpié la zona con alcohol y cubrí la aguja con su capuchón. Dejé la jeringa y la bola de algodón sobre la mesilla de noche, y luego me tumbé de espaldas en la cama y cerré los ojos.

Supongo que tendría que haber ido centrándome en la respiración y despejando mi mente para prepararme, pero esperé y me puse a pensar en trabajo; en un proyecto que teníamos en marcha a mil trescientos kilómetros, en una planta porcina al norte de Filadelfia. Se trataba de una película de papel siliconado supuestamente revolucionaria diseñada para piezas enteras de jamón. Iba a sustituir la costosa envoltura de colágeno que empleábamos por entonces, pero hasta el momento no habíamos logrado que se deslizara correctamente por la clipadora de la cadena de envasado Tipper Tie. Era, en resumen, un atasco de papel a una escala gigantesca e increíblemente técnica.

Me imaginé cada paso, avanzándome a cada problema del proceso, y dejé

que mi mente divagara hasta que empecé a ser consciente de un zumbido lento y constante, como si todo mi cuerpo estuviese tarareando una canción con monótonas notas de bajo. El zumbido se desvaneció y sentí cómo mi cuerpo se fundía: me había convertido en un ser amorfo de energía, un resplandor contenido en una especie de ataúd mecanizado que se deslizaba por calles de acero inoxidable flanqueadas por altos edificios negros. No sabía adónde iba, pero sabía que era bueno; no me faltaba nada, no sentía ninguna necesidad. Me deslicé por colinas escarpadas como si estuviese en un parque de atracciones, y la ausencia de gravedad me generó un hormigueo en el estómago. Hacia el final, reduje la velocidad y entré en una cueva sumida en una completa oscuridad. Un punto de luz a lo lejos fue creciendo hasta consumirme al tiempo que el ataúd se desprendía como una cáscara. Me elevé a lo alto sobre aquella luz y, a mis pies, millones de semejantes esperaban que descendiera entre ellos.

Y entonces se terminó. Abrí los ojos. Me encontré los brazos recogidos sobre el pecho, como si en efecto hubiese estado todo aquel rato metido en un ataúd.

La noche siguiente, en el Comfort Inn, corrí las cortinas, apagué el teléfono móvil y el ordenador y volví a por la vena. Esta vez fue mucho más rodado, y una vaharada de rojo tiñó el líquido transparente de la jeringa cuando la aguja alcanzó el torrente sanguíneo. Al despertar, la aguja seguía ahí, y la piel había empezado a curar en torno al metal. Tuve que retorcer la aguja para sacarla y aplicar presión con una bola de algodón. Con el tiempo descubrí que para eso servía el cinturón: para evitar que la droga te hiciese efecto antes de que pudieras retirar la aguja. En las películas, lo de consumir drogas siempre parece fácil. En la realidad lleva práctica.

Algunos de los prisioneros que hay aquí llevan los números de los muertos. Según el Departamento de Prisiones, el recluso ha sido «excarcelado por defunción», de modo que reutilizan su número. Mi primer compañero de litera, Picón, tenía uno de esos números.

Los números de hombres muertos eran una rareza más en el mundo nuevo y extraño en el que me encontraba. Otra la descubrí una noche, mientras

intentaba coger el sueño en mi litera. Picón se levantó de la litera de abajo y fue caminando en calcetines hasta la puerta. Pensó que yo dormía, estoy seguro, porque de otro modo seguramente nunca lo habría hecho.

Nuestras celdas de bloques de hormigón eran las habituales de 2,5 por 3,5, con dos pequeños escritorios pegados a la pared enfrente de la litera metálica. Había un ventanuco en el centro de la puerta de acero macizo que se abría y se cerraba electrónicamente según dictaran unos celadores al frente de paneles de control recién salidos de la NASA. Picón se quedó un momento de pie delante de la ventana, y luego, poco a poco, alargó el brazo y atravesó la gruesa capa de vidrio hasta llegar al codo, punto en el que pareció incapaz de ir más allá, como si hubiese alcanzado el extremo de una cuerda invisible o se hubiese topado con una barrera invisible para mí. Llevó el brazo de nuevo hacia el interior de la celda y luego hizo lo mismo dos veces más, como si fuesen repeticiones de un extraño ejercicio. Cada vez llegaba tres o cuatro centímetros más lejos, y al final metió el brazo casi hasta el hombro. Después de unos diez minutos más o menos, se tumbó en la cama y durmió hasta la hora de comer.

Por la noche pueden pasar cosas así: errores de percepción provocados por una atenuación de lo real. Imaginé que estaba teniendo visiones, hasta que al cabo de unos días volvió a levantarse en plena noche. Se volvió a mirarme, y yo cerré los ojos antes de que pudiera ver que estaba despierto. Se acercó a la puerta y se colocó delante. No alargó el brazo esta vez. Esta vez se desvaneció. Se desvaneció hasta unos pocos tonos de la invisibilidad, como si estuviese detrás de una cortina de baño con una costra de cal, y luego volvió a verse con total nitidez. Después de eso, se tumbó en la cama y durmió hasta la hora de comer.

La mayoría de las noches, que yo supiese, las pasaba dormido. Pero cada tres o cuatro días, practicaba. Con este descanso en medio, parecía hacerse más fuerte. Al cabo de un par de meses, Picón era capaz de desaparecer por completo durante sesenta y cuatro segundos seguidos, y podía atravesar la ventana con el brazo entero, hasta la mitad del hombro. Por más que me moría de ganas de preguntarle sobre aquello, supuse que no le haría gracia que yo lo supiera. No tenía sentido, de todos modos. ¿Por qué iba a contarme nada? ¿Y si estaba todo relacionado con el hecho de que llevara el número de un

muerto? Si era así, mala suerte. Mi número era permanente. No había esperanza alguna de perderlo mientras viviera.

Conocí a Jonnie Rae también de noche, fuera. Yo estaba sentado en el porche de mi apartamento, dando palmas y moviendo el pie al ritmo de la música de cámara con un toque de *jazz* que llegaba del oscuro bufete de abogados al otro lado de Park Street. El edificio era una antigua iglesia de Cristo Científico reconvertida, y los vitrales estaban levemente iluminados desde el interior. Jonnie Rae pasó por allí y me dijo:

—¿Qué haces?

—Disfrutar de la música.

—Te va ese rollo, ¿eh?

—Seguro que hay mucha gente mayor por aquí que piensa que es demasiado tarde, pero yo no.

—Nunca es demasiado tarde —dijo Jonnie Rae—. Bueno, nos vemos.

La vi alejarse por la acera hacia el pueblo, y luego me volví adentro y me ajusté el cinturón Armani nuevo en torno al brazo.

Jonnie Rae acabó por convertirse en mi mejor amiga, lo cual, debo reconocer, no es decir mucho. Las noches que estaba en casa, aparecía por allí y escuchaba música conmigo callada, o callado. No sé definir el género de Jonnie Rae... No lo sé, y daba igual. Me doy cuenta ahora de que al recordarla intento dar consistencia a lo que siempre resultó vaporoso. Era alta, eso sí. Y extremadamente delgada. A veces, cuando se daba la vuelta, apenas era capaz de verla de perfil. Llevaba un peinado distinto cada vez que nos veíamos: para arriba o para abajo, o hacia atrás, con mechas oscuras de colores cambiantes que se encendían según les diera la luz. Era un soplo de aire fresco, esa podría ser la mejor descripción para ella, como fresco era el aire esas noches en que venía a verme, e igual de fugaz.

Picón y yo hablábamos, claro, pero las conversaciones de la cárcel acostumbran a ser superficiales. La mayor parte de los reclusos han pasado sus años formativos viendo su confianza amenazada una y otra vez, de modo

que confiarle a otra persona información, o emociones, es un signo de debilidad. No quieren parecer débiles, así que dan muy poco. Nunca llegué a saber toda la historia de por qué estaba allí; «Me emborraché», era lo único que decía al respecto. Sabía que leía la Biblia una hora al día, y sabía que el único dinero que le entraba eran los cincuenta y seis centavos diarios que le pagaban por trabajar en la lavandería.

También sabía por qué lo llamaban Picón. En la cantina, a veces los hombres pierden la paciencia con los pimenteros de plástico y alguno golpea la tapa contra la esquina de la mesa, con lo que se abre un agujero grande e irregular. Picón cogió un día un pimentero manipulado, y al tiempo que caía un chorro de pimienta sobre sus judías, algunos granos salpicaron también su pastel de manzana. Un día cualquiera tienes a tres o cuatro tíos preguntándote si te vas a comer el pastel, pero ese día a él nadie se lo preguntó. Y, dado que la pimienta es barata y tiene poco o ningún sabor, empezó a echarla todos los días en su pastel, «como repelente de insectos», decía.

La otra única cosa que sabía de él la descubrí por casualidad un día mientras él ordenaba las bolsas de la lavandería con los otros dos encargados. Un guardia con el nombre de Strickland echó un vistazo en nuestra celda con sus ojillos saltones y me dijo que teníamos inspección al cabo de media hora. Reparó en la biblia de Picón encajada bajo el borde del colchón e hizo lo que yo temía que hiciera: abrió la puerta. Yo estaba tranquilo, liando unos cigarrillos perfectos de Bugler y bebiendo moca de cárcel: una cucharadita de café instantáneo y una cucharadita de cacao con leche. Ahora iba a tener que verle el bigote, oír su voz chillona y oler su aliento a queso podrido.

—Ya sabéis que no se puede meter nada debajo del colchón. Saca el libro —dijo.

—Es la biblia de mi compañero de litera, creo que no debería tocarla.

—No te estoy pidiendo que lo saques, te estoy dando una orden directa.

—¿Me vas a poner una falta si no toco la propiedad de otro? ¿Eso es una falta grave o una falta leve?

—Saca la biblia o dame tu tarjeta, imbécil.

Quería que se largase —él y todo su rollo ratuno—, así que saqué el libro de debajo del colchón y Strickland cerró la puerta. Sostuve el volumen en la mano y miré la cubierta, un árbol en unos cálidos y otoñales tonos anaranjados

y un sol que se alzaba por detrás y hacía resplandecer sus hojas. La cubierta era auténtica, pero las páginas interiores eran demasiado gruesas: no eran esas hojas de papel de biblia habituales con las que nos liábamos cigarrillos. Abrí el libro por la mitad y me lo encontré lleno de folios blancos, plegados, recortados a la medida y encolados entre las cubiertas. En cada página había dos frases, escritas a mano con tinta azul y letra pequeña: «Porque cual es su pensamiento en su corazón, tal es él. Ve, y como creíste, te sea hecho». Las páginas estaban numeradas y terminaban en la 452. Cuando llegué a la contracubierta me sentí fatal por tener el libro en las manos, especialmente sabiendo lo que sabía de Picón por las noches. Me apresuré a borrar mi rastro: limpié las huellas dactilares con papel higiénico y puse de nuevo el libro bajo el colchón, tal cual lo había encontrado.

Ojalá hubiese sido tan cuidadoso con la ketamina.

Es la pura verdad que jamás vendí ni una sola pizca de droga. Lo pensé, claro está: podría haberla convertido en polvo y haberla vendido como éxtasis por cien veces lo que había pagado por ella. Pero intenta explicarle a la Agencia Antidrogas que esa cantidad industrial de productos farmacéuticos que has importado es para uso personal. Les trae sin cuidado lo grande o pequeño que sea tu apetito. A partir de cierta cantidad, se considera distribución por defecto.

Cuatro meses después de alquilar un nuevo apartado de correos —esta vez en Kalamazoo—, vi una furgoneta Chevrolet blanca y alargada con los cristales tintados saliendo del Taco Bell de al lado, pero no me pillaron. Más adelante, cuando me ofrecieron retirar los cargos federales si me declaraba culpable, descubrí que ese segundo apartado de correos que había contratado como señor Gauss había hecho saltar una alarma de las fuerzas de seguridad: dos apartados al mismo nombre en estados distintos. Entretanto, yo pasaba la mayor parte del tiempo solo, deslizándome por lustrosas ciudades mecánicas para llegar a ese destino glorioso y resplandeciente.

Era la primavera de 2006 y comenzó la temporada de béisbol. Yo tenía tele y

Picón no, así que estaba agradecido de que a mí también me gustase el béisbol. Todas las noches que había partido veíamos a los Detroit Tigers. El año anterior habían perdido prácticamente noventa de cada cien partidos. Tres años antes, habían batido el récord de la liga norteamericana al perder un total de ciento diecinueve, pero ese año tenían nuevo entrenador y se esperaba que ganasen tal vez la mitad de los partidos.

Nuestra unidad, Eastlake, estaba en uno de los dos modestos edificios de dos plantas que había en nuestra mitad del complejo. Cuando la nieve del césped se derritió, empezamos a hacer entrenamientos de sóftbol los días que salíamos por la tarde. Yo estaba en bajísima forma, pero era capaz de atrapar una bola fuera del cuadro, algo que no es tan fácil como parece en televisión. Me puse de jardinero izquierdo. Picón estaba algo oxidado después del invierno, pero jugaba de tercera base y empezó siendo de los primeros en el orden de bateo porque tenía un porcentaje en base de .500. Era rápido con el guante —tenía una gran coordinación ojo-mano—, y para ser un tipo menudo generaba una velocidad de bateo tremenda.

Picón y yo nos tomábamos el sóftbol en serio y estábamos siempre ayudándonos el uno al otro a mejorar. Veíamos los partidos de los Tigers tomando notas mentales y aplicábamos los matices en el campo: mantener el codo trasero arriba en la caja de bateo, controlar que nuestras zancadas sobre la línea fuesen cortas y seguras. Llevábamos estadísticas y nos animábamos mutuamente. Estábamos listos para que empezara la temporada competitiva contra nuestros rivales del otro lado del patio, la Unidad Dublín.

Una semana antes del comienzo de la temporada, Frank, nuestro segunda base, un tipo ligeramente rechoncho, estaba practicando con el bate. Cada uno bateaba cuatro bolas y luego corría con la quinta. En el quinto lanzamiento, Frank logró un magnífico golpe hacia el hueco en el área centro izquierda. Acababa de rodear la segunda base y corría ya camino de la tercera cuando su cuerpo desproporcionado cayó de bruces al suelo. Al, nuestro campocorto, atrapó la bola y lo eliminó.

—Se le ha encendido el chivato de tabaco —se rio Al—. Tienes que dejar de fumar, culo gordo.

De haber sido cualquier otro en lugar de Al, no creo que Frank hubiese reaccionado como reaccionó. Pero Al le había quitado la posición de

campocorto unas semanas antes porque estaba claro que era sencillamente mejor. Frank se puso de pie, se sacudió el polvo de la barriga y luego le escupió a Al entre ojo y ojo. Ninguno de los dos tenía mucha elección después de eso: tenían que pelear o quedarían etiquetados de cobardes para siempre. Al comenzó a lanzar puñetazos aun cuando pesaba veinte kilos menos. Después de cualquier pelea, ambos implicados pasaban alrededor de un mes en aislamiento, y luego se trasladaba a cada uno a una prisión distinta para evitar represalias. No se los volvía a ver.

Eso significaba que Eastlake estaba en graves apuros. Nos quedábamos sin dos jugadores del cuadro y sin nuestro tercer y cuarto bateadores. Ocupamos las posiciones con Tex y Sparky, que no podrían ni romper una bolsa de papel con el bate y que parecían ser alérgicos hasta a las bolas que salían rodando por el suelo. Perdimos los primeros siete partidos.

Los Tigers, mientras tanto, estaban consiguiendo las mejores marcas de la clasificación. Picón y yo los veíamos todas las noches comiendo palomitas de microondas y, día tras día, se alzaba algún héroe: Granderson, Marcus Thames, Brandon Inge y muchos veteranos que habían dejado ya muy atrás sus mejores años.

Picón, entretanto, se iba haciendo más fuerte. Yo lo miraba por las noches mientras practicaba, y al final acabé sabiéndome su rutina: cada tres noches, a no ser que se acercase final de mes, en cuyo caso podía descansar algunos días más para empezar de nuevo el primer día. Su rutina venía determinada por el primer día del mes más que por cualquier otra cosa que se me ocurriese.

Yo iba a tener que sacar el tema pronto; Picón progresaba muy rápido, ya era capaz de desaparecer por completo durante tres minutos. Cuando se acercaba ya el partido del All-Star, podía atravesar con el torso la gruesa puerta de acero, que parecía más difícil de cruzar que el cristal: tenía que empujar con más fuerza, y a veces la resistencia opuesta lo hacía trastabillar hacia atrás.

Eastlake se estaba volviendo muy efectiva en la derrota, aunque al menos nuestros márgenes se habían ido reduciendo desde el comienzo de la temporada. Picón y yo desarrollamos esa camaradería silenciosa que nace en los equipos perdedores, y que se sumó a la camaradería que habíamos

construido viendo las victorias de los Tigers.

Una tarde de domingo, estaban jugando contra los Yankees en Nueva York después de perder el primer partido del doble encuentro. Hacia el final, Craig Monroe anotó un *home run* que les dio la victoria. Su madre, Marilyn, estaba en las gradas. De una manera fantasmal, la antigua esposa de Joe DiMaggio estaba también de nuevo en el estadio de los Yankees.

—Increíble, ¿eh? —dije.

—Sí —respondió Picón—. No pensé nunca que iba a ir con un equipo ganador.

No nos veíamos el uno al otro. Yo estaba en la litera de arriba y él en la de abajo. Nos quedamos tan callados como los hinchas de los Yankees por un momento. Y entonces se lo pregunté:

—¿Te irás pronto?

—En octubre, seguramente —me dijo—. Sé que lo sabes.

—¿Cómo?

—Las tapas de mi biblia estaban demasiado limpias.

—Strickland me hizo cogerla. Me entró el pánico y la puse otra vez en su sitio. Quería saber. No se lo contaré a nadie.

—Da igual —respondió él. Oí los muelles reacomodándose en la litera de abajo—. No te creería nadie, y, aunque te creyeran, no podrían hacer nada. Pueden ponerme un guardia las veinticuatro horas del día, pero, a pesar de todo, una noche me largaré.

—¿Es algo que yo pueda aprender?

Yo hablaba al techo, con la cabeza apoyada en las manos. Hablar con alguien en la litera es casi como hablar contigo mismo. La pausa aguardando a que el otro responda es una auténtica prueba de paciencia: no hay forma de calcular lo cerca que está la respuesta. Se podía haber quedado dormido, o en el caso de Picón, tal vez hubiese desaparecido.

—¿Sigues ahí?

—Estoy pensando.

—¿Eres capaz de hacerlo porque te dieron el número de un muerto?

—El número fue solo el principio. Me permitió creer que yo era distinto. —Se levantó y me miró—. Pero, oye, no te conviene saber hacerlo. Aquí lo tienes muy bien y acabarás saliendo algún día. Tienes un buen número, así que

mejor que no le des más vueltas. Porque cuando llegas al punto en el que eres capaz de salir de aquí, cuando puedes atravesar esa puerta, estoy bastante seguro de que ya no hay vuelta atrás. Por lo que yo sé, estoy bastante seguro de que no vuelves a aparecer.

—Y ¿estás dispuesto a hacer eso?

—Yo no tengo a nadie fuera, tío. Aquí estás tú, pero te pueden trasladar en cualquier momento. Desaparecer no es tan mala cosa, al fin y al cabo. A veces me siento como si ya no estuviese.

Jonnie Rae no fue nunca nada más que una silueta en la acera de noche. Allí de pie, en Park Street, con los vitrales del bufete de fondo, nunca llegó a tener consistencia del todo. Y, ahora que los recuerdos que tengo de ella se están desvaneciendo..., el que se mantiene más sólido es el de la última vez que la vi, la noche que terminé en el río, tumbado en el bote de madera casero de alguien, escuchando el agua bajo el casco. Jonnie Rae me había dicho: «Sígueme hasta el río. Creo que te gustará la música que suena allí». El agua canturreaba, desde luego. Sonaba antigua y profunda. La superficie salpicaba y tamborileaba en el bote, pero había que escuchar más allá para llegar al alma del río.

Nuestro torneo de fútbol comenzó una semana antes de la Serie Mundial. Los torneos en la cárcel son mágicos, en cierto modo: todas las derrotas previas quedan borradas; sobre el papel, al menos. El animador sociocultural rastrilló el terreno, cortó la hierba fuera de cuadro, llenó los hoyos del campo y dibujó con tiza las líneas del área, las cajas de bateo y unos perfectos círculos blancos de espera. Esparcieron gravilla nueva debajo de ambos banquillos. Todo era de un blanco, un marrón y un verde relucientes. Nosotros llevábamos todos el traje azul oscuro con las franjas naranjas. Los zapatos de vestir que nos habían proporcionado en la cárcel se agarraban mejor al terreno, así que todo el mundo los llevaba puestos también. Las bolas eran Gold Dots nuevas, blancas y macizas. Me senté en el banquillo y miré cómo todos calentaban. Picón y yo nos habíamos pasado todo el año viendo a los Tigers en blanco y

negro en una pantalla de doce pulgadas, y había olvidado los maravillosos colores del béisbol.

No esperábamos vencer en el torneo, solo habíamos ganado dos partidos en toda la temporada. Los de la Unidad Dublín llevaban semanas hablando de en qué se iban a gastar los cinco dólares que le tocaban a cada jugador del equipo ganador, y nosotros estábamos resignados a un segundo puesto.

El torneo lo ganaba quien ganase dos de tres partidos, y después de perder el primero, nos impusimos en el segundo gracias a una bola alta que mandé al jardín central. Tex, que hacía solo cuatro días que había aprendido a correr entre bases *después* de que atrapasen la bola, hizo un pisa y corre y anotó la carrera ganadora. Jugaríamos el último partido el 21 de octubre, el día en que comenzaba la Serie Mundial. Pero entonces llegaron las lluvias.

Tenía la sensación de que Picón podía marcharse en cualquier momento, pero quería terminar la temporada de sóftbol y ver conmigo la Serie Mundial. En secreto, empecé a entrenarme usando las páginas de mi Biblia del rey Jacobo. La cubierta marrón claro imitaba la textura del mármol y tenía una cruz en relieve. Me pasaba horas recortando hojas y liando cigarrillos con ellas. Todos los días escribía los mismos versículos que había escrito Picón. Me dijo que tardaría un año en creer de verdad que lo único que tenía que hacer era creer.

Los Tigers perdieron su primer partido por 7—2, incapaces de batear las bolas de Reyes, un buen lanzador novato. Nevó y llovió al día siguiente, un domingo. Pronosticaron lluvia y nieve para la hora del partido en Detroit esa noche, pero los Tigers jugaron y ganaron, a pesar de una mediocre ofensiva, así como de una posible sustancia ilegal en la mano del lanzador de los Tigers. Los domingos son siempre largos y deprimentes en la cárcel, pero la victoria trajo algo de luz al sopor del día.

Estaba previsto que jugásemos ese lunes a las 17.50. Mientras se acercaba el último partido, seguí escribiendo los versículos. Picón estaba tumbado en la litera con los ojos cerrados. Tendía a ponerse muy nervioso antes de los partidos, así que visualizaba una buena actuación. Yo dejé puesto el canal del tiempo en la tele para estar pendiente de la hora y de las posibles lluvias. No parecía que se acercase ninguna, salvo en la frontera con Indiana. Las 17.50 llegaron y se fueron.

—¿Por qué no nos dejan salir? —preguntó Picón.

—No tengo ni idea.

Pronto fueron las seis, y Strickland pasó por nuestra ventana en su ronda de en punto. Picón saltó de la litera y corrió hacia la puerta.

—Eh, Strickland, ¿vamos a jugar el partido? —gritó por la rendija.

Supe que serían malas noticias cuando sus ojillos brillantes aparecieron en el cristal. Si el partido siguiese en pie, se habría limitado a responder que sí, pero cuando volvió, supe que Strickland tenía algún placer personal en el que recrearse. Nos miró, sonrió y abrió la puerta.

—¿Es que no lo sabéis, genios? Está lloviendo.

Yo había estado jugueteando con el bolígrafo entre los dedos de la mano izquierda. Di unos golpecitos con él en la pantalla del televisor:

—Lo dice aquí, nada de lluvia, genio.

—Si mirarais por la ventana lo veríais —repuso Strickland. Nuestras ventanas estaban a nivel de suelo, sucias y empañadas, así que no se veía gran cosa salvo una alta farola, una verja metálica y alambrada de concertina.

—Pues podrías habernos avisado para que no estuviésemos esperando —le dijo Picón—, ¿Sabes?, si nonos vieras como ratas, tú tampoco tendrías esa puta pinta de rata ni apestarías tanto a rata. ¿Qué te parece, genio?

—Muy bien, 121, te acabas de ganar una falta por insolencia. —Strickland desvió su mirada punzante hacia mí—. Y tú también, 573. Ahora ya no tenéis que preocuparos por vuestro partidito de sóftbol porque estaréis los dos sancionados. Se acabó la temporada, hijoputas.

Strickland se sacó el grueso manual de directivas del bolsillo trasero. El impreso de falta era de color amarillo, y en su mano el libro parecía un cuaderno en miniatura.

Lo que tendría que haber recordado en ese momento eran mis últimos minutos como un hombre libre en aquel bonito bote de remos. Jonnie Rae iba sentada en uno de los bancos del bote, y nos dejamos llevar a la deriva. Pegué la oreja al casco para escuchar aquel canturreo eterno tan real del río. Y entonces las linternas apuntaron por todas partes y distinguí cómo alguien se metía en el agua e interrumpía el canturreo. Un haz de luz inundó el interior del bote mientras nos remolcaban a la orilla. Miré a mi alrededor buscando a Jonnie Rae.

—¿Buscas a alguien? —me preguntó el poli.

Pensé que era el fin.

—Adiós —dije.

Pero no pensé para nada en eso. Strickland rellenó la falta de Picón y vi cómo mi compañero de celda empezaba a desvanecerse. Echó la falta al váter e intentó tirar de la cadena, pero fue imposible. El pulgar, y luego la mano, atravesaron el acero inoxidable. Abrió la boca para hablar, pero no salió nada de ella. Entonces sonrió.

—Quinientos setenta y tres, dame tu tarjeta identificativa —dijo Strickland. Picón había desaparecido casi por completo.

—Tengo nombre —respondí mientras me ponía de pie y sacaba el paquete de Bugler del bolsillo de la camisa. Guardaba los cigarrillos liados en la tabaquera, y en la solapa llevaba la tarjeta identificativa amarilla junto con un cerillero. Me acerqué hasta la puerta—. ¿Ves, Strickland? Aquí mismo, en la tarjeta, tengo nombre. Y voy a estar un tiempo por aquí, así que ¿por qué no empiezas a usarlo?

Junto a la puerta, fingí que el paquete se me escurría de las manos y dejé que los cigarrillos y las cerillas cayeran al otro lado y fuesen a parar al pasillo, al que no podía salir sin permiso. Strickland me observó con atención y, en lugar de concederme la libertad de salir y recogerlos yo mismo, se puso de rodillas y los cogió por mí. Noté un soplo de aire pasando por mi lado y saliendo por la puerta abierta. Se había terminado la temporada, pero para algunos de nosotros comenzaba una nueva.

—Hola —dije. Hola.

EN LA SALA COMÚN CON EL PESTES

El Pestes entra en la sala en la que los hombres juegan a las cartas. Juegan al dominó y charlan. Juegan al ajedrez y venden postales de Navidad hechas por ellos mismos. Fuman en el rincón de la ventana.

Aquí apesta a cuadra que tumba, dice. El Pestes cree que todo apesta. Dice que tiene un olfato ultrasensible y no hay nada que le huela bien.

El Pestes en la sala común: ¿Eso ha sido un puto trueno, en octubre? Los árboles están cambiando. Aunque ese creo que está muerto. Esos aviones vuelan bajo porque me están vigilando. Cuando me vaya, fijaos, ya no veréis más aviones por aquí.

El Pestes se sienta enfrente de mí y pone una baraja de cartas sobre la mesa. Tiene unas cuantas camisetas nuevas, y lo que realmente le gusta de ellas es que les han quitado las etiquetas, así que es imposible ponérselas del revés. Estuvo casado —sigue estándolo, técnicamente— con una prostituta a la que llama Sarah *Sustos*, que una noche se tomó su medicación con una copita de Wild Turkey, y a partir de ahí la historia se vuelve borrosa. El único hecho irrefutable es que ella desapareció. Sarah *Sustos* tenía un corazón muy débil. Se le caían los dientes porque había perdido todo el esmalte.

Nash se ha quedado sin cigarrillos y se le ha terminado el café. Está sentado a la mesa de al lado y puede que tenga la gripe.

Me gustaría volver a ver películas.

Odio el ruido que hay aquí.

Duermo mucho.

Me pregunto si esos cuatro tíos del juego de rol de vampiros saben que no

es real. No creo que se paren a pensarlo.

Me he acostumbrado al café instantáneo. Está bien.

La mayoría de mis amigos han matado a alguien. La mayoría de mis amigos fueron famosos en su día. Hay un par que salen en *Crímenes sin resolver*. El del Pestes lo echan media docena de veces al año. Un tío detrás de mí cree que mi letra parece árabe. Tiene la Celda 92. Lo sé porque recojo la colada y luego la reparto. Me sé las celdas de todo el mundo. Casi. Hay doscientos cuarenta hombres en esta unidad.

¿Te llamas Sam?, pregunta el Pestes. ¿No? Vale. Yo me junto con asesinos, pero con pederastas no.

Aquí la gente habla demasiado. A nadie le importa lo que digan, y de verdad que creo que hay tíos aquí o que vuelven una y otra vez porque les gusta hablar y la gente de fuera está harta de escucharlos. Una vez oí a Leonard Cohen contando que había pasado cinco años en un monasterio y comparando la experiencia con la de ser una piedra tosca metida en un saquito de tela con otras piedras toscas. La fricción entre ellas las pule hasta dejarlas lisas y relucientes. Estos tíos, sin embargo, no ven así la cárcel. Creen que están aquí por accidente.

A lo que cuesta más acostumbrarse es a las peleas de broma, aprender a diferenciar entre violencia real y dos tíos actuando como niños. El primer par de años, te das la vuelta cada vez que oyes un ruido fuerte.

¿Cómo se llama ese juego de cartas al que estás jugando? El casino, responde el Pestes. O sea, el solitario. Y entonces mezcla la baraja y coloca las cartas en trece pilas de cuatro. Me pregunta cuántas posibilidades creo que existen de que haya cuatro cartas del mismo palo en una pila. Como una entre un millón, le digo. Y entonces da la vuelta a cuatro ases en la primera pila y luego al resto por orden.

Yo podría haber sido un as de las cartas, dice. Eh, a lo mejor si le hacemos este truco al juez nos suelta.

Sí, puede ser.

Yo creo que también podría decirse *el rey de las cartas*, aunque la verdad es que lo de *as* queda mejor. Yo prefiero ser un as que un rey, aunque no le digo nada.

Todos los fulleros de antes les ponían nombres a sus trucos: Lucy la Zurda,

el Vuelta y Corre, la Baraja Desaparecida, el San Valentín Sangriento, la Sota Ful... Y, aunque el Pestes se sabe un montón de juegos de cartas, no ha puesto nombre a ninguno.

Estos son los datos del caso tal como me los relataron el propio Pestes y Bill Kurtis, de *Crímenes sin resolver*:

Sarah *Sustos* Brown —apellido de soltera, Novak— y el Pestes se casan en 1978. Ella va de blanco, y él paga cincuenta dólares por un pastel de bodas alto y magnífico que su mujer le lanza durante el convite celebrado en el sótano del Puesto 714 de la Legión Americana. Al baile acudió lo más granado de entre los traficantes, chulos y ladrones del condado de Kalamazoo. El matrimonio es tempestuoso, y al cabo de un par de años ha naufragado por completo. Existe un historial bien documentado de incidentes domésticos en el que se van intercambiando el papel de agresor. Ella pasa las noches inconsciente con un par de Valiums (no le gusta la nueva generación de benzodiacepinas) y medio vaso de Wild Turkey. El Pestes le hace un seguro de vida por valor de cien mil dólares y, un mes después, ella se esfuma. No aparece ningún cuerpo; no se encuentra ni rastro de él. Nunca. Ni siquiera hoy. El caso queda sin resolver y el seguro sin cobrar porque no hay prueba alguna de que Sarah *Sustos* esté muerta y no viviendo en una playa de Cancán. Seis años más tarde, una borracha chiflada llamada Monica *Tiro Fijo* Silver dice en el estrado que el Pestes le contó al detalle cómo había asfixiado a Sarah *Sustos*, la había pasado por la picadora de carne que usaba para el venado y había dado a comer sus restos a una piara de treinta cerdos al norte del pueblo. El Pestes dice que no ha visto nunca a Monica. Su declaración llega dos semanas antes de que el juez de instrucción declare a Sarah *Sustos* presuntamente muerta y el Pestes reciba el dinero del seguro.

Una breve introducción legal: *corpus delicti* significa literalmente «cuerpo del delito». Por lo general, en un caso de homicidio debe haber pruebas de que alguien ha muerto y de que el fallecido encontró su fin por vía de un acto criminal. Por lo general, hace falta algo más que una perturbada que recobra la memoria para condenar a alguien. Pero Michigan es peculiar en ese aspecto.

Por lo general, hacen falta pruebas, a no ser que haya cien mil dólares en

juego, dice el Pestes. Él cree que lo más seguro es que Sarah *Sustos* muriera de camino al sur con un tío que apenas debía de conocer. Un día cree que está en una cuneta en algún punto entre Michigan y México. Otro cree que va a aparecer viva. Puede que aquí mismo.

También echo de menos la buena música. Echo de menos la música alternativa que no ponen en la VH1.

Alguien del Ala B se tomó treinta de algo. ¿Treinta qué? Da igual, se tomó treinta. Si te tomas treinta de lo que sea, se acabó. Es esa época del año. La gente se deprime. No pueden más.

Cuando vuelva al juzgado, dice el Pestes, en mi declaración inicial le voy a hacer al juez un juego de manos con las cartas que se va a quedar alucinado.

Tienes que buscarle un nombre pegadizo, Pestes. No puedes coger y decirle: Vale, juez, mire qué truco.

Mira por la ventana. Puede que nieve hoy, o mañana.

Un nombre, ¿eh?

Alguien se pone de pie: Te voy a decir una cosa. Te lo digo: ¿sabes toda esa medicación para la que me despiertan cada día a las cinco y media? ¡Pues se la pueden meter por el culo!

La parte de la historia del Pestes con la que siempre me quedaba pillado era esta: ¿por qué deshacerte del cuerpo si pretendes cobrar el dinero del seguro? Y esta también: todavía lo tiene atónito que le lanzara un bonito pastel de cincuenta dólares. Eso pasó hace más de treinta años.

Juez Peckerneck, para mi declaración inicial, dice el Pestes que le dirá, me gustaría que prestase atención a esta baraja de cartas para mostrarle un truquito al que llamo Ases-en-medio-nada-por-aquí-huele-a-cagada-de-mono-y-nada-por-allá.

Otra cosa que echo de menos: cuando cortaba el césped del patio, mi perro me seguía pisándome los talones y, cuando paraba, chocaba contra mis piernas. Había algo muy reconfortante en eso.

Es día de colada. Voy a darme una ducha. De camino a comer, el Pestes me ha dicho que hoy me iban a pasar cosas buenas porque estuvo rezando mucho rato por mí y por mis hijos anoche. Voy a darme una ducha y a esperar. Voy a beberme un café bien cargado y a esperar que pasen cosas buenas.

CISNES

El Pabellón A del Correccional de Michigan es un gimnasio reconvertido con el tejado a dos aguas y una docena de ventiladores de techo que azotan una brisa templada sobre los cubículos de ocho plazas, como el aire caliente que despedirían las alas de los buitres del desierto.

El primer tercio del Pabellón A es una sala común con un televisor fijado a la pared frente a cinco hileras de sillas. Hay también una docena de mesas redondas para jugar a las cartas, dos microondas, dos tostadoras y una tabla de planchar con una plancha que funciona de vez en cuando y que está anclada permanentemente a la pared con una cadena parecida a esas que usan las señoras mayores para colgarse las gafas del cuello.

Suele haber dos funcionarios de prisiones sentados tras su escritorio, echando un ojo, y a su espalda está el baño, con una fila de duchas individuales, váteres y urinarios de acero inoxidable. Yo me encargo de fregar esos urinarios de lunes a jueves, justo después del recuento de la tarde.

El martes pasado no los fregué. Estamos en diciembre, y esa mañana, por Navidad, cambié tres sobres de café instantáneo a 3,15 dólares la unidad por un montoncito de hierba como regalo para mí mismo. Después de siete años de cadena perpetua sin opción a libertad provisional, es la primera vez que compro drogas de la cárcel, a no ser que contemos la botella de Fanta llena de vodka de patata del año pasado, que no me pude beber porque sabía y olía como una sopa de patata que hubiesen dejado una semana entera al fuego.

Le compré la hierba a Russell, un blanco calvo y delgado al que le faltaban casi todos los dientes entre colmillo y colmillo. Cuando me pasó el

paquetito de papel que contenía el cuadrado diminuto de ese color verde oscuro tan familiar, tuve que preguntarle cómo encenderlo. Liarlo sí sabía, porque hasta tres meses antes fumar estaba permitido, y ahora que no teníamos papel de liar usábamos los envoltorios de papel cebolla en los que venían los rollos de papel higiénico. Se sentó a mi lado en la litera y me dio una lección rápida con una pila AA Energizer y un hilo de cobre sacado de un cable de auricular, tan fino que tuve que mirar dos veces la palma de su mano para encontrarlo.

De modo que el martes pasado, en lugar de fregar los urinarios con jabón fragante y espumoso y un estropajo gastado, me senté en el estrecho borde de un váter con la puerta de la cabina cerrada, bajo un extractor a tres metros sobre mi cabeza, y puse en contacto ese hilo casi invisible con el polo positivo y con el envoltorio metálico (la carcasa de la pila, a la que se llega rascando la etiqueta) chamuscándome la punta del índice y el pulgar. El centro curvado del hilo se puso rojo y me encendí el porro, fino como un palillo. Tosí y me mareé un momento. Vacíé aquella cisterna que sonaba como el motor de un reactor, supongo que para camuflar la tos, pero lo hice demasiado tarde. La única otra persona que había en el baño era el encargado de limpiar las duchas, Wilhelm, un alemán bajito y callado que había tirado a su mujer de un edificio de Saginaw. Yo no lo conocía y no quería conocerlo. A lo mejor era un soplón, o peor, a lo mejor llamaba a la puerta y quería una calada.

Al cabo de un momento, ya había liquidado el porro, había tirado la colilla por el váter y me había guardado la pila y el hilo de cobre en el bolsillo. Me lavé las manos y me senté en la primera hilera de asientos a ver los últimos quince minutos de las noticias de las doce en punto. A las 12.30 harían el recuento y nos llamarían a comer.

Ver las noticias era mi rutina diaria, solo que esta vez iba fumado. Pasaron los minutos, y un manto hormigueante envolvió mi cuerpo al tiempo que en mi mente se alternaban los colores, pasando de la oscura paranoia a una luminosa y absurda hilaridad. Intenté centrarme en las noticias, pero una sensación de risa desquiciada brotó en algún punto encima de mis rodillas, un lugar que había olvidado.

El hombre del tiempo parecía hablarme directamente a mí: «Hoy será un día frío pero muy soleado... Tenga a mano su gorro de lana, y también las

gafas de sol». Parecía un viejo amigo al que le preocupara sinceramente que yo saliese preparado. Cuando terminó el tiempo, la escena cambió a un lago, brillante y plácido, rodeado de casas bonitas. Según el presentador, el Departamento de Recursos Naturales de Michigan se había pasado la mañana matando cisnes con escopetas del doce. La cámara se acercó a una camioneta Ford de color blanco con la caja cubierta por una lona. El plano se acercó todavía más y enfocó a través de la obertura trasera una pila de al menos cincuenta cisnes tiesos, que a mí me pareció una pila de almohadas surrealistas de camino a un orfanato de cuento de hadas.

Comenzó el monólogo emocional de una señora del lugar: guapa, de mediana edad, justo la clase de mujer que uno esperaría encontrar cuidando del jardín frente a una de esas bonitas casas del lago. Tenía lágrimas en los ojos. «Ya sé que tienen que controlar la población —dijo—, por las enfermedades o lo que sea. Solo cuestiono los métodos». La escena saltó a un par de escopetas de corredera apoyadas en el parachoques delantero de la camioneta blanca. «Han salido sin decirle nada a nadie y, de repente..., pum, pum, pum». Hizo el gesto universal de una pistola con el índice y el pulgar y sacudió la mano atrás con varios culatazos.

Me encantó que fuese incapaz de hablar de muerte. Me encantó que solo pudiese escenificarla, hacer mímica con un signo que no tenía nada que ver con las armas que habían utilizado en realidad. Le quedaba perfecto: infantil, inocente, sexi. Nunca había hecho ese signo. Nunca lo había necesitado.

Detrás de ella, la cámara hizo *zoom* sobre un chorrito de sangre espesa que se escurría serpenteante por la puerta de la caja trasera y formaba un charco en la esquina de un camino de cemento blanco que conducía a una de las casas.

Pero el plano final del reportaje, un contrapunto tranquilo a la violencia, fue una escena del lecho seco de un arroyo bajo el arco de un largo puente, con una pintada descolorida e ilegible en un lateral de la viga. La cámara hizo una lenta panorámica pasando por las ramas negras de los árboles pelados del invierno y acabó enfocando las aguas titilantes del lago, frío, radiante, sin un cisne a la vista.

Pero yo no había seguido a la cámara. Me había quedado con esa pintada, bajo el puente que, en mi estado, en esos momentos estaba seguro de haber conocido en los tiempos del instituto, con la pintada recién hecha, obra de mi

amigo Ricky. Era una letra de Zeppelin —«*Have you seen the bridge?*»— escrita con pintura de un naranja muy vivo, todavía húmeda y goteante cuando Ricky salió de la orilla, sonriendo y restregándose los dedos en los vaqueros hasta dejar en ellos un borrón difuminado e indeleble.

Crash estaba con nosotros, como siempre que nos escapábamos de la escuela para ir a su chabola en el descanso para comer. Nos había llevado al río para enseñarnos su último proyecto. «Se emparejan de por vida, ¿sabéis?», nos dijo refiriéndose a los cisnes, *sus* cisnes. No cisnes muertos, sino cisnes nuevecitos, vivos y coleando, que nadaban en círculos confusos y abreviados en el centro parduzco del río Little Wabash. Al parecer, tenía pensado criarlos.

Cabría decir un par de cosas sobre Crash. Primero, había cierta controversia en torno a su apodo, que algunos decían que en realidad era Cacho, pero que con el tiempo había ido evolucionando hacia algo menos ofensivo. En 1979, después de una fiesta del Club de Motoristas de Flatlanders, había cogido mal una curva con su Harley y lo habían encontrado a la mañana siguiente partido en dos, con los talones en la nuca, por lo que sus piernas quedaron inservibles, junto con todo lo que quedaba por debajo de la médula seccionada. Se había convertido en un «cacho» de carne. Iba por ahí con una furgoneta adaptada, y se gastó sus primeras pagas de invalidez no en algo práctico, como unas rampas de madera para subir a la choza que tenía justo al lado de donde estábamos, bajo el puente, sino en unos altavoces suizos de mil dólares cuyo nombre nadie era capaz de pronunciar. Tampoco quería decir dónde o cómo los había conseguido, como si fuera un secreto de importancia nacional.

Decían que antes era muy fuerte. Los que lo habían conocido contaban que solía hacerse el gallito en el puente, que se colgaba de las puntas de los dedos y recorría cualquiera de sus cuatro enormes vigas de quince metros de largo. Algunos decían que *incluso ahora* era capaz de recorrer esa distancia, y de hecho su tronco parecía todavía muy fuerte, pero si cayera al Little Wabash, diez metros más abajo, la corriente se lo llevaría tan rápido que acabaría ahogado. De todos modos, había perdido su sentido aventurero después del accidente, después de todas las operaciones y de la infidelidad de Sheila, su mujer.

—No solo se emparejan de por vida —dijo—, sino que son *fieles*.

Otra cosa que hay que decir de Crash: en cualquier discusión, fuera cual fuese el tema, en algún momento acababa llegando al asunto de que las esposas, todas las mujeres, eran unas infieles. Era bien sabido por todos nosotros, degenerados de instituto, que esto era algo con lo que debíamos mostrarnos de acuerdo, y que a Crash en general había que darle rienda suelta verbal, porque, en algún lugar, oculta en los terrenos arenosos pero fértiles que fueron en su día el fondo del río, Crash cultivaba la marihuana más potente a este lado de Sudamérica.

Según contaba, cinco años antes, en 1981, iba de camino a la Semana de la Moto con los Flatlanders cuando dio con varias semillas en Daytona, descendientes directas de una potente cepa llegada de las montañas de Afganistán. La hierba olía como a chorro de mofeta, podía llevar a un fumador no iniciado a llorar, a vomitar o ambas cosas, y costaba cincuenta dólares el cuarto de onza: el doble de lo que costaba la hierba colombiana de siempre. Pero la marihuana afgana de Crash lo valía. Hasta a los *hippies* que llevaban fumando desde antes de que Ricky y yo naciéramos les subía a la primera calada.

Volvimos al instituto con el coche de Ricky, un Trans Am del 78 con una suspensión hecha polvo que traqueteaba ruidosamente en cada bache, en particular, en los adoquines de la plaza del pueblo. Los paneles del techo estaban sacados, y del espejo retrovisor colgaba un batiburrillo de parafernalia fumeta: una bandana roja, una bolsa lila de Crown Royal llena de hemostatos robados del hospital y un ligero negro de encaje. Ricky tenía la costumbre de echarle demasiada cera protectora al vinilo del interior, así que, si no estabas atento, podías resbalar del asiento cuando daba un frenazo.

—¿Qué te parece lo del cisne? —le pregunté.

—Ese es el último cisne que vas a ver. O sea, el último que tendrá. ¿Te acuerdas de aquel plan de cultivar su propia comida?

—¿El que quedó en una parcela de calabazas y una hilera de ocras?

—¿Y del plan de construir una casa sobre pilares después de aquellas lluvias tan fuertes?

—¿Y lo de que iba a hacerse famoso por descubrir un planeta nuevo con aquel pedazo de telescopio con el que espía a Cindy Cleary?

Llegamos al instituto justo cuando sonaba el timbre de la quinta clase.

Había muchos más planes que podríamos haber enumerado: montar una destilería ilegal en un submarino, generar su propia electricidad construyendo un molino de agua junto al río... Sin duda alguna, todo eso se debía al mero poder de su marihuana, además de todo el tiempo libre que tenía entre manos. Ahora iba a criar cisnes porque hacían gala de la fidelidad y la belleza que él había tratado de encontrar, sin lograrlo, en la gente.

Y ¿de dónde habría sacado el cisne? Me lo pregunté antes de la clase de historia americana de la sexta hora. Y ¿los cisnes vivían en ríos, además? Yo solo había visto cisnes en estanques y en lagos. ¿No se quedarían dormidos y desaparecerían para siempre, llevados por la corriente?

Daba igual. Al final del día ya nos habíamos olvidado del cisne.

La semana siguiente nos subimos al Trans Am, con el interior negro humeando después de pasar el día al sol, y cogimos la Ruta 45. Dejamos atrás los altos silos de grano de la Louisville Seed House y el parque y seguimos por el lado sur de la manzana de ladrillos justo debajo de los juzgados hasta llegar al caminito de Crash. Pasamos junto a la furgoneta adaptada, bajamos por la pista empinada de la orilla y nos quedamos sentados en el coche a la sombra del puente. Había media docena de cisnes correteando por la arena a orillas del río, que iba crecido en primavera.

Antes de que Ricky apagase el motor, Crash había salido ya por la puerta trasera y bajaba zigzagueando la escalera de madera con las muletas de metal. Era capaz de bajar esos escalones tan rápido como un hombre perfectamente capacitado, pero verlo resultaba angustioso. Era como una caída controlada, la forma en que los pies se arrastraban tras él como la cola de una cometa. Crash se acercó con las muletas hasta la portezuela del pasajero y se sacó un porro del bolsillo de la camisa de franela sin mangas que llevaba.

—Enciéndelo —dijo—. ¿Qué os parecen los cisnes?

—Parece que tus altavoces suizos secretos se hayan vuelto locos —repuso Ricky.

Había media docena de cisnes cruzando agresivamente graznidos y resoplidos con el Trans Am en medio. Parecían estar tramando un plan para matarnos.

—Luchan hasta la muerte por sus seres amados —nos explicó Crash. Y la semana siguiente había seis más, que transportó en su furgoneta desde la granja

de huevos que había a once kilómetros al sur del pueblo.

En la granja tenían veinte, nos dijo, y los estaban casi regalando, porque el experimento con los huevos de cisne no había acabado de despegar. Pero al parecer había leyes que regían la venta de animales de granja: una persona no podía comprar sin más veinte ejemplares de lo que fuera, sino que tenía que comprarlos en grupos determinados por alguna fórmula del Departamento de Conservación de la Naturaleza. Salían a diez dólares la pieza, y para finales de abril contemplábamos ya, y oíamos, y temíamos, a cisnes por valor de doscientos dólares. Doscientos dólares de aves ruidosas, sucias y agresivas que, en lo que respectaba a Ricky y a mí, habían jodido bien nuestro tranquilo fumadero.

La clave del principio del fin de los cisnes, creo yo, la llevaba Crash tatuada en el bíceps izquierdo: «Sheila», con el contorno rojo de un corazón rodeando el nombre. Nadie sabe por qué, pero es una ley universal tan cierta como la gravedad que, tan pronto dotas de permanencia a algo en este mundo, comienza el fin. Se había cumplido con Sheila (y con cualquiera cuyo nombre estuviese tatuado en el cuerpo de otro) y se cumplió también cuando Crash encargó que le pintaran una aerografía mística en la furgoneta. En el portón lateral le hicieron una bandada de cisnes galácticos, viajeros del espacio-tiempo, algunos apareándose, la mayoría surcando el universo oscuro, con las plumas de la cola dejando tras de sí una estela llameante de camino a planetas distantes en forma de corazón. Aquello estaba sentenciado.

Por supuesto, Ricky y yo nos habíamos planteado matar a los cisnes nosotros mismos; era un tema de conversación habitual mientras nos paseábamos por las carreteras rurales de los alrededores de Louisville. Los cisnes serían objetivos fáciles: no huyen de ti; al contrario, se enfrentan a los intrusos a la primera. Puede que de lejos parezcan criaturas hermosas, gráciles, pero cuando están en su territorio son impetuosos, violentos y muy salvajes. Protegen su terreno con más fiereza que la mayoría de los perros criados para ese propósito. En nuestros desvaríos fumados en el Trans Am de Ricky, llegamos a la conclusión de que su naturaleza territorial es seguramente el motivo por el que se emparejan de por vida: su compañero, creen, es su

territorio.

Aun así, cualquiera que estuviera dispuesto podría matarlos a todos con un bate de béisbol en cuestión de minutos.

Pero, por mucho que odiásemos a aquellos cisnes, no queríamos hacer daño a Crash matándolos. Él amaba a esas aves, y le mostraba a cualquiera que pasara por allí el intrincado simbolismo de los cisnes de su furgoneta, aquellos puntos de blanco puro en el vasto y oscuro vacío sideral. Había un puente en el dibujo, de la luna al infinito, o, al menos, hasta el borde de la puerta del pasajero. Venía a simbolizar la unión entre el amor imaginado y atemporal y la realidad de ese ideal, encarnado en los cisnes. Eso era, al menos, lo que decía Crash cuando se ponía a filosofar sobre la furgoneta después de dos porros de hierba afgana.

Olía aún a recién pintada cuando murió el primer cisne. No pareció misterioso aún: un cisne solitario encontró la manera de subir hasta la carretera y lo atropelló un coche, salió disparado por el borde del puente y cayó a la arena. Ese sábado por la noche habíamos ido a buscar a Crash para que nos comprase alcohol; lo encontramos arrastrándose y arrastrando sus piernas inertes en erráticos ochos con las muletas sujetas a los brazos. Le colgaba la cabeza, como si inspeccionara el suelo en busca de algo que hubiese perdido. Estaba doliéndose, matando el tiempo mientras esperaba que nosotros, o alguien, cavara el hoyo, como hicimos. Luego nos colocamos y nos preparamos para el panegírico poniendo *Stairway to Heaven* a todo volumen en sus altavoces suizos, orientados hacia las ventanas de la parte de atrás. La escena resultaba embarazosa, y estábamos impacientes por que terminara. Sabíamos que esa noche no íbamos a sacar ni gota de alcohol.

—No sé qué decir —comenzó Crash bajo el puente, de pie frente al ave, que estaba en su tumba recién excavada a tres palmos bajo tierra. No había grandes signos de herida, salvo porque un pie estaba partido, apenas aguantaba pegado a la pata—. Se llamaba *Bachmann*, y le gustaba dormir en el rincón del puente.

—Ah, sí —dije yo—. A mí también me gusta esa parte del puente. Ese saliente de ahí arriba..., molaba hasta que empezaron a dejarlo todo lleno de cagadas.

Noté los ojos de Ricky clavándose en mí, pero Crash siguió concentrado

en la tumba. Tosió —para aclarar sus pensamientos, supongo— y luego se quedó callado, lo que me puso nervioso. El silencio siempre parecía peligroso cuando ibas fumado, y sobre todo con Crash no se sabía nunca: tanto podía montar en cólera como romper a llorar. Pero no hizo ni una cosa ni otra.

—Estos cisnes me han dado más de lo que yo podría darles nunca. Amén.

—Amén —dijimos Ricky y yo al unísono.

Aparte de por su hosca disposición y por esas cagadas verdes y resbaladizas que iban dejando por todas partes, odiábamos a los cisnes por otro motivo. Se acercaba nuestra graduación y los lugares en los que se podía montar una fiesta en un pueblo tan pequeño eran limitados. Como conocíamos a Crash, y como debíamos de ser sus mejores clientes, habíamos comenzado a trabajárnoslo un año antes para que nos dejase organizar en su finca la farra de la promoción del 86. Había accedido, al fin, en enero: un exitazo por nuestra parte. El terreno de Crash tenía una posición estratégica para evitar a la poli. Los asistentes podrían aparcar en la plaza o en la pista de patinaje y bajar caminando: desde la calle no se vería el menor indicio de fiesta. Teníamos una banda contratada, pero la acústica del hormigón de la orilla mandarían el sonido hacia el este, fuera de la ciudad.

Y entonces habían llegado los cisnes y eran unos anfitriones espantosos. Si venían las chicas remilgadas de clase y unos pájaros enormes les mordían el culo no se quedarían mucho rato. Pero queríamos montar esa fiesta más de lo que nos reconoceríamos nunca el uno al otro. En cierto modo, sabíamos que después de esa noche no volveríamos a ver a los cuarenta y siete compañeros de clase con los que habíamos pasado la mayor parte de nuestras vidas. De habernos preguntado, habríamos respondido que nos daba igual que no viniese nadie; al fin y al cabo, la mayoría nunca nos habían caído bien. Pero sí que nos importaba, mucho. Creo que hasta cierto punto sabíamos que cuando nos hiciésemos mayores pensaríamos en ellos, nos preguntaríamos dónde debían de estar y qué habían hecho con sus vidas. Como mínimo, una pequeña parte de nuestros cerebros adolescentes sabía que esa última noche era importante.

Después de nuestro funeral por el cisne, no volvimos a ver a Crash hasta el viernes siguiente, justo una semana antes de la graduación. Ya casi habíamos desistido de la fiesta: les habíamos cedido el territorio a los cisnes. Crash estaba sentado en la silla de ruedas junto a la puerta abierta de la furgoneta. Se

lo veía más pálido que de costumbre, y más colocado, y tenía la mirada perdida al otro lado de la carretera. Los cisnes de la furgoneta parecían aún más oscuros fuera del cerco de luz del porche, volando hacia planetas ahora negros y deprimentes.

—Algo pasa —dijo—. Algo no va bien.

Para ser sinceros, con dieciocho años, mis pensamientos inmediatos no fueron de preocupación por los problemas de Crash, sino sobre la posibilidad de retomar la fiesta. Sacó una petaca del bolsillo lateral de la silla de ruedas y echó un trago. Me di cuenta de que nunca lo había visto beber. Lo había visto en pleno viaje de setas y de ácido, lo había visto esnifar pequeñas dunas de polvos varios, hasta lo había visto inyectarse un líquido del color del agua del río en las venas, pero nunca lo había visto beber.

—Los cisnes —dijo—. Han pillado algo. Primero se vuelven locos y luego se mueren. Uno por uno, se vuelven locos y se mueren. Los gritos que pegan... son horribles, tío...

Ahora que prestaba atención, los oía. El sonido era casi humano, lento y torturado, no el habitual estallido de graznidos que habíamos acabado odiando.

—Vamos —dijo, y emprendimos el complicado descenso hasta el río.

La mitad de los cisnes estaban por ahí desperdigados, muertos ya, y la otra mitad estaba tirada en el suelo, sacudiéndose como si estuviesen enganchados a una toma de corriente. Unos pocos daban vueltas en la arena, como si intentasen cavar sus propias tumbas. Tenían los días contados.

—A lo mejor es contagioso —dije.

—Pues claro que es contagioso —respondió Crash.

—Quiero decir para las personas, para nosotros.

Había encendido la luz del porche, pero apenas llegaba ahí abajo de todos modos. Estaba plagado de mosquitos, que se lanzaban implacables a por nuestra sangre. Yo estaba preocupado por el cisne que habíamos enterrado la semana anterior. No nos habíamos puesto guantes. Había muerto, pensamos, contra el radiador de un coche, pero, a la vista de toda esa enfermedad que nos rodeaba, puede que estuviésemos exhalando nuestro último suspiro sano.

—¿Por qué no has llamado a alguien? —le preguntó Ricky—. A un veterinario o algo.

—No tengo teléfono.

—Pero tienes una puta furgoneta, ¿no? —insistió Ricky, con el mismo tono con el que insistiría su padre abogado.

Puede que Ricky fuese la oveja descarriada de uno de los rebaños más prominentes del pueblo, pero de vez en cuando —por mucho que quisiera negarlo— salía el ejecutivo en ciernes que llevaba dentro, junto con la impaciencia típica de los líderes frente a la imbecilidad.

—Tienes unos putos cisnes enfermos en nuestro río, Crash. ¿De dónde te crees que sale el agua que bebemos? —Se alejó con paso airado de la orilla —. Todo va río abajo —gritó cuando llegó arriba.

Crash y yo nos miramos el uno al otro. A lo mejor se había metido en un lío, en un lío mucho más gordo que el que podría suponerle cualquiera de sus sustancias ilegales: aquí y ahora, podía morir gente por beber agua contaminada. Oí a Ricky bajando otra vez la escalera. Yo no iba a permitir que volviese a gritarle a Crash, por mucho que se lo mereciera. Pero no volvía para seguir gritando, sino que traía el bidón de gasolina que utilizaba Crash para encender sus fogatas.

Encontramos guantes en la furgoneta y nos envolvimos la cara con pañuelos de Harley-Davidson. Fuimos con cuidado de no tocar las aves. Usamos ramas de árbol como pértigas para juntar los veinticuatro cisnes en un montón. No queríamos tener que matar a los que quedaban vivos, menos aún delante de Crash, que insistía en observarnos plantado al pie de la escalera. Pero no tuvimos más remedio, porque no se quedaban quietos en la pila. Y, aunque era fácil decirlo, cuando llegó el momento de sujetar sus cuerpos con el pie e intentar acertar con un golpe limpio en la cabeza, la cosa fue muy distinta. No dejaban de moverse y de quejarse, y al final Crash nos pasó el hacha que habíamos usado para hacer las pértigas. Para entonces, nos moríamos de ganas de acabar con aquello, así que los desmochamos sin pensarlo dos veces. Con unos toques de pértiga, empujamos las cabezas cortadas y aparentemente huecas a la pila, como en una especie de partido de golf surrealista. Los remoamos de gasolina, los dejamos reposar cinco minutos y luego volvimos a remojarlos. Sin ninguna ceremonia, Ricky lanzó una cerilla al borde de la sucia pila blanca de cisnes. Ardieron rápido y con fuerza. Se oyeron muchos chasquidos, recuerdo, como cuando tiras ramitas

verdes a una hoguera. Se oyeron sonidos como de líquido escapando, o de gases internos revolviéndose. Viéndolos, temí que alguno explotara, pero no ocurrió. Ardieron y punto.

Nos quedamos todos contemplando el fuego como si fuese una fogata cualquiera, y no una gran pila de aves. Crash se terminó la petaca con un trago largo y un sonoro gruñido por la quemazón del *whisky*. Se levantó con las muletas y se alejó sin prisa hacia el puente, iluminado con la luz hermosa, casi teatral, de los cisnes en llamas, que hacía titilar aquella letra absurda de Zeppelin. Dejó las muletas en el fondo del embarcadero de hormigón y luego se arrastró hacia arriba resbalando de espaldas sobre el culo.

—¡Crash! —lo llamó Ricky, y su voz resonó en la acústica perfecta del puente—. Nos vamos. Ya sé lo que pretendes hacer.

—Se va a suicidar —susurré yo, más para mí que para que Ricky me oyera.

—Creo que ahí está la cosa.

—¡Pues marchaos! —respondió Crash, calibrando la viga.

—Me cago en la hostia —dijo Ricky—. Si se muere, lo tiro de cabeza al fuego.

Ricky salió corriendo hacia el embarcadero, lo que no hacía ninguna falta, pensé. Si queríamos, podíamos detenerlo mientras se arrastraba como una oruga. Pero era demasiado tarde, supe que era todo por dar el espectáculo. Si Crash quisiera suicidarse de verdad, se suicidaría, pero no había ningún motivo para que lo hiciese con nosotros delante, salvo por el hecho de que en realidad no quería morir.

Sus manazas avanzaron con esfuerzo por los salientes estrechos de la viga. Al cabo de un par de segundos, estaba colgando a gran altura sobre la orilla de arena. Seguramente podría llegar al otro lado, pensé esperanzado. Pero cuando estuvo encima del río, perdió fuelle. Ricky había desistido, y nos quedamos contemplando a Crash, suspendido al resplandor de sus cisnes amados y enfermos. Las piernas le colgaban como las de una marioneta a la que hubiesen cortado los hilos.

—Todo lo que quiero se transforma en mierda —dijo.

Sus hombros empezaron a sacudirse, ya fuera a causa del cansancio o de los sollozos, y luego, sin decir nada más, se dejó caer al río. Hubo un

chapoteo y luego nada.

Corrimos hacia la empinada orilla, el agua quedaba un metro más abajo. Con la llegada del verano, el río corría lento y mermado, a diferencia de meses atrás, cuando había crecido hasta varias veces su caudal actual. Lo divisamos a la luz de los cisnes cuando, como una boya pálida y grasienta, atravesó la superficie turbia del río. Ricky se lanzó al agua y lo llevó hasta la orilla. Yo me arrodillé y lo arrastré afuera.

Crash se tumbó en la arena y tosió dos o tres tragos de agua del Little Wabash. Había perdido la gorra de béisbol en el río, y sin ella parecía un gato mojado. Tenía mucho menos pelo del que yo imaginaba, y el cuero cabelludo blanco y brillante que se escondía debajo estaba deformado y surcado de cicatrices por culpa del accidente. Las piernas, encogidas, se veían flácidas e inertes a la luz moribunda de la hoguera de cisnes. Al final logró recuperar el aliento, apoyó los brazos en nuestros hombros, y lo acompañamos hasta los escalones, donde se sentó con la cabeza entre las manos.

Hay una cosa que pasa cuando te juntas con tipos como Crash, tipos que viven solos, sin padres, sin instituto, sin ninguna otra responsabilidad. Te hacen creer que la vida puede ser divertida y alucinante para siempre, que lo tienen todo calculado. Pero cuando te das cuenta de que no, cuando esa fachada de «a la mierda todo» se desmorona y los ves en su momento más bajo, sabes que no podrás volver jamás; que lo poco que te quede de hierba en la mochila será la última, porque la magia se ha esfumado para todo el mundo y nunca volverá a parecer tan dulce.

Ninguno pillamos lo que había matado a los cisnes. A mí me salió un sarpullido en los antebrazos que pensé que a lo mejor era el inicio de algo, pero el domingo ya se me había ido. No montamos la fiesta de la promoción del 86 donde Crash. Para nosotros, aquel terreno estaba contaminado, puede que para siempre. Nuestro Chernóbil particular.

Organizamos la fiesta de graduación en unos pastos vacíos que había en la granja familiar de uno de nuestros compañeros de clase. Una hoguera y el equipo de sonido del Trans Am fueron el punto central. Había un barril grande y helado de Budweiser, y cuando nos fuimos emborrachando, algunos de clase empezaron a coger boñigas secas del suelo y a tirarlas a la hoguera, donde ardían con llamas brillantes, crujiendo y crepitando como aquellos cisnes que

habíamos quemado la semana anterior. Alrededor de la medianoche, la multitud empezó a menguar. Le llevé a Lisa Tolliver, guapa, sobresaliente, la primera de la promoción, otra cerveza. Estaba apoyada en el Trans Am. En el radiocasete, Joe Walsh cantaba sobre lo distinto que era todo el mundo, mientras que él no había cambiado, la vida lo había tratado bien hasta entonces. Hicimos chocar los vasos de plástico en un brindis lamentable, y luego intenté engatusarla para que le diese una calada a uno de los porros afganos de Crash. Tenía curiosidad: ¿lloraría?, ¿vomitaría?, ¿ambas cosas? ¿O estrujaría contra mí sus pechos destinados a Princeton y me daría un beso apasionado apoyado en el alerón trasero del coche de Ricky?

Pero Lisa no hizo ninguna de todas estas cosas. Se terminó la cerveza y me devolvió el vaso vacío. Me dijo que no necesitaba drogas para escaparse de nada. Y que esperaba que algún día yo llegase a un lugar del que tampoco necesitara escapar.

EL MUNDO DE FUERA

Rentería casi manda una bola fuera al final de la novena entrada en un partido 3—3 contra Cleveland. Detroit lleva una temporada terrible plagada de casis. Aun así, los sigo todas las noches. Inge lanza una bola alta a la segunda base y el cámara enfoca a una chica: guapa, con el pelo rubio decolorado por el sol del verano, la piel morena, pendientes de botón y las piernas apoyadas en el asiento de delante. Lleva la sudadera de una universidad, una de las Big Ten, aunque no estoy seguro de que alguien las siga llamando las Big Ten. A su lado hay un chico, su novio, imagino. Y al lado de este, su hermano, su madre y su padre. Es evidente que los cuatro son familia, tan evidente como que ella no. Le está enviando un mensaje a alguien, una chica, su mejor amiga, Marcie, podría ser. Le está enviando un mensaje a Marcie sobre las asignaturas que tiene el primer semestre, que comienza dentro de un par de semanas en la universidad de las Big Ten mencionada en letras grandes en su sudadera. Sigue tecleando mientras el partido continúa con entradas extras. «Claro, tengo miedo —le escribe a Marcie—. Pero también me hace ilusión». Uno de los indios de Cleveland anota un *home run* en la primera parte de la décima entrada. No había mensajes de texto cuando yo estaba fuera, pero entiendo el concepto. Hablo por teléfono con gente de fuera. Tengo un hijo de catorce años que, según dice su madre, «se pasa la vida tecleando». Enseñé al chico a boxear cuando era más pequeño. Ahora entrena en un gimnasio famoso de Portland y yo le mando cartas. No puedo hacer más.

Empieza la segunda parte de la décima entrada. Cleveland lleva un punto

de ventaja.

¿Tienen un teclado pequeño como mi antiguo diccionario electrónico, o es un teclado numérico normal en el que vas pasando las letras correspondientes? Comprendo el concepto, pero no los detalles.

Lo que sí sé es lo que esa casi universitaria de colegio mixto le está escribiendo a su mejor-amiga-para-siempre. Que lo va a mandar a paseo tan pronto como llegue a la universidad. «O sea, es majó y eso, nos lo hemos pasado bien, pero tengo como dieciocho años». No le escribe lo obvio: lo guapa que es, cómo parecen abrirse las puertas para ella, que tendrá un millón de amigos y de tíos llamándola, enviándole mensajes, que irá a fiestas y no se acordará de él, que olvidará todo eso. Sin embargo, sacará buenas notas y se enamorará de verdad o irá a la Facultad de Derecho. Sería otra historia si Steve, o Joey, o Simbad o comoquiera que se llame —ella ya está empezando a olvidarse— fuese también a la Big Ten. Pero no consiguió ni entrar.

De hecho, no envió siquiera la solicitud. Cree que la engañó cogiendo la solicitud, contándole al detalle todo lo que iba a poner en la carta de presentación. Dice que volverá a presentarse el año que viene, y que mientras tanto hará un grado superior, pero ni siquiera está cien por cien seguro de eso. Para ella está claro: él sabe que no irá nunca a la universidad, ni a la escuela superior, ni nada.

Los Tigers sucumben fácilmente, tres bateadores eliminados sin llegar siquiera a la primera base. Pierden otra vez. Este año no van a llegar ni al .500. Él todavía no sabe que le va a dar la patada. Todavía cree que a ella le gusta el béisbol. No le gusta. Es aburrido, tonto. Nunca le gustará el béisbol, nunca.

Termina el partido y la gente se marcha, se vuelve a casa. Ella se despide de Marcie, que ese otoño tampoco irá a ninguna universidad de las Big Ten, pero no es lo mismo. Marcie y ella siempre serán las mejores amigas. Eso ni dudar lo.

Él la coge de la mano y ella se deja. Salen del Comerica Park y le sonríe, incluso le da las gracias por haberla traído. Dejará que él siga creyendo un poco más, porque muy pronto ella se habrá olvidado de esa noche. Él no. Él se guardará la entrada. Él disfrutará viendo a ese chico, Cabrera, que ha anotado cien carreras en sus tres primeras temporadas en las Grandes Ligas y que

llegará al Salón de la Fama si sigue centrado.

El teléfono de la chica emite un zumbido. Ella suelta la mano y teclea unas palabras, en clave, seguro, como el lenguaje de los espías en tiempos de guerra. Comprendo el concepto, pero sería incapaz de hacerlo nunca. Como sería incapaz de enviar mensajes de texto si estuviese ahí fuera, en el mundo. Toda esa gente tecleando con soltura en sus teclados pequeñitos. Pero algunos no lo pillamos, y después de un tiempo ya ni siquiera seguimos intentándolo. Estamos desconectados, en nuestro propio mundo. Nos sentamos a su lado, enamorados, cuando ella ha escrito ya el fin en un lenguaje parco y abreviado que nosotros nunca entenderemos.

SEIS FOTOS DE UN INCENDIO NOCTURNO

Un largo y peligrosamente cálido verano, mi amigo Catfish estuvo limpiando pisos de suicidas en Grand Rapids. Tiempo después acaba en la cárcel y la mujer de admisiones descubre lo de su antiguo trabajo de verano. De manera que cuando, dos semanas antes de que lo pongan en libertad, un anciano recluso mete la cabeza bajo la rueda de un semirremolque en punto muerto detrás de la cantina y espera a que arranque, mandan a Catfish a limpiarlo. Ahora le cae encima cualquier follón que monte la gente en nuestro bloque. A todas horas, día y noche, como un médico. Catfish.

Una vez le pregunté a cuánta gente había limpiado durante aquel verano fuera.

—Un montón —respondió—. Hacía mucho calor, como cuarenta grados tres meses seguidos.

—¿Cuánto es un montón?

Estábamos en una mesa cerca del campo de sóftbol, reuniendo energías para ponernos a hacer ejercicio. Lo único que habíamos hecho hasta el momento era fumar cinco cigarrillos.

—¿Has visto alguna vez el estropicio que deja un disparo en la boca? En serio, tío, uno ya es un montón.

Eso es así, por supuesto, pero él sabía que yo quería una cifra. Se encogió de hombros.

—Doce. Quince máximo.

Catfish es medio mexicano, medio irlandés. Es bajito, y tiene la cabeza calva y alargada y los dientes muy separados, con lo que el efecto resultante hace que parezca un extraterrestre de estar por casa. Lo metieron en la cárcel porque se llevó a su mujer de pesca, la mató y la hundió en el lago. Esa es la acusación, al menos. He leído las transcripciones —las trescientas páginas—, pero no recuerdo el nombre del lago o el nombre del pueblecito cercano.

Lo que más recuerdo es que el abogado de oficio lo hizo subir al estrado para declarar en su propia defensa. Y su defensa era que se pelearon, ella murió, a él le entró el pánico y la hundió con unos ladrillos que encontró junto a una orilla apartada. La peor parte de aquel juicio de tres días llegó cuando el fiscal le preguntó qué había hecho después de hundirla en el lago. «Seguí pescando siluros», dijo. Aun leyendo las transcripciones, podía ver al jurado: doce personas blancas de mediana edad abriendo la boca al unísono y revelando así los pequeños agujeros negros del futuro del acusado. Dudo que siguieran prestando atención después de eso.

Lo voy a decir sin rodeos: yo no creo que Catfish matara a su mujer. Estoy bastante convencido de que fue su hermana la que la mató porque le robaba el *crack*, y que Catfish cargó con las culpas. Alguna que otra vez, el año pasado, había intentado que lo reconociera. No tengo claro por qué, solo que no creo que deba cargar con eso él solo. Pero no hay manera. Esquiva el tema, habla de cuánto se odiaban su hermana y su mujer, de cuánto les gustaba fumar *crack* a las dos, y una vez dijo: «Mary robaba...», y ahí quedó la cosa. Nada más.

Así que nos levantamos de la mesa al fin, al mismo tiempo, como un par de pájaros que se hubiesen puesto de acuerdo para echar a volar sin mediar sonido alguno. Era el primer día de mayo y teníamos que volver a ponernos en forma. Aún hacía frío, pero había veintitantos tíos andando por la pista de asfalto.

Caminamos en silencio unos minutos y luego nos paramos a hacer veinte flexiones en la hierba que rodeaba la torre de vigilancia. Hacía sol, pero quedaban todavía restos de nieve en el patio. Caminamos un rato más y después de la segunda tanda de flexiones me contó que había un cagador en serie en las duchas del Ala B.

—Más o menos cada tres días, me llaman para que lo limpie.

Le pregunté si prefería limpiar mierda de una ducha o suicidas.

—Suicidas, sin duda. Después de tres o cuatro, no es peor que..., yo qué sé, que limpiar pescado. Con los suicidas te pones una mascarilla y consiste más que nada en rascar. En todo el cuarto hay lo mismo: sesos y huesos, a veces algún trozo de diente. Te pones a pensar en otra cosa. Puede que estés metiendo en una bolsa el último trozo de la cabeza de un tío pensando contra quién jugaba Detroit esa noche, si Rentería va a salir de su bajón, qué falta comprar para la cena.

Hicimos la tercera tanda de flexiones. Empezaba a notar los brazos un poco flojos, pero quería hacer al menos cien, y correr como mínimo cinco kilómetros. Mientras calentábamos, nos quitamos los abrigos, de azul estatal con una franja naranja brillante a lo largo de los brazos y la espalda.

Más o menos la mitad de los pisos que limpiaba eran de clase media: bonitos y ordenados, salvo por el cuarto, por lo general, un cuarto pequeño, como un vestidor o un sótano. La otra mitad estaban sucios y llenos de indicios obsesivos, como pilas y pilas de todos los números que hubiese publicado una revista. Eran las casas de los enfermos mentales. Olían distinto, me dijo. Estaban oscuras. Las persianas bajadas.

La última casa que limpió fue una caravana. Había platos sucios por todas partes, me contó Catfish, no solo en la cocina, sino también en el baño, en el dormitorio, en la bañera, el horno, la nevera...

Había tres pilas de metro y medio de alto de ejemplares de la *Scientific American*. Había ceniceros llenos de colillas de Kool. Había un televisor pequeño enfrente de una butaca reclinable desgastada. Un escáner policial ocupaba una mesita auxiliar a la izquierda de la butaca, junto con una botella de champán vacía que el hombre usaba de candelabro. Cuando Catfish llegó a limpiar, había una vela amarilla medio consumida que olía a tofe.

Y luego el cuarto. Siempre el cuarto.

—Te dicen cuál es y dónde está, pero lo hueles nada más llegar, antes de ponerte la mascarilla. Sobre todo, cuando hace calor. No tanto a podrido como a una mezcla de pólvora y hamburguesa pasada.

Su jefa, Cindy, se quedaba fuera junto a la furgoneta blanca, equipada con tanques de dos mil litros de limpiador líquido y agua caliente, rollos enormes de manguera gruesa y gris y un complicado panel de control lleno de palancas y botones. Era una aspiradora del tamaño de una furgoneta, alimentada por un

generador diésel sin silenciador cuyo ruido informaba a cualquiera a un kilómetro a la redonda de que allí estaba pasando algo gordo. La manguera de quince metros de largo serpenteaba desde la furgoneta hasta el vaporizador alargado de Catfish, que rociaba limpiador desinfectante caliente en cada pasada y a la vuelta aspiraba la solución sanguinolenta resultante. La manguera se enroscaba y se destensaba como una pitón a medida que iba rociando y aspirando, aspirando y rociando. La jefa comía Cheetos mientras Catfish trabajaba, con los dedos manchados de un naranja fluorescente como el de un cono de tráfico.

El hombre se había suicidado en el dormitorio. Debió de ser un tiro lateral, porque el estropicio estaba en la pared, y no en el techo, lo que habría indicado un tiro en la boca. La limpieza era lo acostumbrado, salvo por las fotografías de la pared: seis, en color satinado, de veinte por veinticinco, con marco de cristal. Era una serie, y cada una llevaba la fecha y la hora en que había sido tomada escritas con un bolígrafo de tinta blanca en la esquina inferior izquierda. Catfish supo de inmediato qué pretendía registrar aquella serie.

FOTOGRAFÍA 1: 15/1/01, 20.32 HORAS

Desde la puerta de la caravana del suicida, se veía un resplandor en el cielo a muchos kilómetros de distancia. Catfish recordaba haber visto ese resplandor desde su casa, precedido de un leve retumbar y un parpadeo de las luces. La tele se apagó, y todos en el vecindario salieron a la calle. Pensó que un avión debía de haberse estrellado cerca del Gerald R. Ford International, y supo entonces por qué llevaba años soñando con toda clase de aeronaves desintegrándose ante sus ojos; una o dos veces al año, desde que era niño. En sus sueños, inundaban el cielo, todas volando frenéticas, hasta que de pronto dejaban de hacerlo y las veía caer una tras otra en un reguero llameante. Había gente muriendo, lo sabía. ¿Por qué aviones?, se preguntaba a menudo, hasta que ese retumbar y ese resplandor lo empujaron a salir aquella noche fría. Estaba inquieto pero también emocionado cuando se metió en el coche y arrancó camino del resplandor.

FOTOGRAFÍA 2: 15/1/01, 20.47 HORAS

Esta tenía pegada al cristal una cantidad considerablemente mayor del hombre. Catfish se sentó en la cama y, con ayuda de una espátula de goma, deslizó la materia viscosa hacia la bolsa roja de restos con riesgo biológico y luego limpió la fotografía con toallitas empapadas en lejía.

La foto la habían tomado con *flash* desde el parabrisas del coche del hombre. Ahora el resplandor estaba más cerca. Había una fila de coches delante. A medida que Catfish fue acercándose a ese punto, supo que, decididamente, no era un edificio. No había más que campo a lo largo de kilómetros y kilómetros. El lugar perfecto para que se estrellase un avión.

FOTOGRAFÍA 3: 15/1/01, 21.15 HORAS

Fuego, se alzaba entre quince y treinta metros por encima de las copas de los árboles. Catfish se puso a buscar rastros del avión estrellado: asientos, maletas, el contenido desperdigado de estas, calcetines blancos, camisetas y ropa interior. Buscó los restos del fuselaje. Buscó algo que recordar para siempre: una peluca de señora volando campo a través, una mano en la carretera, un portátil que se había encendido solo iluminado en un arcén. Pero aún no había nada. Bajó la ventanilla y oyó el chillido estridente y ensordecedor de lo que podría ser o no un motor de avión todavía en marcha. Le llegó el olor de alguna clase de combustible.

FOTOGRAFÍA 4: 15/1/01, 21.27 HORAS

La cuarta fotografía era radiante y hermosa. Una llamarada alta y nítida alzándose directa al cielo. La única oscuridad que contrastaba con ese fuego abrumador la formaban los cuerpos de los mirones al pie del plano. Catfish podría haber sido una de esas personas, con las manos tapándose las orejas, inclinado ligeramente adelante, como si quisiera bañarse en algo de ese calor o esa luz. Al final no era un avión estrellado, sino una explosión en una zona de trasvase de gasolina. Unos operarios con trajes plateados avanzaron hacia

el fuego.

Le pregunté a Catfish si se sintió decepcionado por que no fuese un avión.
—Aliviado, más que nada. Hay sueños que, en fin, no te quieres encontrar.

FOTOGRAFÍA 5: 15/1/01, 21.43 HORAS

Un agujero en la esquina superior derecha, de pequeño calibre, puede que de unos 6 milímetros. El cristal estaba hecho añicos y no había manera de descontaminarlo. Sesos, pelo, piel y sangre. La fotografía la habían tomado de regreso, el resplandor más o menos tan intenso como en el camino de ida. Si no sabías lo que había pasado, si la foto no formase parte de una serie, no tendría ningún sentido. Catfish la sacó del marco y la guardó en una bolsa de residuos aparte. Sigue colgada, cree, en la pared de la casa en la que vivía, la casa en la que vive ahora su desgracia de hermana.

FOTOGRAFÍA 6: 15/1/01, 22.32 HORAS

Dos horas después de la primera. La misma escena que en la fotografía número 1, solo que ahora no hay ningún resplandor. Una media luna ha subido a ocupar su sitio. Había un trozo de oreja pegado al cristal de esta, aunque el cartílago y el hueso se parecen mucho.

Cuando Catfish volvió a casa después de ver el incendio, su mujer lo estaba viendo en las noticias. Se llamaba Mary y esa noche no estaba fumando *crack*. Tenía una botella de Popov de la que iba bebiendo a morro. Se la ofreció a Catfish y él se acercó, dio un trago largo, luego otro. Se la devolvió. Ella le dijo que olía a gasolina o algo, y le pidió que apagara la luz para ver si brillaba. Catfish no brillaba, pero su mujer le puso el tapón a la botella, la dejó en el suelo enmoquetado, lo desnudó y lo empujó al sofá. Le ató las manos a la espalda con su propio cinturón y le impidió moverse. El vodka barato siempre la ponía agresiva.

Terminamos la última tanda de flexiones y creo que debimos de andar más de cinco kilómetros, pero pasado un rato dejé de contar las vueltas.

A veces solo tienes una oportunidad, y justo entonces era la mía. Catfish

me habría dicho lo que yo ya sabía. Podría haber sido tan fácil como decir su nombre. O tal vez dejarlo caer en términos de los que fuese fácil desdecirse, como «Tu hermana la lio y tuviste que limpiarlo tú, ¿verdad?». Habría asentido, yo creo, feliz de que otra persona en el mundo lo supiera.

Pero cuesta saber cuándo una oportunidad así se escapa.

—Aquí fuera no se está tan mal si no te quedas parado —dije.

—¿Cuántas vueltas crees tú que hemos dado?

—Una docena, como mínimo.

—Tenemos que hacer esto todos los días —dijo, y se encendió un cigarrillo, admitiendo así sutilmente que no haríamos eso todos los días.

Estaba pensando en ese incendio, y en como Catfish, al volante, debió de sentir que iba camino de su destino, por horrible que fuese. Después de todos aquellos años soñando con aviones que se estrellaban, se dirigía hacia su sueño hecho realidad. Luego, como si estuviese pensando lo mismo, dijo:

—Puede que sí me quedase un poco decepcionado. —Caminamos en dirección a nuestra unidad—. Aunque no es que quisiera que muriese nadie, entiéndeme.

Y lo entendí.

MO DEPAKOTE

Se llamaba Maurice. Un tío nuevo en la celda de al lado. Aún se podía fumar cuando lo conocí.

Eso fue durante el Gran Fiasco Fumador de 2009, cuando el estado promulgó una ley que prohibía gradualmente fumar en las cárceles de Michigan. La cantidad de tabaco que podíamos comprar en el economato se iría reduciendo poco a poco hasta desaparecer a finales de año. En teoría, esa era la manera de dejarlo, pero adicción y teoría congenian tan bien como los niños con los fuegos artificiales.

Nuestro bloque había presenciado una lista cada vez mayor de bajas y desapariciones debido al racionamiento. Maurice vino a reemplazar a un hombre blanco y delgado llamado Doo-Wop, un fumador de toda la vida que hacia noviembre se encontró sumido en deudas. Por entonces, solo podíamos comprar un paquete de cincuenta gramos de Bugler a la semana. Pero Doo-Wop no había reducido el consumo para nada, y compraba los paquetes con el precio hinchado hasta diez veces los 2,5 dólares de siempre. Los no fumadores se habían aliado para montar un mercado negro brutal, y los adictos endeudados recibían palizas regulares por parte de matones de pulmones limpios.

Los no fumadores dejaron que Doo-Wop acumulara deudas porque sabían que pagaría. Llevaba en la misma celda y en el mismo puesto en la cocina diez años. Podías preguntarle a cualquiera y te diría lo mismo: «Doo-Wop es un preso de los de antes, un tío legal, su palabra es oro». Pero hace dos noches se «blindó», lo que significa que le fue a un funcionario y le dijo: «Debo un

montón de dinero y tengo miedo». Con eso tienen que protegerte. Te meten en un agujero hasta que encuentran cama en otra cárcel. Slim dijo: «Al menos ahora habrá dejado de fumar». Era verdad, pero me estremecí al pensar cómo sería pasar el mono en aislamiento.

En cuanto a mí, debía ciento cincuenta dólares, pero iba pagando regularmente con mis trapicheos: tatuajes y postales pintadas a mano. Estábamos en plena temporada alta: postales navideñas. La más popular ese año costaba dos dólares. Era de Snoopy con un traje de Papá Noel de purpurina, un montón de regalos y Emilio posado en el hombro. Llevaba desde primaria dibujando a los personajes de Charlie Brown.

Había invertido veinte dólares en suministros, que compré en un catálogo por correo: cartulina, purpurina, pintura y pegamento. Calculé que podría triplicar fácilmente el precio durante la temporada, comprar más tinta de caligrafía Badger para los tatuajes y tener las deudas saldadas en primavera. Badger era la única tinta que podíamos conseguir allí, decente pero cara. Había probado otras opciones en mi propio cuerpo: pinchar con un alfiler cinta mecanográfica, tinta de boli Bic y una pintura acrílica que mi piel expulsó con dolor y picor en forma de ronchas. Hacía un mes que se me había terminado la Badger, y lo mejor que se me había ocurrido en ese tiempo era quemar gomina de bergamota dentro de mi taquilla y dejar que los hilos de humo negro se alzaran y se acumularan hasta formar un hollín denso y aceitoso que mezclaba con saliva para darle la consistencia de aceite de motor usado.

Había preparado cantidad suficiente para el tatuaje de Homer cuando Slim —mi compañero de celda y centinela— me dijo que se acercaba por el pasillo alguien con un petate.

—Y lleva la cabeza envuelta en algo —añadió.

—¿Cómo un turbante? —preguntó Homer.

Solo había dicho que quería un «13 Vi» en el brazo izquierdo. El 13 Vi representaba a un recluso al que le había tocado un jurado formado por doce imbéciles, un juez gilipollas y un abogado medio tonto, lo que se había traducido en cadena perpetua. Yo sabía de buena tinta que Homer no había ido a juicio: había aceptado un acuerdo por llevar un laboratorio de metanfetamina. Pero yo no soy quién para revisar los antecedentes de nadie antes de tatuarlo. Le debía a Homer veinticinco dólares por un paquete de

Bugler, y ese «13 Vi» iba a dejar mi cuenta a cero. Al menos, con él.

Slim no respondió. Solo nos dijo que no hiciésemos ruido y apagó el motor del radiocasete con el que funcionaba mi aguja. El hombre que pasó me pareció igual que cualquier otro preso. Pero me fijé en su cabeza, eso sí. La llevaba envuelta en una gasa blanca, y por los huecos asomaban unas pocas franjas de pelo afro.

—Eh —le dijo Slim—. ¿Qué te ha pasado en la cabeza?

—Quemada.

La puerta de su celda se abrió electrónicamente.

—¿Cómo se quema uno la cabeza?

Había visto un montón de hombres llegar vendados a la cárcel, pero normalmente eran las manos, envueltas en unas gruesas manoplas blancas, un error en el labora torio de droga.

El nuevo vecino entró en su celda sin decir nada.

—Qué parlanchín, ¿eh? —dijo Slim antes de seguirlo.

Las celdas estaban abiertas desde las siete de la mañana hasta las diez de la noche, una especie de pseudolibertad con la que compensar la falta de acceso al patio exterior.

El problema con la tinta casera era que todo el rato se atascaba en el tubo del bolígrafo Bic. Yo tenía el equipo habitual: un motor sacado de un *walkman*, metido en un cuchador doblado y conectado a una cuerda de guitarra que atravesaba el boli Bic. Nada que envidiar a lo de fuera. Solo que lleva más tiempo. Y aquí puede que nos falten muchas cosas, pero tenemos tiempo de sobra.

Tuve que soplar cuatro veces el tubo atascado del Bic para poder terminar el contorno del número impostado de Homer. Slim ya había vuelto y nos fumamos todos un cigarrillo. Me dijo cómo se llamaba el tío nuevo. Diez meses antes, Maurice y un amigo estaban en un Lincoln Continental de 1978 transformado en un laboratorio de drogas móvil en el que cocinaban pequeñas remesas de una mierda nueva cuyo nombre Slim apenas sabía pronunciar. Era inflamable, por descontado, y entre eso y la cocina de gas que usaban, pronto el Lincoln se convirtió en un infierno. Mo estaba meando junto a la puerta. Su amigo murió en el asiento trasero.

—Quemado mientras meaba —dije contemplando cómo se alzaba el humo

de la punta del cigarrillo.

Cada vez que fumaba sentía una punzada de tristeza. Intentaba retener cada parte de la experiencia, como si fuera un ser amado que sabía que partiría. Me concentraba en esas delicadas curvas grises y sedosas que no volvería a ver.

—Sí. La frente casi se le derritió. Y ahora le dan ataques. —Slim dio una profunda calada y luego echó el humo hacia el extractor que había encima del váter de acero inoxidable—. Dice que la explosión le coció parte del cerebro.

—¿Qué?

—Toma un medicamento. —Slim pegó un grito hacia el pasillo—: ¡Eh, Maurice!, ¿cómo se llama eso que tomas?

—Depakote —fue la respuesta.

La cárcel es un mundo al revés. Fuera, alguien que hace estallar su coche mientras sintetiza drogas seguramente sería un marginado, incluso en nuestra cultura superficial actual, llena de famosos que no han hecho nada en la vida; pero en la cárcel ese tío tiene un estatus. Sobre todo, con un caso conocido como el de Maurice. Si sales en las noticias, te conviertes en una celebridad de segunda, en un Arsenio Hall o un Jon Lovitz.

Era casi la hora de cenar y ya me había fumado los diez cigarrillos que me permitía. Me lie un par más para la noche y diez para el día siguiente. Puede que mañana lo llevase mejor.

Yo dormía cada vez hasta más tarde, principalmente porque era una buena forma de evitar fumar. Me desperté de un sueño en el que estaba en el asiento trasero de un coche viejo, y delante había dos hombres cocinando alguna droga, llenando paquete tras paquete de tabaco y pasándomelos a mí, que me los escondía en los pantalones. Estaba solo medio desvelado cuando la puerta de nuestra celda se cerró de golpe, y luego las cuarenta y cuatro del módulo se cerraron también con estrépito. Slim se levantó y sacó el espejo entre los barrotes para ver qué había ocurrido.

—Algo pasa —dijo—. Una pelea o algo.

Era un arte la forma en que manejaba ese espejo. Una persona normal no habría podido de ninguna manera: el más leve giro de muñeca dejaba la vista fuera de cuadro. Había que tener mucho pulso, y aun así era difícil, como

sintonizar una emisora lejana con una vieja antena de cuernos: nunca la pillabas perfecta si no era por casualidad.

No era una simple pelea, sin embargo, no era solo un fumador al que las deudas le habían pasado factura. No lo supimos hasta que mandaron a Pete, el compañero de celda de Maurice, que dejara antes de hora su puesto de mantenimiento. Al parecer, un tío blanco y canoso llamado Butch había «molido a palos» a un funcionario llamado Lodge. Me extrañó, porque Lodge era listo y callado, a diferencia de la mayoría de los funcionarios, que solían ser paletos gritones a los que no habrían contratado en ninguna otra parte. Cuando pensaba en Lodge solo me venía a la cabeza el problema de piel seca que tenía: los copos de caspa cubrían los hombros de su uniforme como un fino polvo. Butch no solo le había pegado una paliza, sino que estaba en proceso de reventarle el cráneo contra el suelo de cemento como si fuera un huevo duro cuando lo tasearon.

—Está todo cerrado —explicó Pete—. Hay sangre por todo el suelo de la sala de teléfonos.

Las puertas no volvieron a abrirse en dos días. No salió nadie a ninguna parte, salvo los ayudantes de cocina, que nos traían la comida en bolsas de papel. Lodge no murió, pero en el Canal 8 de Grand Rapids dijeron que tenía lesiones en la cabeza y que permanecería bajo observación en el hospital al menos un día más. Como castigo adicional, todos sabíamos lo que se avecinaba: nos iban a registrar las celdas, solo que no sabíamos cuándo. Desmonté la pistola de tatuar y coloqué el motor de nuevo en la carcasa del radiocasete. Las agujas hechas con cuerda de guitarra y el tubo de boli Bic manchado de tinta los tiré por el váter. Y esperé.

Creí que lo siguiente sería desconectar el televisor. Aunque pagamos por lujos como la televisión por cable por medio del Fondo de Ayudas para el Recluso, al final la alcaide es quien lo controla todo. Y, en efecto, esa tarde, en mitad de un maratón de *Sanford and Son*, la pantalla se apagó. Desconecté la tele y me puse a ojear una revista de tatuajes. En la litera de abajo oí cómo Slim desenchufaba el cable de la suya para intentar pillar alguna cadena local con una antena que había hecho con cable de auricular.

—La PBS —dijo al cabo de unos minutos—. Bueno, algo es algo.

A Slim le gustaba hablar de en qué época le gustaría vivir si pudiese

escoger. Era su tema recurrente cuando creía que había que decir algo. Para algunas personas, el silencio es un espacio que sienten la responsabilidad de llenar, y Slim era una de ellas. Tenía la labia de un vendedor, seguramente podría haber sido un vendedor de coches increíble si no hubiese dedicado su talento a vender heroína.

Su época favorita, creo, o al menos de la que más hablaba, era la prehistoria, cuando los dinosaurios dominaban la Tierra. No se molestaba en buscarles la lógica a esas fantasías: daba igual que en aquel entonces no hubiesen aparecido todavía los humanos, él no dejaba de decir que domaría a los dinosaurios como si fuesen caballos o bueyes y que convertiría el planeta en un edén particular en el que cultivaría la tierra y poblaría el mundo con un enorme rebaño de mujeres cromañonas.

Esta vez estaba hablando de Bonnie y Clyde.

—¿Sabes algo de ellos? —me preguntó.

—Un poco —respondí—. He visto la peli.

—La echaron anoche. Me gustaría vivir cuando vivieron ellos, pero no por lo que podrías pensar, no para robar bancos y vivir en la carretera y que no me pillaran ni nada. ¿Sabes por qué?

Yo no lo sabía.

—Porque aún no se habían inventado los sujetadores. Las mujeres de entonces iban por ahí con todo colgando. Te crees que antes las mujeres eran unas puritanas, ¿verdad?, pues iban sin sostén. Y la Bonnie esa... estaba buenísima. Una pasada.

Sabía que estaba pensando en Faye Dunaway. No recordaba haber visto fotos de la auténtica Bonnie Parker, pero estaba seguro de que no era ninguna Faye Dunaway sin sujetador. Señalarle los fallos de sus fantasías era gastar saliva, así que lo que hacía casi siempre era desconectar y meterme en mis propias ensoñaciones de la época en la que me gustaría vivir: el futuro. Era la única que tenía sentido para mí. Ya sabía demasiado del pasado. El pasado era el pasado, y todo él, por lo que a mí respectaba, era una pesadilla, no merecería la pena pensar en él. Pero el futuro... En el futuro había esperanza, había la posibilidad de que las cosas fuesen nuevas y distintas.

Un pelotón completo de funcionarios de prisiones fue hasta el final de nuestro pasillo, con los *walkie-talkies* graznando y piando como pájaros

robóticos. Vaciaron las diez últimas celdas, llevaron a los reclusos a alguna parte y empezaron a rebuscar. Llevaban detectores de metal portátiles y unos palos largos con espejos en la punta para mirar por debajo y por encima de todas partes. Quince minutos después trajeron de vuelta a los primeros reclusos y condujeron a los diez siguientes, nosotros, al Pabellón B: un gimnasio cubierto con bancos y pesas.

Pude ver bien a Maurice por primera vez. Nos sentamos los cuatro en torno a una mesa. Maurice había tenido un año que la mayoría de la gente no podía ni imaginar: se había visto prácticamente muerto, había oído a su amigo arder hasta morir y había terminado en la cárcel con una condena de entre cuarenta y sesenta años, lo que venía a ser el resto de su vida. Me pareció sentir un dolor sedado impregnando cada uno de sus movimientos. No llevaba la mano de un punto de la mesa a otro sin pensar antes en ello, como si temiera que cualquier gesto pudiese desembocar en una tragedia. Sonreía y escuchaba a Slim, que seguía dándole al tema de las mujeres sin sujetador de 1920. Pete, el compañero de celda de Maurice, dijo que Slim no tenía ni repajolera idea, que las mujeres llevaban sujetador desde los tiempos de Colón.

—¿A que sí, Mo?

—No lo había pensado nunca.

—Maurice no es un experto en la historia de los sujetadores, y tú, desde luego, tampoco —replicó Slim—. Dudo que hayas visto nunca un sujetador.

Un par de funcionarios aparecieron en la puerta y uno de ellos dijo:

—Jenkins.

Mo se levantó, fue hacia ellos y les enseñó su identificación, y ellos le esposaron las manos a la espalda y se lo llevaron.

—¿Qué cojones?... —dijo Pete—. Lo único que ha hecho es escribir alguna carta.

Imaginé que esa sería la última vez que vería a Mo. En mis veinte años dentro habían pasado por allí muchos hombres visto y no visto, trasladados a alguna de las cuarenta cárceles de Michigan. A algunos me alegraba de no volver a verlos, pero a Mo no. Desprendía algo: estaba tan recién salido del horno de la tragedia que flotaba en torno a él algo indefinible, un conocimiento de otro mundo. Se lo llevaron afuera y yo le deseé en silencio buena suerte.

Cuando volvimos a nuestras celdas, los colchones finos de color verde

azulado estaban por el suelo y había papeles por todas partes. El *walkman* en el que guardaba el motor de mi pistola de tatuar había desaparecido. Lo había dejado a la vista, encima de la mesa de la puerta. No tenía sentido intentar esconderlo; pensé que si lo dejaba ahí no parecería sospechoso. Pero no estaba. Lo había comprado hacía años por un paquete de café.

Me puse a recoger los cuadraditos de cartulina que había convertido en tarjetas de visita, desperdigados por el suelo.

CINCO PUNTOS

Ollie Peacock

Tatuajes y postales
desde 1990

Slim no dejaba de machacar con unos lápices de colores que no encontraba por ninguna parte. Yo tenía problemas peores. Sin los tatuajes, no tenía manera de conseguir el dinero que debía. Se me nubló la vista un momento. Me mareé. Quería partirle la cara a ese cabrón de Butch por montar todo esto. Quería partírles la cara a los funcionarios que se habían llevado mi *walkman*. Quería estrangular al capullo al que se le había ocurrido la idea de eliminar el tabaco de las cárceles. Pero, por encima de todo, solo quería recuperar el motor. A gatas en el suelo, recogiendo las tarjetas con mi nombre escrito, deseé que hubiese una manera de recomponer mi vida tan fácilmente.

—Me habría gustado vivir durante la ley seca —dijo Slim.

—Eso es un puñetero disparate —respondí—. ¿Por qué ibas a querer vivir sin alcohol?

—Por eso... Porque lo fabricaría yo mismo y me convertiría en gánster.

—Pero ¿tú sabes cómo se hace?

El módulo estaba tranquilo. Era casi la hora de cenar y los registros habían terminado hacía horas. Le expliqué a Slim lo poco que sabía de fermentación y destilación. Él me escuchó en silencio y me fue haciendo alguna que otra pregunta. Me sentí culpable, como pasaba siempre que me cansaba de sus fantasías e interponía algo de realidad. Slim se quedaba callado, casi sumiso,

y yo me sentía como si hubiese regañado a un niño o a un perrito asustadizo.

Nos trajeron las bolsas marrones de la cena con sándwiches de mortadela y queso, palitos de zanahoria y una galleta de avena. Alguien avisó con un grito que la tele volvía a funcionar. Fue un alivio. Mientras pasaba canales, vi llegar a Mo; la cabeza vendada cruzó como una veta blanca por el rabillo del ojo.

—¿Qué ha pasado?

—Fui tonto —me respondió—. Le dibujé un mapa a una amiga, para que supiera dónde estoy. Ni lo pensé.

Mo tenía una amiga en Kalamazoo, explicó, una mujer llamada Lorna que le escribía una vez al mes. Había dibujado un mapa detallado del Correccional de Michigan: el patio, con sus bancos de cemento, la hilera de teléfonos y las pistas de baloncesto, la capilla y la cantina, el gimnasio y las torres de vigilancia, la alambrada de concertina en lo alto de las vallas, la rotonda octagonal, hasta la red abandonada del campo de béisbol, que no había visto ni pizca de acción en veinte años, todo lo cual culminaba en una pequeña equis en la litera de arriba de la 29.

Había metido el mapa en una carpeta hasta que pudiera conseguir algún sobre. Por la forma en la que describía el mapa, por el tiempo y el detalle que había puesto en él, era evidente que quería que Lorna supiese exactamente dónde estaba: en el sentido literal, por supuesto, pero también de un modo más tácito y profundo. Su mapa, tanto si era consciente de ello como si no, era una carta de amor en clave. Había dedicado horas a los detalles, y que hubiese muy pocas probabilidades de que algún día estuvieran juntos daba igual. Lo que importaba era que ella supiese dónde estaba. Eso representaba un rayo de esperanza. Los funcionarios, por supuesto, habían pensado que era un plan de fuga.

—¿Qué has alegado? —le preguntó Slim.

—Imbecilidad —respondió Mo—. Les he contado la verdad.

Slim lo miró con asco, como si Mo acabara de decir que era un pederasta. Ni siquiera se planteaba que la verdad fuera algo que una persona pudiera plantearse contar. La puerta de Mo se abrió.

—Me han declarado no culpable —dijo.

Después de una semana de comida en bolsas, nos dejaron ir hasta la cantina. En los pasillos la basura nos llegaba hasta los tobillos, y las ventanas estaban salpicadas de bolitas de papel higiénico que al secarse parecían yeso gris. Era el resultado habitual de un encierro prolongado. Cuando los conserjes habían intentado limpiar aquel desastre los habían acribillado a insultos y a pilas, hasta que los encargados dejaron de enviarlos a primera línea de fuego.

Aparte de a la cantina, no nos dejaron salir ni al patio hasta la segunda semana de diciembre. Y, salvo cuando se abrían un momento para ir a la cantina, las puertas estaban cerradas a todas horas. Algunos reclusos picapleitos, que se pasaban el día en la biblioteca de derecho intentando convencerse a sí mismos de que las respuestas estaban ahí, armaron un escándalo por que la cárcel nos quitara nuestros derechos constitucionales sin el debido proceso. Otros decían que no teníamos ningún derecho a que nos dejaran las puertas abiertas, así que no nos habían quitado nada. Nadie estaba contento, eso seguro.

Yo estaba dibujando posibles tatuajes para Mo, aunque él sabía que me había quedado sin motor. «Bueno, cuando tengas uno —decía—. Quiero una flor, o un corazón, algo por los amigos y la familia que he perdido». Era el último día en que podíamos comprar tabaco en el economato, y Mo me dio su paquete de Bugler. Él no fumaba.

—No sé, Mo —le dije, porque yo ya tenía pensado no pagar la deuda y me estaba planteando hacer exactamente lo mismo que había hecho Doo-Wop. No podía decírselo a nadie, claro, pero tampoco podía decir que no al paquete de Bugler de Mo. Decidí que fumaría como un rey hasta el último momento, y luego, no sabía.

Al día siguiente, por medio de mensajes que nos fuimos pasando por los bloques, los reclusos nos habíamos puesto de acuerdo para protestar por el encierro. Cogríamos nuestras bandejas como siempre y luego iríamos directamente a la ventanilla que había junto a la salida y le entregaríamos al lavaplatos la comida intacta. Era un acto de desobediencia civil, pero todo lo que se saliera de la norma podía ser considerado una incitación al motín, y entonces podía pasar de todo. A partir de ahí, entrábamos en una dimensión distinta de la vida en la cárcel. Eso no era ninguna sentada universitaria. Eso era el mundo real. Y en una sociedad en la que el alcaide tenía el encargo de

no perder el control, eso conllevaba una cantidad casi ilimitada de poder, incluido abrir fuego.

Las puertas se iban abriendo de medio bloque en medio bloque. Era una protesta de muy bajo impacto, pero cuando llegó el momento de coger la bandeja, estaba nervioso. Mientras que en general en la cantina había cien hombres o más comiendo en mesas de cuatro, hoy había quizá doce en toda la sala. Pasé de largo de mi asiento de siempre y puse la bandeja en la ventanilla para que el encargado lo tirara todo a la basura. Era un gesto pequeño, pero sentí un subidón de adrenalina igualmente.

Había un espacio entre nosotros, un abismo entre los hombres que se habían comido los tacos con alubias y los que no lo habíamos hecho. Tenían sus excusas: pronto les darían la condicional. Tenían demasiada hambre.

No podían permitirse otra falta por mala conducta. Siempre hay excusas, pero lo que había en realidad en el fondo era miedo. Yo lo había hecho. Y Mo. Slim y Pete no, y si los que no se habían unido a la protesta encajaban en alguna clase de perfil, era este: los más habladores, los que eran capaces de hablar sin parar de quién no tenía ni puñetera idea, de lo asquerosa que estaba la comida, de lo inhumanas que eran las celdas; ellos eran los que tenían miedo. A mí me costaba sentirme superior, sin embargo, sabiendo que en mi futuro figuraba escurrir la deuda con una escapada a aislamiento.

Al día siguiente, todo el mundo comió y cenó como de costumbre. Había el doble de funcionarios en la cantina, todos con Taser, y muchos parecían decepcionados de que nos estuviésemos comportando. Seguro que venían muy crecidos después de la reunión con la alcaide que tenían al comienzo del turno. Las Taser, de amarillo brillante y franjas negras, como un abejorro, encajaban a la perfección en las fundas de plástico que llevaban incorporadas al cinturón. Todos tenían una mano apoyada en la cadera, listos para la acción, aunque al menos ese día no hubo ninguna.

Mo y yo salimos de la cantina. Un hombre llamado Tony vino a alcanzarme por el camino. Nunca había cruzado más de dos palabras con él, así que ya sabía de qué iba.

—Debes un puto dineral —me dijo—. Algunos quieren saber qué cojones piensas hacer.

El tío era de Suecia o de Noruega, un sitio frío así, y llevaba encerrado

más de treinta años. Hablaba con acento, y era incapaz de decir una frase sin meter unos cuantos *putos* en medio.

—Puedo pagar —le dije—. El próximo día que abran el economato. Además, tengo un motor nuevo y un montón de tatuajes encargados.

—Y ¿qué tal si les das un puto adelanto ya, y así no te blindas? La tele, por ejemplo.

Caminamos despacio hacia los bloques de celdas. Estábamos en diciembre, hacía frío, pero había salido el sol, radiante y despejado.

—No —respondí. Mo iba a mi izquierda, con la mano en el vendaje, como si de repente le doliera. Noté que se apartaba de nosotros—. A ti no te debo nada, Tony. Ni siquiera sé por qué estás metido en esto.

—Yo soy como un puto banco. Y a veces los bancos, ya sabes, consolidan préstamos y sacan algo de dinero con el puto pago. —Hizo girar un reloj con correa de velero en torno a su muñeca y luego me miró con una leve sonrisa—. Ya sé que puedes pagar. El próximo día, ¿eh?

Escupió en la acera, como si aquello pusiera fin oficial a lo que tenía que decirme, y luego alcanzó a un grupo de tíos, matones no fumadores, sin duda.

—¿De qué va ese? —me preguntó Mo.

—Tienes suerte de no fumar. Le tendría que haber soltado un puñetazo. Así me mandarían a aislamiento y me quitaría esto de encima.

—Qué fácil, ¿no?

—En realidad, no —reconocí—. Estaría un tiempo en aislamiento, pero seguramente volverían a traerme aquí.

—¿Tienes el dinero para pagarles?

—No.

—No pasa nada, colega. Todos tenemos secretos. A mí, en verdad, no me dan ataques. Es solo que me gusta el Depakote. También me dan Tegretol, pero esos los vendo. A algunos tíos les gusta esnifarlo. En cuanto me enteré de que daban medicamentos, tuve la idea de tirarme al suelo y retorcerme como una rata envenenada. Lo hago de vez en cuando y nadie me pregunta nada. A veces me meto un Alka-Seltzer en la boca y escupo espuma por todas partes.

Subimos la escalera del Bloque I hasta la tercera planta, y luego seguimos por el pasillo que llevaba a las celdas. Le pregunté cómo de graves eran sus quemaduras.

—Necesito un par de injertos más. Me quemé básicamente la mitad de la cabeza. Estábamos manejando nafta en un *camping* gas y cuando estalló aquello fue como si hubiesen echado napalm dentro del Lincoln. Estuvo ardiendo mucho rato. Si crees que en la cárcel el tiempo pasa despacio, intenta prenderte fuego, ya verás lo lento que pasa.

Todo el mundo había vuelto a sus celdas, pero Mo y yo nos quedamos hablando a través de los barrotes. Me dijo que no sabía explicar cómo fue cuando el Lincoln se convirtió en un infierno y su amigo se quedó atrás, gritando, y lo único que podía hacer él era revolcarse por el suelo del aparcamiento e intentar apagar sus propias llamas. Pero peor que los gritos de su amigo fue cuando los bomberos sacaron el cuerpo mientras los enfermeros se afanaban en estabilizar a Mo. Lo que quedaba de él era una masa humeante, encogida y carbonizada, como un tronco después de apagar con agua la hoguera.

Lo habían acusado de homicidio por imprudencia y de una docena de delitos de drogas y de crímenes contra la sociedad. Él negaba su responsabilidad en la muerte, sin embargo. Su amigo era consciente de los riesgos. Puede que fuera así, pero eso, al fin y al cabo, no era más que una excusa. No intenté discutir con él, hacerle ver que tal vez era algo responsable del problema en el que estaba metido. Igual que todos los que estábamos allí, tenía derecho a equivocarse. Ya cambiaría, o no. Algunos hombres nunca cambian. Se pasan el resto de su vida negando la verdad, protegiendo las ilusiones que los protegen a ellos de su pasado.

Nos quedamos un rato allí de pie. Me es difícil explicar lo que sentía cerca de Mo. Poseía una clase de conocimiento que nadie quería adquirir en realidad, porque conlleva una pérdida inimaginable. Había estado en el infierno y había vuelto, literalmente, y parte de él lo sabía. Alguien así —que había perdido capas en el fuego hasta revelar algo esencial— era alguien a quien valía la pena conocer.

Los encargados de la lavandería empezaron a devolvernos la ropa limpia en nuestras bolsas de la colada. Le iban contando entre susurros a todo el mundo que al día siguiente por la tarde iba a haber una protesta silenciosa en el patio. Íbamos a dar vueltas y vueltas a la pista, en grupo, muy despacio. Yo no entendía muy bien qué sentido tenía, pero al menos les haríamos ver que

podíamos plantar cara. No habíamos hecho nada malo, pero nos estaban castigando como si así fuera. Y a todo esto, el idiota que *sí* había hecho algo malo ni siquiera seguía allí.

Se corrió la voz de que la mitad de los hombres —Slim y Pete incluidos— no iban a hacer nada más que quedarse en sus celdas durante la hora del patio de la tarde. Yo sí iba a ir, por descontado. No sabía cómo resultaría la cosa, pero pensé que a lo mejor me servía para salir de aquí de alguna manera. Cogí mi montoncito de tarjetas de visita, saqué el brazo de la celda y lo coloqué en los barrotes planos horizontales junto a la puerta de Mo.

—Mo, guárdalas. A lo mejor volvemos a vernos.

—Seguro que sí —respondió.

Aunque parecía saber que el día siguiente era el definitivo para mí, no daba la impresión de comprender que seguramente no volveríamos a vernos. Pero yo llevaba mucho tiempo por aquí y tenía más idea: cuando alguien se iba, se iba para siempre.

No había nevado nada en Michigan ese invierno, salvo unos cuantos copos cerca de Acción de Gracias. Pero esa noche nevó, toda la noche, y yo me senté junto a la ventana liando el último tabaco que me quedaba. Si me paraba a pensarlo, lo que más iba a echar de menos era liar cigarrillos. Puede que más que fumar en sí. Había algo en el ritual, en separar las hebras largas en trozos más pequeños, y en el olor —la hierba húmeda y el campo recién labrado—, que era plácido y relajante, una vuelta a tiempos más sencillos, con placeres más sencillos.

Fumé en relativo silencio. Slim habló un poco en sueños, y oía también a Mo, roncando en la celda de al lado. Contemplé los gordos copos de nieve atravesando al caer el resplandor de las luces de fuera. Apuré los cigarrillos todo lo que pude, a menudo hasta quemarme las puntas de los dedos, un dolor más llevadero, pensé, que el dolor de dejarlo. Quería que doliese, así sería más fácil de recordar.

Aquel día solo salimos cien al patio. Normalmente éramos el triple. Nos juntamos en un grupo disperso —como esas extrañas bandadas de pájaros que se funden en uno— y empezamos a recorrer muy despacio la pista de asfalto

de cuatrocientos metros. Se oían muchos murmullos por encima del roce suave de nuestros zapatos carcelarios en el suelo.

El patio grande consistía en media hectárea de terreno plano situado enfrente de los dos edificios de cinco plantas donde estaban las celdas. Había más o menos una docena de bancos de cemento en el borde de la pista, y cinco barras de flexiones, dos pistas de baloncesto y, al otro lado, veintitantos teléfonos. Había mesas, también, en las que los hombres jugaban a las cartas y al dominó, y en los tableros habían dejado mensajes escritos advirtiéndoles que no se sentaran allí ni se quedaran cerca.

Después de diez minutos caminando, aparecieron dos hombres armados más en las azoteas de los bloques. Un capitán alto, con un abrigo negro del Departamento de Prisiones que le llegaba hasta la rodilla, se acercó y se puso a caminar junto al grupo.

—A ver —dijo—, sé que tenemos que hablar de algunas cosas, y lo haremos, pero tenéis que dispersaros, chicos. Buscaremos una solución.

Nadie dijo nada, sin embargo, porque nadie sabía nada. No teníamos ningún portavoz ni ninguna lista de exigencias.

El capitán volvió a entrar en el edificio y otros cuatro hombres armados aparecieron en la azotea, uno de ellos con una escopeta de gran calibre. Abajo, llegó un nuevo guardia con una ristra de esposas de brida cruzándole el pecho como un bandolero. Me caminaba en silencio a mi lado. Las armas me ponían nervioso. Una larga hilera de funcionarios de prisiones empezó a repartirse a unos seis metros más allá de la valla, con el amarillo vivo de las Taser refulgiendo contra el gris apagado de sus uniformes.

Y entonces llegó ella. La alcaide, que, según decían, estaba de vacaciones y a la que al parecer alguien había avisado. Era una mujer negra de cincuenta y tantos, vestida más para primavera que para invierno, con un vestido veraniego de color turquesa y unas bailarinas azules a juego. Era una mujer con clase que había visto por allí alguna que otra vez. Ese día, sin embargo, llevaba el brazo izquierdo en cabestrillo. Los dedos asomaban por el borde, y se veían más y más hinchados cuanto más se acercaba, como unas enormes salchichas pudriéndose.

Justo fuera del patio había una capilla octogonal de ladrillo con una estructura alargada y aconfesional en lo alto, en forma de aguja, y, más allá, un

muro de ladrillo de un blanco desvaído. Ahora había cinco guardias armados encima de ese muro.

La alcaide se acercó con paso enérgico al grupo cuando cruzábamos la sombra del Bloque J. Se plantó, flanqueada por cuatro funcionarios, a nuestro lado.

—Se lo advierto una vez —dijo—. Disuélvanse.

Nosotros seguimos caminando, y cuando volvimos a pasar por la sombra diez minutos después, empezó a pedirles a los reclusos la identificación, y los que iban delante se llevaron las manos a los bolsillos para acatar.

Mo me dio un codazo.

—Hora del espectáculo —me susurró, y luego se metió una cosa blanca en la boca.

Se apartó de la multitud y cayó al suelo, retorciéndose violentamente sobre su estómago. Todo el mundo se echó atrás. Un funcionario se arrodilló junto a él y lo colocó bocarriba, y vi la espuma burbujeante en los labios de Mo. Antes de que nadie supiese qué estaba ocurriendo, antes incluso de que yo supiera qué estaba haciendo, avancé dos pasos, alargué la mano hacia las franjas amarillas y negras del cinturón del funcionario y saqué la Taser de la funda.

Apunté a la alcaide y apreté. Sentí un culatazo, como el de una pistola, cuando el diminuto artefacto lanzó los dardos afilados. Vi cómo la alcaide se quedaba paralizada, con los ojos mirando al cielo, y caía como un árbol muerto al frío suelo justo antes de hacer yo lo mismo, alcanzado por la espalda por varios de esos disparos eléctricos. Fue como si un rayo recorriera mi cuerpo. Se me hizo eterna esa corriente viajando hasta las manos, buscando las puntas de mis dedos, atravesándome, intentando encontrar la salida.

HERMANO GANSO

Un chico me dijo, mientras paseábamos por el pequeño patio de la Planta 4, que una vez vio un pájaro posándose en la concertina, y que las patas le sangraron. Mira si es afilada, me dijo. No es verdad, por supuesto. Yo veo muchas veces gorriones posándose en las hojas afiladas, aunque ahora no puedo evitar imaginar heridas de precisión quirúrgica en sus garras diminutas, cortes tan finos como los que deja el papel.

La concertina es como un muelle de juguete para gigantes masoquistas, y la hay en lo alto de cada valla, y dos hileras en los edificios y en el suelo. No sé por qué la llaman *concertina*. Suena como a cóctel de veinte dólares en el Lincoln Center antes de un estreno de Prokófiev: lo contrario de lo que se pretende que imaginemos que hará con nuestra carne.

He visto botellas de plástico y sobres de café vacíos empalados para siempre en los pinchos uniformemente espaciados en los que se engancha la ropa de cualquiera que intente escabullirse a través. Los envases se quedan ahí, vacíos; banderas de advertencia que ondean y se van destiñendo a lo largo de los años.

En una cárcel de Muskegon, un hombre decidió cruzarla. Era pleno día, y aun si hubiese logrado atravesarla, no estaba ni mucho menos cerca de ninguna salida, aunque eso de cara a la ley no suponía ninguna diferencia. Por un intento de fuga a ninguna parte te caían cinco años más. Había nieve reciente en el suelo. No vi el intento en sí, pero sí vi sus manos esposadas cuando pasó cerca de nosotros, fumando en corrillo, y dejaron tras de sí un reguero de gotas rojas por el suelo blanco, como si señalaran el camino de vuelta a casa en un

siniestro cuento de hadas. El caminito desapareció en cuestión de minutos bajo la nieve que iba cayendo.

En una cárcel de por allí, dos hombres secuestraron un camión de basuras con espray de pimienta casero y trataron de cruzar la valla con él, pero la alambrada agarró la ropa de uno de ellos y le hizo trizas el brazo, como col lombarda para una ensalada. Cuanto más tiempo pasan algunos aquí, más convencidos están de que hay un modo de cruzar esa maraña ribeteada de cuchillas. Si la persona es lo bastante ágil y delgada, ¿no podría escurrirse por ese espacio del tamaño de un balón de fútbol que hay en la alambrada, que, casualmente, se parece más a esas cintas que cuelgan del manillar de una bicicleta de niño que a una alambrada? ¿O envolverse en cartones y capas de ropa como escudo? La alambrada solo es afilada si te toca, y cuanto más la examinan algunos, más se convencen de que no los tocará.

Pero ¿qué excusa tenía el ganso? Él vino de fuera. Estaba picoteando despreocupado con su bandada migratoria de gansos en la colina cubierta de hierba y de repente lo teníamos tirado en el patio, medio desplumado, aleteando y salpicando sangre de ganso.

Yo estaba en mi litera, después de cenar. Pensé que a lo mejor uno de los galgos del programa de terapia canina de la cárcel —rápidos como caballos— se hubiese escapado de la cuidadora con el lazo y se hubiese puesto a perseguir al ganso. Luego vi que uno de los reclusos del precavido corrillo que se había formado en torno al ave herida señalaba un resto mullido, enganchado a la alambrada como una almohada vieja. El ganso aleteaba, giraba en un círculo cerrado y luego paraba, y el corro de hombres se ensanchaba y volvía a cerrarse cada vez. Al cabo de unos minutos, se quedó quieto. Un funcionario trajo de la cocina un cubo grande y gris con un letrero de no comestible, y uno de los reclusos cogió al animal por las patas y lo tiró dentro. Después fue a limpiarse las manos en un matorral cercano.

Durante días, los perros que pasaban por allí se sintieron atraídos hacia la hierba como el metal por un imán, hasta que una buena lluvia fresca se llevó toda la sangre.

Los gansos de la colina ya se han ido, hacia el sur, donde hace calor. Hablan en voz baja entre ellos del ganso que perdieron, el que pensó que era capaz de cruzar, el que no creyó lo que todos le advirtieron sobre la

concertina. Siempre hay alguno, dirán, negando con gesto de compasiva incredulidad. Siempre hay alguno. Y luego sienten un leve escalofrío —aunque allí hace calor— al recordar los sonidos que hizo su hermano mientras se desangraba hasta morir en aquel otro mundo.

ACORRALADO

Cuando la gente pirada acaba en la cárcel puede ser lo que se le ocurra. Un yonqui se convierte en un antiguo proxeneta de lujo. Un evasor de impuestos, en un maestro de la falsificación y campeón de póquer. Hay golfistas de la PGA y pilotos de NASCAR, directores ejecutivos, billaristas profesionales y capos del narcotráfico que seguramente no eran más que camellos callejeros. Había un pederasta que decía haber sido una estrella porno llamada *Doble Dos Domino*. Muchos eran ricos: algunos venían de familias de dinero viejo, a otros les había tocado la lotería. Y no unos cuantos miles de dólares en el Rasca y Gana, sino millones en la Powerball. Un hombre juraba que Perry Mason había sido su abogado, y que fue su caso el que le hizo tan famoso como para que le dedicaran una serie. Es un no parar: héroes de combate, doctores, escritores, estrellas de *rock*, un montón de *playboys* de la *jet set*, un hombre que decía haber escrito varios episodios de *Seinfeld*, aunque casi no sabía ni atarse los zapatos...

Y este era yo. Cuando estaba fuera, me centraba en un vecindario durante un mes, entraba en unas cuantas casas, generaba un pánico localizado y luego iba por ahí vendiendo contratos falsos de seguridad para el hogar. Así fue cómo aprendí a mentir, cómo aprendí a vivir en un mundo nacido de la mente: no una vida de la mente, sino *creada* por la mente. A la manera de Dios.

La mentira está en los detalles. Está en esa berlina de alquiler fabricada en Estados Unidos con un distintivo de «Max Steele Security» pegado a la puerta.

Está en los pantalones caquis y en los polos de punto con un logo de MSS bordado en el pecho, y en el maletín Dunhill de piel de avestruz que robé de una casa a las afueras de Filadelfia. Estaba en los tres niveles de sistemas de seguridad que ofrecía, y en la pluma Montblanc de granito blanco que ponía en cada titubeante mano de propietario para que firmara el cheque de la fianza y la primera mensualidad.

La mayoría de la gente de fuera también son mentirosos. Se acostaron con tropecientas mujeres antes de cumplir los dieciocho, fueron la reina del baile de antiguos alumnos, los aceptaron en una universidad de la Ivy League, pero decidieron no ir. Dicen que antes las cosas eran mejores. Dicen que te amarán para siempre. Van a un banco y compran vidas enteras que no se pueden permitir. La economía entera es parte de este mundo de mentiras, y la cárcel no es más que una ciudad de ese mundo. Una ciudad de mentiras.

Nuestras celdas eran de dos plazas y yo llevaba un año con el mismo compañero. Se llamaba Tim y le gustaba el juego. Pero cuando lo llevó demasiado lejos, cuando le debió demasiado a la gente equivocada, «se blindó», lo que significa que le escribió una carta a un funcionario diciendo que temía por su vida. Si escribes eso, están obligados a creerte. Así que lo pusieron bajo custodia y al final acabaron trasladándolo a otro talego. Aún echo de menos a Tim.

Y luego llegó Richard, que se afeitaba la cabeza todos los días. Llevaba solo cuarenta y ocho horas aquí, y estábamos haciendo cola para el pescado. La cantina olía a marea alta. Se dio media vuelta y me dijo: «El aire sabe raro», y cayó muerto al suelo. ¿Qué íbamos a hacer? Seguimos con lo nuestro y comimos.

Malcolm fue el siguiente. Era clavado a Charles Manson de joven. Alguien le abrió la cabeza con un calcetín lleno de pilas porque intentó robarle el novio a otro.

Jo July duró una semana antes de hacerle un comentario acosador a una corpulenta empleada. La arrinconó a las puertas del cuarto de baño del personal y le preguntó si podía entrar y aspirar hondo el olor del asiento del váter en el que acababa de estar sentada.

Brian se instaló en la celda una hora después de que se marchara Jo. Durante una semana no dijo ni una palabra, y luego un día se sentó con toda tranquilidad al escritorio y empezó a comer sobres hasta que se le quedó la boca pastosa y ensangrentada, así que lo mandaron a Huron Valley, que es adónde van los chalados.

Robert fue el siguiente. Ni siquiera hablé con él durante un par de días porque pensé: ¿para qué? Tampoco le hacía falta hablar conmigo, de todos modos. Ya hablaba bastante solo, lo que era digno de mención, porque tartamudeaba de una manera terrible y comenzaba cada frase con «O sea, o sea, o sea, ehm, ehm, ehm...». Hacía lo mismo en mitad de la frase y otra vez al final. Expresar la idea más sencilla le llevaba cinco minutos. Pero eso no le impedía hablar, y tampoco se lo impedía el sempiterno caramelo de tofe de E. Z. Digby's que llevaba siempre en la boca, cascabeleando como una pulidora de piedras. No sé qué era peor, si tener que esperar entre tartamudeos a que terminara una frase o todos esos chuperreteos ensalivados con el E. Z. Digby's.

Yo seguía esperando que desapareciera: sus cosas, sus sábanas, la caja llena de bolígrafos Bic que usaba para escribirles a sus seis novias. Seguía esperando que hubiese desaparecido cuando volvía de comer, o de trabajar, o hasta de darme una ducha. Pero se quedó. En su corcho colgó las fotos de las mujeres que eran, decía, sus antiguas y actuales novias: mujeres delgadas, rubias, angelicales, y luego su perfecto opuesto, morenas con pinta de *strippers* enseñando las bragas negras subidas en Harleys customizadas. En el centro de su alineación de rameras y ángeles estaban las fotos de su casa y de su todoterreno Hummer.

—Esto es..., o sea, o sea, o sea, ehm, ehm, ehm..., mi casa —me dijo.

Era un chalé de obra vista perfectamente ajardinado: una encantadora casa de ensueño residencial. Había un par de fotos del interior, como la grande y bonita chimenea, con una hilera de veinte figuritas Hummel sobre la repisa de caoba. Parecían niños alemanes de verdad, paralizados, encogidos y bañados en porcelana, más humanos que de carne y hueso. El fuego crepitaba bajo sus pies y hacía que los muebles de cuero marrón relucieran con tanta intensidad que podía olerlo.

Y luego el garaje, con un panel alto de herramientas Snap-on asomando

por detrás de un flamante Hummer color champán. En total, las fotografías debían de mostrar una casa, unas propiedades y un vehículo por valor de unos ochocientos mil dólares. En total, aquello era una mentira espantosa. Increíble a más no poder.

Robert llevaba encima veinte años de descoloridos tatuajes carcelarios que representaban los logos icónicos y los nombres de diseñadores propios del estilo de vida de un millonario: Mercedes, Gucci, Armani, Ferrari, Rolex y unos veinte más. Él creía que tenía gustos caros, pero en realidad nunca había tenido nada de lo que simbolizaban esos nombres. Habría sido incapaz de diferenciar un Dom Pérignon de un Dom DeLuise. No se había subido nunca a un Hummer. No conocía a ninguna de esas mujeres y seguramente ni siquiera había visto a ninguna que se les pareciese en el mundo real. Tenía nombres para ellas, claro, pero eso era todo: si se le hubiera insistido, no habría sabido nada de ellas. Robert era un aficionado. Daba por sentado que el mero hecho de desear algo lo hacía real. Lo que no sabía era que, incluso aquí dentro, había que ganárselo.

Estudié a Robert un mes entero, anotando todas las mentiras que consiguieron sortear el caramelo de E. Z. Digby's. Daba la sensación de que, cuanto menos hablaba yo, más se esforzaba él por impresionarme. Creo que las únicas dos palabras que le dije en todo ese mes fueron: «¿En serio?».

Al cabo de treinta días tenía una lista de 152 mentiras. Aquí hay un listado parcial, que he editado para dejar fuera los tartamudeos y los chuperreteos ensalivados de tofe:

Pegó a una alcaide dos veces.

Su exmujer salió una vez en el póster central de *Penthouse*.

Su padre era un capitán de submarino que se perdió en el mar.

Estaba emparentado con Jerónimo (y también con Timothy McVeigh, Babe Ruth, Abraham Lincoln y muchos más, por lo general, cualquiera que hubiese salido últimamente en el canal Historia).

Se escribía con Julia Roberts.

Un director famoso (no recordaba su nombre) había estado a punto de hacer una película sobre él. Le sugerí nombres, y le pareció que podía ser Robert Altman.

Su hermano medía dos metros veinte.

Su hermano era abogado y jamás había perdido un caso.

Fuera tenía cuatro estudios de tatuaje, lo que hasta cierto punto era creíble

porque hacía tatuajes decentes, pero de todos modos lo dejé en la lista (vamos a ver: ¿cuatro?).

Tenía media hectárea de amapolas con las que fabricaba heroína siguiendo una receta heredada de Gengis Kan (había salido hacía poco en el canal Historia).

Había muerto dos veces y había conocido a Dios en ambas.

Había hecho *puenting*, había saltado en paracaídas, había viajado en globo y había pilotado un F—15 (además de todas las historias de contratiempos casi mortales asociadas a cada ocasión).

Había una prostituta preciosa que le pagaba por acostarse con él.

Fabricó una bomba en la cárcel con su televisión en color, y era por eso por lo que solo le dejaban tener televisores en blanco y negro.

Había matado a un compañero pederasta y se había deshecho del cuerpo usando un boli Bic y el váter de la celda.

Usaba spray de pimienta de uso policial para darles sabor a las *pizzas*.

Había estado en coma año y medio. Se despertó con la enfermera trincándose.

Ya os hacéis una idea. Lo que fuera que Robert hubiese querido hacer, quienquiera que hubiese querido ser, quienquiera que hubiese querido conocer, follarse o tener de pariente, se cumplía de repente. Ni rastro de la moderación necesaria para seguir siendo creíble, ni del cuidado que se requería para convertir algo en real. Se limitaba a saltar de una idea a otra, completamente desatado, mientras chupaba su caramelo aromático y amarillento.

La mujer de la que me enamoré, la mujer de las afueras de Portland, Oregón, tenía una colección de más de cincuenta figuritas Hummel valoradas en unos dieciocho mil dólares. Las guardaba tras unas puertas de vidrio en cuatro estantes empotrados frente a la mesa del comedor. Brillaban tanto y estaban tan limpias que su resplandor se reflejaba en la oscura madera pulida como fotografías de fantasmas. Dado que había visto Hummel auténticas, podía distinguirlas en cualquier parte, hasta en la foto de la repisa fantasiosa de alguien.

Me pasaba mucho tiempo mirándolas, imaginando sus vidas perfectas y estacionarias. Eran jóvenes de los Alpes entregados felizmente a tareas y juegos de tiempos más sencillos: una niña saltando a la cuerda (la «cuerda» sostenía a la chica en el aire, un desafío eterno a la gravedad), un chico con

traje tirolés guiando a una oveja con la vara, otro disparando al cielo con un tirachinas, una niña de coletas largas y rubias chutando un balón amarillo. Cada uno de ellos parecía paralizado en una personalidad tan única como si estuviesen vivos. Mi favorita era una niña traviesa que estaba encendiendo la mecha de un cohete casero que le llegaba por la cintura.

Yo amaba a aquella mujer, desde luego, pero cuando me acuerdo de ella, me acuerdo en la misma medida de los veintiocho niños y las treinta niñas colocados en balsámicas hileras en la pared de su comedor. Hasta tardo un momento en recordar su nombre, Mary, pero puedo visualizar aquellas cincuenta y ocho caritas sin el menor problema.

Como un profesional compadecido de un inepto aficionado, decidí enseñarle a Robert algunas lecciones sobre la mentira. Estaba escribiendo cartas, y cada cinco minutos o así miraba por los barrotes horizontales de la ventana. El tiempo estaba cambiando, y quedaban pocos días para que se inaugurara oficialmente la primavera. Fuera, los montones de nieve se estaban fundiendo, menguando un poco cada día, como montañas blancas y distantes encogiéndose en un vídeo en cámara rápida.

Robert iba a ponerse en forma de nuevo muy pronto, dijo, volvería a hacer pesas. Y luego me contó lo en forma que estaba antes.

—O sea, o sea, o sea, podía hacer cien, ehm, ehm, ehm, flexiones. Ehm, sin respirar.

—Mi entrenador de boxeo decía que las flexiones son el mejor ejercicio que se puede hacer. Sobre todo, si aguantas abajo y cuentas hasta veinte. Mi entrenador era un tío negro, ya viejo. ¿Sabes algo de boxeo, Robert?

—Ehm, ehm, ehm, sí.

—Entonces a lo mejor has oído hablar de él: *Cafetera* Mitchell. Combatió contra Thomas *el Sicario* Hearn en Detroit. Mitchell fue profesional unos cuantos años.

—O sea, o sea, o sea, sí. Yo vi ese combate. Ehm, ehm, ehm, lo recuerdo.

—No, Robert, no lo recuerdas. No lo viste.

Me miró sin comprender y luego bajó la vista a sus brazos tatuados y descoloridos, como si allí hubiera alguna respuesta. Me dio lástima, pero tenía

que aprender. Y el aprendizaje a menudo era un proceso doloroso.

—Me lo he inventado todo. No hay ningún *Cafetera* Mitchell, y debo de haber hecho como cincuenta flexiones en toda mi vida. Creo que más o menos las mismas que tú, seguramente.

Mentiría si dijera que no estaba preocupado en ese momento. Robert me ganaba en tamaño, y yo no tenía ni idea de pelear. Era arriesgado. Era una jugada. La puerta estaba cerrada y, si quería, podía darme una buena tunda antes de que llegara un guardia con la llave.

Lo que había hecho era llamarlo mentiroso, y eso era algo serio. En cuanto te conviertes en un número, no eres más que las palabras que usas. Y si las palabras que usas no son de fiar, tú tampoco lo eres. Que te llamen mentiroso a la cara está solo un escalón por debajo de que te llamen «chivato». Pero había aprendido ya lo bastante sobre delincuentes como para saber que alguien que está siempre dejando ver lo mal que se le da algo, inconscientemente, quiere que lo pillen. Robert quería ayuda. Lo sabía.

Después de eso, no dijo nada en un rato. Era lo más callado que había estado desde su llegada. Me pareció perfectamente posible que fuese incapaz de hablar. Por fin, al cabo de unos diez minutos, cuando resultó obvio que estaba fuera de peligro físico, rompí el silencio:

—¿Sabes qué tenía esa mentira que la hacía buena?

—Ehm, ehm, ehm —dijo—. Yo me lo he creído. O sea, o sea, o sea, no se me ha pasado por la cabeza que fuese mentira.

—Si hubiera dicho que me entrenó Muhammad Ali, o *Sugar* Ray Leonard, o algo así, no sería creíble. Eso es pasarse, Leonard. Aunque una vez casi le vendo a *Sugar* Ray Leonard un sistema de alarma para su garaje nuevo. Luego su mujer dijo que no necesitaban otra alarma porque el recinto entero estaba protegido. Y su hija, mira que estaba buena.

—Ehm, ehm, ehm, qué caña. Leonard, ¿eh? —Desenvolvió otro caramelo, y mientras me pasaba uno a mí vi cómo la chispa de sus ojos se apagaba de nuevo—. Ehm, ehm, ehm, te lo acabas de inventar, ¿verdad?

—Me caes bien, Robert. Y, si quieres ayuda, te ayudaré. —Me encendí un cigarrillo y señalé al corcho—. Esa no es tu casa, esas no son tus figuritas Hummel, ese no es tu Hummer, y ninguna de esas mujeres es novia tuya. Te lo tengo que decir: aquí nadie se cree nada de lo que cuentas. Así que

empecemos desde el principio. Vamos a poner el contador a cero. ¿Qué te parece si no dices nada más en las próximas veinticuatro horas?

Robert empezó a decir algo, pero luego se detuvo. Seguramente iba a defender su tablón de fotos, su mundo de mentiras. Pero no lo hizo. Se quedó mirando los montones de nieve menguante por la ventana.

Mary ya tenía un sistema de alarma. Creo que era de ADT, o puede que de Brinks, pero me pasé de todas formas porque siempre me tomaba muy en serio lo de conocer a cada persona del vecindario en el que estuviese trabajando. Ella me invitó a entrar, había café al fuego. Ya había oído hablar de mí en los mentideros del barrio. Llevaba unos pendientes color pastel en forma de cestas de Pascua, pese a que estábamos en septiembre.

—Ya veo que va servida de alarmas. No le habrán robado últimamente, estoy seguro.

Por supuesto que sabía que no: era buen negocio guardarse de las casas con alarma. Servía para reforzar las ventas en las casas que no tenían.

—No, no me han robado —dijo—. Pero da igual. Lo invito a un café. —Entró en la cocina. Oí las tazas tintineando y las puertas de un armario al cerrarse—. Hace mucho tiempo que tengo alarma. Venga, le enseño.

Yo creí que iba a enseñarme el panel de control de la alarma, lo que significaba que yo tendría que decir algo del tipo «Ah, sí, el 143—Z es un buen sistema». Hay que elogiar siempre a la competencia. Pero, en lugar de eso, me condujo al comedor y encendió el riel de luces de los estantes.

—Tengo que proteger esto —dijo mientras me tendía una taza de café—. Son Hummel.

—Son preciosas —respondí.

Y lo eran. Podía oler las montañas en las que vivían. Podía oír sus voceillas inocentes diciéndome que me quedara un rato, que Mary sería muy buena compañía.

Me senté con ella en el comedor, frente a un ventanal con vistas a tres volcanes chatos del color de un sorbete de naranja al sol del atardecer. Hablamos sobre todo de las Hummel, y me contó que algunas eran de su abuela y tenían sesenta años. Me dijo que era casi como adoptar un hijo, el

esfuerzo necesario para decidir cuál comprar a continuación.

Cada media hora, la nieve de los volcanes cambiaba de color. Estaban de color violeta cuando me dijo que era diseñadora de decorados. «¿Se refiere a obras de teatro?», le pregunté, y me respondió que solo de vez en cuando. Se dedicaba sobre todo a construir escenarios para el departamento forense de la Universidad Estatal de Portland. Se pasaba semanas montando habitaciones o casas enteras solo para que unos investigadores incendiarios profesionales descubriesen maneras creativas de hacerlas arder. *Unidades de quemado*, las llamaba ella. Al día siguiente iban a prenderle fuego a una. «La queman —me dijo—. ¿Tiene planes?». Le dije que no tenía ninguno.

Mary era guapa, inteligente y muy animada cuando hablaba de su trabajo. Era bastante mayor, pero eso importaba poco. La hacía más atractiva en cierto modo: sabía exactamente quién era. No intentaba ocultar su cara delgada con maquillaje, lo que dejaba ver una pálida inteligencia en sus ojos que compensaba todo lo que pudiera faltarle. Llevaba unos pantalones blancos de pintor salpicados de gotas de colores, y una camisa vaquera con hebras de hilo plateado que centelleaban cuando les daba la luz de determinada manera. El pelo largo y castaño no estaba tanto peinado como constreñido con una compleja disposición de horquillas y coleteros elásticos.

Contemplé los estantes de las Hummel. No sabía qué significaba la palabra, pero pensé que tal vez quisiera decir «felicidad congelada» en alemán. No todas sonreían, pero saltaba a la vista que estaban muy contentas, ni que fuese por un momento.

—Bueno, ¿me va a enseñar la mercancía? —me preguntó.

—¿La qué?

—La mercancía. Los sistemas que vende. Quiero echar un vistazo. He estado pensado en instalar algo más avanzado.

Estuvimos hojeando los folletos unos cinco minutos.

—Me quedo el plan A —dijo—. Tiene sensor de monóxido de carbono. Eso me gusta.

El plan A era el más completo de mis planes inventados, por no hablar del precio.

—Ese lo escogen normalmente propietarios con hijos. Ya sabe, por miedo a la «muerte silenciosa».

—Bueno, yo no tengo hijos, pero eso no significa que merezca morir mientras duermo.

—Claro que no —le dije, y le tendí mi Montblanc.

—Bonita pluma.

Firmó el cheque, y los ojos de todos esos niños felices apartaron la vista de mí, como si contemplar de frente mi culpabilidad les resultara imposible.

—Un café delicioso —le dije.

Me gustó Mary desde el primer momento. Puede que la amara desde el primer momento. No lo sé, es difícil decirlo. Pero sé que no fue Mary la que me hizo querer llevar una vida honrada. Fueron las Hummel. Fueron esas vidas preciosas y honradas bajo las luces resplandecientes de aquel comedor. Mi falsedad no estaba a la altura de su pureza.

Robert no dijo una sola palabra en veinticuatro horas enteras. Y luego no dijo una sola palabra al día siguiente. Pasado el tercer día, resultó bastante obvio que aquello era una declaración de intenciones.

La gente empezó a abordarme, gente que solía rondar a Robert solo por diversión. Su silencio, al parecer, no era tan divertido.

—A ver —les conté a cuatro o cinco, fumando junto a la puerta de nuestra unidad—, le he dicho la verdad.

—¿A qué te refieres con que le has dicho la verdad?

—Le he dicho que miente fatal.

—No me vengas con mierdas —dijo el portavoz del club de fans de Robert—. No era cosa tuya. Puede que salgáis perdiendo los dos si sigue callado. Las personas solo pueden pasar cuarenta días sin hablar, luego se mueren.

Yo sabía que se estaba confundiendo con comer, pero estaba en inferioridad numérica. Y sabía también a qué se refería con eso de que echaba de menos al Robert de antes. Su silencio era perturbador y, en compañía de otros, sus mentiras eran bastante entretenidas. Las mentiras son como una droga aquí; los presos son adictos, y como cualquier adicto se hunden más y más hondo en su enfermedad, buscan a gente que esté peor que ellos para no sentirse tan mal consigo mismos.

Cuando me trasladaron de Oregón a Ohio, y luego a Virginia Occidental, Pensilvania, Alabama, Nueva Jersey y finalmente aquí, a Michigan, para cumplir una condena simultánea de veinte años, encontré un regalo esperándome bajo el colchón impermeable de color gangrena: un libro con las tapas arrancadas, una historia retrospectiva de la serie *Los nuevos ricos*.

En mi nuevo hogar entre rejas, siempre iba en busca de señales, cosas que consideraba anclas y que el universo me había enviado para que supiera que no se olvidaba de mí. En una prisión de Virginia encontré un centavo en el suelo, con la cara hacia arriba, a la entrada de mi celda. Algunos reclusos se pasan treinta años sin ver dinero de verdad. Vi aquella moneda como una buena señal, la froté entre los dedos para sacarle brillo y la lancé al pozo de los deseos del váter el día que partí hacia Pensilvana.

En Michigan, vi aquel libro como una señal similar, y si te empeñabas en estudiarlo como me empeñé yo, acababas sabiendo de la serie —que se emitió del 26 de septiembre de 1962 al 23 de marzo de 1971— más que su creador, Paul Henning.

Aterricé aquí y me metí en una nueva vida. Podía olvidarme de mi hogar deprimente centrándome en uno de ficción, en la gente real que lo había construido. La abuela, por ejemplo —Irene Ryan—, a la que le encantaban el *whisky* y las apuestas de caballos. Me parecía la abuela perfecta.

Donna Douglas, que interpretaba a Elly May, se enamoró de Elvis después de trabajar con él en la película *Rubia contra pelirroja*. Me conmoví y simpatiqué mucho con su desengaño y su depresión después de que él la rechazara. El padre de Donna en la ficción, Buddy Ebsen, era de Belleville, Illinois, al este de San Luis, que me pareció un sitio tan bueno como cualquier otro para hacerlo pasar por mi lugar de origen si hacía falta. El libro contenía incluso recetas de sus platos favoritos: huevos de halcón rellenos, tarta de gallareta o cortezas de carrillera de cerdo.

No sabía cuándo, dónde ni cómo iba a usar la información de ese libro, pero me empapé de él con la creencia de que algún día sería importante para una nueva vida. No tenía planeado compartir el libro con nadie, pero después de que Robert no pronunciase palabra en una semana y media, estaba desesperado. Llevaba varios meses leyendo en mi celda de Michigan sobre

esa serie de televisión de décadas atrás, en la quietud de la medianoche, con la luz que entraba desde el pasillo por la ventana vertical de la puerta de la celda.

Robert había empezado a tallar figuritas con pastillas de jabón Irish Spring para una «novia» que tenía fuera. Usaba una serie de tubos de Bic vacíos con la punta retocada, todos dispuestos sobre un trapo verde en su escritorio, como instrumentos quirúrgicos. Los resultados —ángeles, por lo que podía ver— quedaban muy bien en aquel material verde y marmóreo. Mientras él tallaba, yo leía en voz alta el libro, que guardaba escondido debajo del colchón, donde lo había encontrado. Le propuse que podía hacerse pasar por el hijo de Max Baer Júnior (Jethro), nieto del antiguo campeón del mundo de pesos pesados Max Baer Sénior. Con una pasada de la mano tiró a la papelera una pila de virutas, nevosas y aromáticas, y comenzó otro ángel o lo que quiera que fuesen.

Me senté en la litera con la espalda apoyada en la pared, dándole vueltas a aquella sugerencia que le había hecho.

—¿Te das cuenta de que todo termina siempre volviendo al boxeo? —le dije—. Eso tiene que significar que ha de ser así.

Me clavó una profunda mirada y luego sacó en silencio un tarro de betún negro de su baúl y empezó a darle una capa a las tallas, que al parecer no eran ángeles, sino piezas de ajedrez. Yo me puse otra vez a leer. Contaban que Sharon Tate había aparecido en muchos episodios, comenzando con «Elly empieza la escuela», el 16 de octubre de 1963, cinco o seis años antes de que la pillasen esos *hippies* psicópatas de Manson.

El cheque de Mary fue el tercero del vecindario. Se me acababa el tiempo.

Fuimos al sur por la Interestatal 5. Yo iba en el asiento del pasajero, viendo los altos pinos pasar como un borrón por la ventanilla y preguntándome si la lluvia tardaría lo bastante en presentarse como para que el fuego prendiera. Acabamos en un campo junto a una escuela de primaria que llevaba el nombre de un antiguo embajador en Argentina nacido en el lugar, o eso leí en una placa cerca de la escuela. El pueblo se llamaba Tualatin, y en la valla había un cartel que decía propiedad privada de la UEP. Caminamos medio

kilómetro largo hasta llegar a una estructura inmensa parecida a un garaje, con puertas correderas de hangar de diez metros de alto, una a cada lado. Dentro, bajo un armazón de vigas de acero, había una sencilla casa de madera. Flotaba un aire de expectación, como si hubiese una fiesta a punto de empezar y nosotros fuéramos los primeros en llegar.

La casa olía a nuevo: a madera serrada y a moqueta, a cola de empapelar y a pintura, pero el interior parecía sacado directamente de 1975. Había una moqueta gruesa, naranja y de pelo largo, una silla de vinilo verde, una lamparita con la pantalla descolorida y un viejo sofá de color azul en el que había tumbado un maniquí. Sobre la mesa de la lamparita reposaba una botella medio vacía de Wild Turkey que Mary me dijo que era en realidad té helado. Había un cenicero lleno de colillas a los pies del sofá. El maniquí tenía el pelo negro y lo habían vestido con poliéster de color verde vivo. Mary me explicó:

—Ha perdido el conocimiento bebiendo. Le he puesto *Suzy*. Me la imaginé como a una borracha. —Le colocó bien un calcetín a *Suzy*, dio un paso atrás y echó un vistazo alrededor, como revisando la escena ante la llegada de los invitados—. Los estudiantes vienen más tarde, cuando ya está todo húmedo y frío.

Entraron tres hombres por la puerta batiente de la cocina. Ellos también podrían salir de 1975, con sus funcionales cortes de pelo WASP y su ropa informal. Felicitaron a Mary por su cuidadoso trabajo, y uno de ellos me preguntó qué opinaba.

—Parece real. Parece mi casa de pequeño. Hasta ella —dije señalando a *Suzy*—. Me recuerda a mi madre.

Me sentí raro después de decir eso, como si fuera una metedura de pata en la academia de pirómanos, como decirle a un actor que mucha suerte. Pensé que se sentirían mal por quemar aquel sitio con mi madre dentro. Pero ya no podía retirarlo, y tampoco se me ocurría qué otra cosa decir para que el silencio no resultara tan incómodo.

Después de eso, Mary y yo nos quitamos de en medio. Me contó que esta vez no iba a ser un fuego intencionado, sino que la maniquí borracha iba a prender fuego a la casa con un cigarrillo. Era el equivalente en examen de una pregunta trampa, pensada para ver qué se les ocurría a los alumnos. Los

hombres revisaron los aspersores del techo y acoplaron una manguera a una boca de incendios amarilla. Nosotros miramos por una de las ventanas laterales de la casa. Uno de los hombres encendió un Winston, dio unas caladas y luego lo colocó entremetido estratégicamente en las fibras de la moqueta junto al sofá.

El día era gris —en Oregón, la mayoría lo son—, el aire estaba cargado de humedad y a cada rato tenía que enjugarme el agua de la cara. Pero parecía un bonito día.

Cuando el humo empezó a llenar la casa, Mary cogió mi mano.

—Adoro y detesto esta parte —dijo.

Robert y yo estábamos viendo el episodio 218, «El quinto piso fantasma», en el que los Clampett convierten la quinta planta de un banco propiedad del señor Drysdale (interpretado por Raymond Bailey, que una vez intentó atizar a un avestruz que no se quedaba quieto en su marca) en multitud de negocios. Estaba absorto en el programa cuando el sargento Baker abrió la puerta, me dijo que cogiera mi identificación y que me diese media vuelta. Me esposó. Robert siguió mirando el televisor en blanco y negro. Empezó a sonreír, y alguien que no lo conociera habría pensado que se reía con las payasadas de Jethro.

—¿A qué narices viene todo esto? —pregunté.

El sargento se colocó un par de guantes de látex, como si fuese a operar. Sujetó las esposas por la cadenita que las unía y con la otra mano levantó la almohada de mi cama y reveló lo que parecía una pistola pequeña, semiautomática. El sargento la cogió y la sostuvo en la palma de la mano, calibrando su peso, y me llegó el olor a jabón y a betún de zapatos que desprendía.

—Vaya —dije, porque no había nada más que decir.

A veces, en el fondo sabes que cualquier cosa que digas va a parecer una mentira, por cierta que sea. Me había pasado tanto tiempo elaborando mentiras que la verdad no quería saber nada de mí cuando la necesitaba.

—Solo intentaba ayudar, Robert —le dije.

—Ehm, ehm, ehm, supongo que no necesitaba ninguna ayuda. —No apartó

en ningún momento los ojos del televisor—. Ha-ha-hasta la vista, Steven.

Mi mano estaba caliente entre las suyas. El humo se alzaba desde grietas invisibles en el tejado. Aún no se veía ninguna llama, pero sabía que era cuestión de tiempo.

Había niños en el patio en la parte de atrás del colegio. Esperaban pegados a la verja, y algunos se encaramaron a las barras trepadoras. Yo fingí que nos miraban a nosotros. Fingí que éramos famosos y que estaban todos intentando vernos fugazmente para poder contárselo a sus madres cuando salieran disparados por la puerta de la escuela, con las mejillas encendidas y sin aliento. Nuestra presencia se adheriría a ellos como el humo. «¿A que no sabes a quién he visto?», dirían.

El interior comenzó a resplandecer con un brillo anaranjado.

—La mujer del sofá ya estará muerta —explicó Mary—. Por el humo. Las víctimas nunca mueren quemadas, en realidad. Se asfixian.

Los muros exteriores empezaron a humear y a ampollarse. Del tejado salía despedida una onda de calor tras otra, y entonces, de repente, las ondas se encendieron en llamas.

—Supongo que te irás pronto. Ojalá no te fueras. —Se quedó un momento en silencio—. Me siento nueva —dijo mirando la casa. Sacó una tira de chicle del bolsillo trasero de su pantalón y empezó a masticar.

—Puede que me quede por aquí, Mary.

Casi me doblaba la edad, pero yo me sentía mucho mayor cerca de ella y del fuego. Hizo una pompa de chicle y me sonrió.

El sofá ardía ahora con fuerza, y vi por la ventana las llamas en el pelo del maniquí y las ampollas en su piel marrón claro. La ropa se había consumido hacía rato. La ventana se hizo añicos por el calor y oí a los niños soltando hurras pese a que las llamas emitían el rugido de un soplete, más atronador de lo que nunca habría imaginado.

—Supongo que debería contarte la verdad sobre algo —dijo.

El fuego tiene ese efecto en la gente. Mira las hogueras, si no. Y las chimeneas. Puede que veamos en las llamas nuestro propio fin y queramos dejar las cuentas saldadas. Puede que sea más fácil confesar sin mirar a nadie

a los ojos.

—Técnicamente, estoy casada. Técnicamente. Hace diez años que no lo veo.

Fotografías, relojes, tejas, todo se estrelló contra el suelo. Las llamas atravesaron el tejado y, al poco, toda la casa estaba ardiendo envuelta en llamas anaranjadas y humo negro. Mary dijo que los aspersores estaban a punto de dispararse, pero en realidad eran pulverizadores sofisticadísimos de alta densidad que dejaron la casa inundada en cuestión de minutos. El agua negra se alejó serpenteando de las ruinas formando riachuelos humeantes.

—Bueno, ya que nos ponemos a decir la verdad, quiero que sepas que no he cobrado tu cheque...

Y le dije que no lo cobraría. Le dije que les devolvería el dinero a los vecinos también y le conté de qué manera las figuritas Hummel habían hecho que me replanteara mi vida. Ella se tomó mi confesión lo mejor que podía tomársela alguien, aunque esta rompió decididamente el hechizo del fuego. Las llamas se habían apagado, pero seguimos contemplando la carbonilla húmeda consumiéndose lentamente. El único sonido que se oía era el siseo del fuego moribundo.

—Supongo que deberíamos irnos —dijo tan solo.

Los niños volvieron a entrar en la escuela, y los estudiantes de incendios aparecieron con monos blancos y fundas blancas encima de los zapatos. Llevaban máscaras de gas, y se oía el roce del aire al pasar por los filtros. Pasaron por nuestro lado con pequeños maletines, como si fueran a trabajar en una especie de oficina de venenos.

Me arrestaron en mi cuarto de la Knights Inn esa noche.

Soy un optimista, de todos modos, y creo que Mary me salvó. No le tengo ninguna aversión a ella en particular, ni a las mujeres en general. Una vez conocí a un chico que soñaba con hacerles daño a las mujeres casi todas las noches. ¿Qué puedo decir? Algunos hombres acaban odiando a las mujeres porque sus madres eran distantes o frías, porque bebían o se acostaban con cualquiera, lo que sea. Pero yo no.

Yo quiero a mi madre.

Donna Douglas, cuyo verdadero nombre era Doris Smith, nacida el 26 de septiembre de 1933 (exactamente veintinueve años antes de que la serie se

estrenara en horario de máxima audiencia), se casó con Roland Bourgeois en su último curso en el Instituto Saint Gerard de Baton Rouge, Luisiana. El matrimonio duró solo cinco años. Roland no es mi padre. No sé con seguridad quién es, pero yo le digo a la gente que es Elvis.

Mi madre es famosa sobre todo, desde luego, por interpretar a Elly May en *Los nuevos ricos*: la rubia cañón, la pueblerina amante de los bichos llegada de las Ozark. Me encanta en ese papel, pero no es mi favorito.

Mi papel favorito de mamá lo he pillado en la tele un par de veces a última hora, cuando ponen viejas reposiciones. Es un episodio de *La dimensión desconocida*, y casi ni se la reconoce. Durante la mayor parte del episodio, tiene la cabeza entera envuelta en una venda tras una operación para transformar su horrible cara.

Los médicos le quitan la venda, y cada vez que lo veo espero sentir repulsión por lo que se esconde debajo. Pero su rostro es deslumbrante, perfecto, radiante, y aun así los médicos y las enfermeras apartan la vista, incapaces de mirar. Todos en el hospital, todos en ese mundo, tienen cara de cerdo. Mi madre, resulta, es el monstruo. Corre por los pasillos del hospital gritando y al final la acogen en una colonia de hermosos engendros. Pero cuando termina el episodio es evidente que ha aprendido algo. No estoy seguro de qué, pero algo tienes que haber aprendido después de transformarte para ser bella y de descubrir que eres la única hermosa en un mundo de monstruos. Algo tienes que haber aprendido.

LECHE QUEMADA

A Clyde no le sorprendió que ella llegase tarde a recogerlo. Melissa era de la Costa Oeste, despreocupada y desinhibida, y lo criticaba a menudo por ser demasiado del Medio Oeste, por vivir demasiado obsesionado con rutinas y estructuras. Solían discutir al respecto cada dos por tres, hasta que Clyde decidió que nada podría cambiarla; no ganaría jamás. Así que no le sorprendió tener que esperarla. La sorpresa habría sido que ella lo esperara a él.

Acababan de dar las ocho de la mañana, y estaba sentado en el banco de madera y cemento que había delante del puesto de control del Correccional E. C. Brooks. Llevaba ahí más de una hora. Pero ¿cómo iba a enfadarse si estaba libre? ¿Cómo podía enfadarse alguien ahí fuera? Si se hubiese acercado alguien y le hubiese pegado en la cabeza con un bate de béisbol, seguramente se habría levantado y se habría echado a reír. Tal vez los últimos doce años, pensó, habían valido la pena para sentir lo que sentía en ese momento. Poca gente en el mundo experimentaba alguna vez esa clase de calidez, ese amor puro por la vida. El sol radiante de la mañana era una grajea resplandeciente y anaranjada, y sus rayos parecían medicinales y lo envolvían con un calor sanador. La luz del cielo debía de hacerte sentir así.

Dos funcionarios fueron hacia él cruzando el aparcamiento. Llevaban unas gorras de béisbol negras con la palabra TRASLADO bordada en letras blancas en el frontal. Vestían unos uniformes grises con los bajos del pantalón remetidos en las botas de piel negra. Ambos portaban una Glock de 9 mm, y el más bajo llevaba también una Taser. El alto se estaba terminando un cigarrillo

mientras hablaba de un pez que su cuñado había pescado ese fin de semana.

—Se creía que era una mojarra negra de treinta centímetros y, después de cortarla en filetes, se dio cuenta de que se había cargado una mojarra azul de récord.

—¿No sabe diferenciar entre una mojarra negra y una mojarra azul?

—Bueno, para empezar, es un cazurro; al fin y al cabo, está casado con mi hermana. Y él siempre pesca lubinas, no mojarras. —El funcionario negó con la cabeza y tiró el cigarrillo, y luego se puso de cara a Clyde y lo incluyó en la historia—. Así que a la mañana siguiente llama al Departamento de Recursos Naturales y, en efecto, el récord de mojarra azul en Michigan está en once y cuarto. El cazurro se pone a buscar en la basura y saca la piel del pescado, la mete en una bolsa de plástico y va a ver si consigue que un funcionario del departamento junte las piezas y lo mida, pero no. Solo le confirman que es una mojarra azul. Va a pagarle trescientos dólares a un disecador para que le monte un pez nuevo con los restos.

Clyde sonrió. Lo único que llevaba consigo era la ropa y el televisor en blanco y negro de diez pulgadas que tenía en el regazo.

—Caramba —dijo—. Menuda mojarra azul. Las que yo pescaba eran del tamaño de mi mano. No me puedo ni imaginar una de treinta centímetros.

Se preguntó si los funcionarios pensarían que estaba mintiendo; no parecía el típico pescador. Llevaba doce años de pelo recogidos en una cola de caballo y tenía el aspecto demacrado de un hombre que no sale al exterior. Pero de niño había pescado mucho: siluro, lubina, mojarra azul y una vez salmón de Wisconsin. Le daba igual lo que pensarán.

El bajo se metió en el puesto de control. El alto se quedó allí.

—Así que te llevas la tele, ¿eh?

—Quería llevarme algo de recuerdo.

—¿Crees que la usarás?

—No lo sé. A lo mejor la jubilo.

El funcionario levantó la vista al cielo despejado.

—Bonito día para regresar a casa. No vuelvas. Volvéis demasiados.

—No volveré —respondió Clyde—. Gracias.

Pensó que el funcionario iba a estrecharle la mano, pero no lo hizo. Se metió también en el puesto de control, y Clyde se quedó mirando la colilla de

su cigarrillo, humeando y consumiéndose en la acera.

Había ido a clases, pero nada te prepara para esto. Nadie le había dicho que una cena de filete con gambas en el Applebee estaría a punto de provocarle una crisis emocional, o que ir en coche lo pondría nervioso y algo enfermo. Nadie le había dicho que querría abrazar a todos los que se encontró en la gasolinera de camino a casa, o que tendría que contener las lágrimas por el olor de la gasolina cuando llenara el depósito. Nadie le había dicho a Clyde que compraría una bolsa de siete dólares de aperitivos de cecina con el dinero de Melissa y la acunaría entre los brazos como si fuera un bebé.

En las clases de reinserción, la señorita Ruttinger les había hablado de las trampas que les aguardaban: sobre todo caer de nuevo con antiguas compañías y la frustración que nacería de intentar hacer siempre lo correcto, siempre con la etiqueta de exconvicto siguiendo sus pasos. Iba a ser duro, les dijo, y por eso —por mucho que ella dijera o pensaran ellos—, más de la mitad volvería allí.

Vino a clase gente de fuera para darles consejos acerca de todo, desde control de gastos a resolución de conflictos. Clyde estuvo yendo todos los miércoles durante tres meses, y nadie —ni siquiera aquel próspero exconvicto que se hacía llamar Duck— le advirtió que cuando entrara en su casa oiría de nuevo las vocecillas de sus hijos, a pesar de que ya eran mayores, ya estaban en la universidad y no volverían para recibirlo hasta al cabo de dos días. Nadie le había dicho que le daría miedo descorrer la puerta de vidrio del patio y salir. Le parecía un espacio demasiado abierto.

Se quedó frente al cristal, mirando a la perra a la que no había llegado a conocer, ladrando, al parecer, a la valla. Iba corriendo al otro lado, esperaba unos segundos y luego volvía al punto en el que había ladrado. Era esperanzador ver cómo deseaba con todas sus fuerzas que hubiese algo allí a lo que ladrar, y que aun si no había nada, ladrase igualmente. La perra repitió esto una y otra vez hasta que de pronto salió disparada y dio dos vueltas al patio a toda velocidad. Luego retomó su rutina. Vio el reflejo de Melissa acercándose por detrás. Vio los dientes resplandecientes de su sonrisa, el pelo radiante recogido en una cola de caballo. Llevaba un cinturón de cuero negro

ciñéndole una camiseta azul desteñida que le llegaba hasta la mitad de los muslos y unas mallas de color rojo. La vida de Clyde en la cárcel la había envejecido —le habían salido mechones grises en el pelo y unos surcos que se abrían en abanico junto al rabillo del ojo—, pero seguía siendo muy guapa. Se la veía feliz, sana, y tan ágil como una corredora en forma para un maratón. En el cristal, parecía la misma chica que había conocido veintiún años antes. Lo rodeó con los brazos por la cintura.

—Se llama *Margo* —le dijo.

—Tiene cara de *Margo*. Es preciosa.

La perra era negra y lustrosa, musculosa, joven y enérgica. Ladró un rato, corrió una vuelta al patio y luego se puso otra vez a ladrar. Lo había hecho ya tantas veces que parecía su trabajo.

—¿A qué ladra?

—A nada —respondió Melissa—. Ahí es donde dirijo el puntero láser por la noche. De la puerta hasta ahí y vuelta a empezar. Para cansarla, porque, si no, se pasa la noche acostándose y levantándose de la cama.

—¿Qué es un puntero láser?

Ella le estrechó la cintura.

—Te quiero, Clyde. Bienvenido a casa.

—Yo también te quiero —dijo él, y miraron a la perra, corriendo y ladrando, corriendo y ladrando.

Melissa parecía atraer siempre a las criaturas extraviadas más extrañas, y les ponía cualquier nombre que le viniera a la cabeza haciendo yoga, igual que había escogido el nombre de sus tres hijos: Ocean, Azure y Malachi. A Clyde le encantaban porque pertenecían a sus hijos, pero en el sitio del que él venía los nombres eran más tradicionales, menos excéntricos y bohemios. Curiosamente, todos los perros a los que había bautizado tenían nombres más razonables, más humanos; nombres que siempre empezaban con eme por algún motivo: *Mitch*, *Missy*, *Misty*, *Michael*, por citar algunos de los veinte o así que había conocido él.

Pero no eran solo los perros. Los niños del vecindario, siempre con un aspecto algo desnutrido y desaseado, orbitaban en torno a ella. Ella les

hablaba como a ciudadanos valiosos y les asignaba trabajitos que hacer en la casa, les enseñaba a pintar coloridas caras de gato en platos de papel y los quería a su manera. Antes, a veces todos aquellos animales callejeros y niños vagabundos lo ponían de los nervios, a veces había sentido celos de la reserva infinita de paciencia y de amor que Melissa tenía para otros, pero siempre regresaba a la pregunta obvia y esencial: ¿cómo no amar a una mujer como esa?

Melissa lo abrazaba junto a la puerta de vidrio, viendo cómo la perra repetía el bucle.

—¿Quieres ver el útero? —le preguntó.

—¿El útero?

—En el sótano. De hecho, *el* sótano —dijo con orgullo, sonriendo—. Es perfecto.

Le había explicado algo de eso hacía tiempo, en una carta, pero Clyde había olvidado los detalles. Era casi imposible seguir al día todos sus proyectos, cambios vitales y dietas. Muchos nunca salían adelante, pero, al parecer, en el proyecto del sótano había perseverado.

—Claro —respondió.

Cruzaron la cocina, y Clyde reparó en que uno de los calcetines de Melissa era gris oscuro y el otro azul. En la puerta del sótano, se rezagó un momento antes de cruzar el umbral, con la mano apoyada en la jamba.

—Supongo que esto sería la vagina.

—¡Caramba, Clyde! —Melissa estudió el marco y la puerta misma, recorriendo con las manos las vetas de la madera—. Y mira: no me había dado cuenta, pero el diseño de la madera es perfecto.

—En mi experiencia, la puerta está siempre cerrada y con el cerrojo echado.

Ella le dio una palmada juguetona en el hombro y luego bajaron la escalera. Clyde intentó buscar otra metáfora, algo divertido, pero no se le ocurría nada. Después de doce años rodeado de hombres, no le sorprendió haber perdido la práctica con las bromas picaras.

Melissa encendió la luz del sótano. Los rieles de luz del techo arrojaron un resplandor azulado que oscurecía las paredes estucadas, aterciopeladas y pintadas de un rosa placentario. Había colgados cuatro grandes retratos al

óleo de mujeres embarazadas de aspecto psicodélico, electrizado, y caderas anchas. Estaban todas pintadas con una paleta fluorescente de violeta, verde, rojo y amarillo, y usando solo líneas curvas y circulares. Irradiaba energía de sus siluetas. Fueron una conmoción para su mirada apagada y acostumbrada a la cárcel, y se sintió mareado.

—Bueno, ¿qué te parecen los cuadros? —preguntó ella.

—Son bastante locos.

—Atento, la artista usó las placentas congeladas de sus propios hijos para pintar los rojos más oscuros. ¿No es un espacio sanador? Me encanta. Vamos a sentarnos un momento. —Melissa lo condujo al sofá de terciopelo rosa. Al lado, en una mesita pegada a la pared, había una vela blanca enorme hecha de centenares de bolitas de cera—. Para mí, esto es el corazón de la sala.

—Es una pasada, eso sí —dijo Clyde. Se acercó y cogió una de las bolitas de cera del contenedor de cristal. Desde arriba, vio una mecha blanca que iba enroscándose por los espacios que quedaban entre ellas. No la habían encendido nunca.

—Enciéndela —lo invitó Melissa—. No me había dado cuenta hasta ahora, pero supongo que la estaba reservando para ti.

Hasta el encendedor que le pasó era rojo oscuro. Clyde encendió la vela, se miró la mano y sonrió.

—Un mechero. Pensaba que no volvería a ver uno.

Había conocido a Jesús poco después de llegar a la cárcel. Era un traficante de drogas de Ciudad de México nervudo y enjuto como un pajarillo, y con un retrato beatífico de Cristo crucificado en el antebrazo. Todos los martes, Jesús y algunos otros preparaban una especie de caramelos en el microondas de la sala común. Clyde nunca los probó, y los que se encargaban de prepararlos se repartían siempre el producto acabado entre ellos, pero había visto cómo lo hacían puede que un centenar de veces. Jesús parecía ser el jefe de cocina; mezclaba la leche en polvo, el agua, el azúcar y el tabasco en un cuenco y luego calentaba los ingredientes en el microondas hasta que quedaba un mejunje espeso y empalagoso. La sala apestaba a leche quemada. Clyde imaginaba que así debían de oler todas las acogedoras casas de adobe de

México.

Después de calentarlo en el microondas, Jesús cogía el cuenco caliente por los bordes, lo colocaba en la mesa con cuidado y usaba dos cucharas color naranja de la cantina para darles forma a los caramelos. Cogía un pegote perfectamente proporcionado de aquel potingue blanco y pegajoso y lo convertía en una bola con la única ayuda de las dos cucharas: dándole la vuelta, amasándolo y presionándolo, todo ello sin dejar de charlar con sus *amigos* en un español acelerado y a todo volumen. Los movimientos ágiles y fluidos del moldeado del caramelo recordaban a los de una frenética labor de punto, pero con la sutileza del juego de manos de un mago.

Cuando el caramelo se enfriaba, lo dejaba sobre la tapa del cuenco, cubierta de una espesa capa de azúcar. Con las puntas de los dedos, Jesús rebozaba cada caramelo y luego lo colocaba en el reverso de uno de esos formularios de desembolso rosas que todo el mundo usaba para apuntar cosas. Dar forma a cada caramelo y envolverlo llevaba veinte segundos, y de cada tanda salían más de cincuenta unidades del tamaño de una canica.

Clyde no había pensado mucho en ello hasta el momento, pero quería probar uno más que nada en el mundo. En aquel entonces, superado por el olor a nube quemada y crema rancia, le repugnaba solo pensar en meterse uno de esos caramelos en la boca. Pero ahora se quedó mirando cómo ardía la vela nueva y cayó por primera vez en la cuenta de cuánto le gustaba ver a la familia de presos hispanos y de que nunca volvería a verlos.

Había mentido, pensó, le había mentado al funcionario esa mañana cuando le había dicho que no iba a volver. Había vuelto, y volvería todos los días durante el resto de su vida.

—¿Te ha hipnotizado la vela? —le preguntó Melissa.

—Sí, creo que sí. —Dejó la bola de cera junto a la llama y se sentó al lado de Melissa en el sofá.

—Yo creo que, si hubiésemos tenido esta sala en aquel entonces, no lo habrías hecho.

—No lo sé.

—Te habría hecho sentar aquí al menos dos horas cada noche para que sanaras tus conflictos. Tenías mucha rabia dentro.

—Lo sé.

—Nunca pensaste en matarme a mí, ¿verdad?

—Yo no quería matar a nadie.

—Lo sé —dijo Melissa—. Es solo que me preocupo.

Clyde la besó en la mejilla y la abrazó.

—¿Te importa si duermo una siesta? Ha sido un día muy largo.

Ella le lanzó una mirada que llevaba doce años sin ver: intensa y al mismo tiempo distante, como si mirara a través de él esperando encontrar a alguien que le cayese mejor. Una leve sonrisa de labios apretados que ocultaba apenas un fuego ardiente. Clyde había hecho jornadas larguísimas vendiendo coches en un concesionario de Chevrolet en Kalamazoo, y los domingos y los lunes de fiesta se levantaba mucho antes que Melissa para trabajar en el patio, fumando cigarrillos mentolados al frescor del rocío de la mañana. Arrancaba las malas hierbas de los macizos de flores y retiraba los tallos marchitos, y cuando el rocío se evaporaba, recogía las cagadas de perro y cortaba el césped. Luego, por la tarde, dormía la siesta durante un par de plácidas horas, y esto nunca dejaba de enfurecer a Melissa. Cuando se la encontraba de nuevo en la cocina o en el salón, su cuerpo tañía como una campana por la indignación. No lo miraba a los ojos, apenas era capaz de estar en su presencia hasta al cabo de un par de horas. No era ni mucho menos racional, creía él, pero qué se le iba a hacer.

—Solo un descanso.

—Había pensado que podríamos hacerlo.

—Si lo hago ahora, Melissa, creo que podría estallarme el cerebro. Estoy acostumbrado a dormir un poco después de comer. Solo necesito echarme aquí un rato.

—Siento que ya no me quieras —dijo ella.

—¿Qué?

—¿Cómo crees que me sienta eso? Ahora mismo me siento superrechazada.

—Puedes sentarte aquí y sanarte hasta que me despierte.

Melissa se levantó bruscamente y le clavó una mirada con las manos apoyadas en las caderas. Clyde sentía cómo todo su cuerpo se debatía entre ponerse a discutir o no.

—Melissa —le dijo, pero no tenía nada con lo que continuar la súplica. Se

le hizo un nudo en el estómago. Estaba fuera de su elemento en la sala-útero de Melissa. Era como si nunca se hubiese ido. Había viajado de golpe doce años atrás en el tiempo—. Hostia puta —exclamó, sin saber exactamente a qué se refería.

—Esto es genial. —Se acercó a la vela y la apagó con un soplo agresivo—. No me gastes la puta vela.

Apagó el riel de luces azuladas, subió la escalera dando pisotones y cerró la puerta del útero de un portazo.

Clyde se despertó hacia las tres con el ruido de la puerta del garaje al cerrarse. Por un momento pensó que era la puerta de la celda contigua. El sótano no tenía ventanas y estaba completamente oscuro, mucho más oscuro de lo que lo estaba nunca la cárcel, donde las luces del pasillo no se apagaban nunca y los altos focos que iluminaban los terrenos exteriores relumbraban por las ventanas diminutas de la celda toda la noche.

Se quedó tumbado en el sofá y oyó a Melissa entrando por la puerta de atrás. Sus llaves del coche cayeron sobre la encimera y se deslizaron hasta la pared. Clyde sabía exactamente dónde estaban, justo a la izquierda del fregadero de la cocina. Melissa dejó entrar a la perra, y las pezuñas de *Margo* repiquetearon en el linóleo del suelo.

—¿Quién es mi niña buena? ¿Quién es mi niña bonita y buena? —la oyó decir, y la perra se puso frenética, a la carrera por el salón y patinando por el suelo de la cocina—. Ah, qué feliz es ella. ¿Has estado ladrándole a la valla mientras mamá iba a trabajar? ¿Has conocido ya a papá o sigue durmiendo?

Clyde sonrió. Se sentía bien. A lo mejor el sótano sí que era sanador.

La puerta en lo alto de la escalera se abrió, y un silencioso rayo de luz barrió la oscuridad. Melissa bajó y encendió las luces azuladas. La perra se quedó arriba, reticente a emprender el descenso.

—Me gusta mucho este sótano —dijo Clyde—. Está tan oscuro... ¿Te importa si enchufo mi tele aquí abajo?

—No, no me importa. ¿Tienes hambre? —Melissa le sonrió—. ¿Qué tal una *pizza*? ¿Te sigue gustando la *pizza*?

—¿A quién le va a dejar de gustar la *pizza*?

Clyde se incorporó. Estiró los brazos hacia el techo. Melissa le tendió la mano y él la cogió. Lo ayudó a levantarse del sofá con una sonrisa, ya sin rastro de enfado, al parecer.

—Parece que peses lo mismo de siempre. Qué locura, doce años. Tiene que ser algún récord, estoy segura.

—Gracias, supongo —respondió él, y la siguió por la escalera, cogido de la mano que ella tendía hacia él tras de sí. Se detuvo en la puerta—. ¿Estás listo para conocer a *Margo*?

—Sí —respondió él—. Y luego te voy a sorprender con algo. ¿Tenemos leche?

En la cocina, Clyde saludó a la perra, que ladró dos veces y luego se acurrucó con Melissa en el sofá del salón mientras ella pedía una *pizza* a domicilio. Más o menos cada cinco minutos, la perra entraba en la cocina a ladrarle a Clyde y luego volvía con Melissa, que había comenzado a grabar un programa sobre los incas para sus alumnos de séptimo curso. El documental se titulaba *El camino al Machu Picchu*. Seguía a los presentadores, marido y mujer, y a sus burros de carga, *Cervantes* y *Donkey Hotey*, por las ruinas antiguas de Cuzco, Perú.

—¿Dónde está la leche? —preguntó Clyde.

—Donde siempre. En la nevera.

—Estoy buscando, pero no la veo.

—Es leche de soja. Pone «Silk». La leche de vaca es malísima, por no hablar de cómo maltratan a las vacas. ¿Has oído los nombres de esos burros?

—Sí, qué gracia.

Después de la leche, encontró el azúcar, que vio que era una cosa burda y sin refinar, como diminutas gemas de ámbar en la palma de su mano. Y encontró también un tarro pequeño de pimienta roja molida detrás de un frasquito de extracto de vainilla. Mezcló dos tazas de leche de soja, media taza de azúcar y una cucharada a rebosar de pimienta.

—Es una referencia a Cervantes, el escritor, y su libro más famoso —dijo Melissa.

—Sí, ya lo pillo. No me he vuelto idiota en la cárcel. He leído *Don Quijote*, de hecho.

En realidad, no había leído más de doscientas páginas, y se sintió de

inmediato culpable y miserable por mentir.

La biblioteca general del E. C. Brooks consistía en diez estanterías altas detrás de un mostrador. Tenía que anotar los posibles libros del catálogo de fichas, entregarle la lista al preso bibliotecario y esperar con paciencia a que no los encontrara. Los libros estaban invariablemente desaparecidos; el catálogo, espantosamente desactualizado. Había ido pasando con aquel sistema fallido hasta que conoció mejor el funcionamiento de la cárcel, y entonces sobornó al bibliotecario con un paquete de café y lo dejaron colarse entre las pilas de olor rancio mientras la funcionaria encargada de la biblioteca estaba en su despacho. A Clyde el corazón le palpitaba como si se estuviese dando a la fuga mientras agarraba aquel Cervantes y otros grandes clásicos que le durarían un buen tiempo, entre ellos, *Moby Dick*, que sí terminó.

No había vuelto a pensar en Cervantes, hasta ahora.

Clyde dejó la mezcla hirviendo a fuego lento y se dirigió al salón. El presentador iba algo acelerado después de masticar hojas de coca. Hablaba muy rápido, y sus movimientos eran bruscos e involuntarios. Mientras montaba en el burro hablando a la cámara, no dejaba de mirar a su espalda y de palparse la cabeza para asegurarse de que su sombrero seguía ahí. Su compañera guardaba silencio, y Clyde se preguntó si estaría enfadada por su subidón.

—Esto lo usaban los incas para atraer a los colibrís —dijo el presentador, Chuck, señalando una flor de un vivo color melocotón, con unos pétalos caídos y llenos de néctar y unos largos estambres amarillos y marrones—. Y ya tenemos a los burros agachándose. —La tele tapó con un pitido la palabrota que soltó Chuck al saltar de su burro cuando este se tumbó en mitad del camino—. Y ahora fíjense en *Donkey Hotey*. Siempre va detrás, va a hacer lo mismo. —Su mujer se subió a lomos del segundo burro, que, como si le hubiesen dado la señal, se tumbó en el suelo—. Cuando se cansan, no hay manera de evitarlo —explicó Chuck—. Echan una siesta y punto.

Clyde miró a Melissa. Tenía que ver la conexión, la reivindicación. Era un instinto animal, no se podía discutir. Ella siempre soltaba ahs y ohs cuando salían animales en televisión: Clyde quería que hiciese algún comentario sobre los burros dormilones para poder abordar el tema. «¿Ves qué irónico?»,

le diría. Pero Melissa no comentó nada, se quedó mirando la tele, estoica, rascando a la perra, y Clyde supo que nunca cedería, y que su relación era la misma ahora que cuando se fue. La amaba por ser así, y sabía que si no fuera tan tozuda no tendría la fuerza que tenía. Era su fuerza la que había criado a sus hijos, conservado la casa, pagado las facturas y la que se había quedado a su lado cuando él estaba totalmente convencido de que lo dejaría después de un par de años. ¿Cómo no iba a amarla?

—Puaj —dijo Melissa—. ¿Qué es ese olor?

—¡Ah, mierda! —Él corrió a la cocina.

—Dios, Clyde, parece que se esté quemando algo muerto.

—Así es como huele —respondió él—. Así es como huele siempre.

El fondo de la olla estaba requemado, pero por encima el azúcar se había caramelizado y había reducido la mezcla a un mejunje espeso que bullía lentamente y se oscurecía por momentos. Clyde apagó el fuego. Intentó amasar aquel tofe parduzco en forma de bolas usando un par de cucharas, pero fue incapaz, así que enjuagó los guantes de fregar amarillos de Melissa y, con las manos enguantadas, hizo unas veinte bolas y las rebozó en cristales de azúcar moreno sin refinar. Las colocó en un plato blanco de plástico para presentarlas. Parecían adornos de Navidad diminutos y recubiertos de un peligroso vidrio ahumado.

Las pezuñas de la perra repiquetearon en la cocina, y, sin pensarlo, Clyde le lanzó uno de los caramelos. Ella lo masticó y luego le dieron arcadas y lo sacó casi entero de la boca. Estuvo bebiendo agua de su cuenco durante casi un minuto.

—No le habrás dado a *Margo* una de esas bolas de azúcar apestosas, ¿no? —preguntó Melissa a voces.

—No —respondió él mientras limpiaba el estropicio con papel de cocina.

No recordaba haber mentido ni una sola vez durante toda su temporada en la cárcel. Ahora acababa de mentir dos veces en los últimos veinte minutos.

Sonó el timbre de la puerta y llegó la *pizza*. Melissa puso la caja en la mesa del comedor, junto a la tele de Clyde. Él colocó el plato de caramelos en la encimera y luego apartó el televisor.

—¿De qué es la *pizza*?

—Ay, no... La he pedido vegetariana sin pensar. Supongo que me he

olvidado de que estabas aquí.

Clyde bajó la vista hacia *Margo*, que seguía sin apartarse del cuenco de agua, a pesar de que el repartidor de *pizzas* estaba en la puerta. Negó con la cabeza.

—¿Me he ido alguna vez? —le preguntó a la perra.

Se puso la tele debajo del brazo y cogió un caramelo del plato. Bajó al sótano, encendió la vela y se metió el caramelo en la boca. Colocó el televisor en el suelo y lo enchufó a la conexión de cable. El caramelo le supo dulce al principio, pero luego pasó a un sabor amargo de nube quemada que fue soportable hasta que empezó a arder, como un jalapeño de caramelo. Le abrasó la lengua e hizo que la cabeza entera empezase a picarle con un sudor frío. Encendió la tele. Fueron pasando canales hasta llegar a cien, pero no apareció nada más que nieve en la pantalla. Conectó de nuevo el cable, pero no solucionó nada. Cambio de canal y la sala empezó a saltar de un resplandor estático a una penumbra rojo oscuro, como una burda luz estroboscópica. Apagó el televisor y escupió aquel caramelo repugnante a la masa fundente de bolas de cera.

Se quedó un momento encima de la llama, sintiendo el pulso de luz de la vela. ¿Dónde estaba? Físicamente, lo sabía: en el 572 de Lancelot Lane, justo a las afueras de Kalamazoo. Pero tenía que encontrar un trabajo. Tenía que sacarse el permiso de conducir y contactar con su agente de la condicional. Estaba de nuevo al comienzo en mitad de su vida, y daba la impresión de que todas las partes buenas ya habían quedado atrás: los chicos creciendo, escalar profesionalmente, los viajes en familia que todos recordarían siempre. Crear esos recuerdos debía de ser la parte «buena» de la vida, pero había pasado todos esos buenos tiempos entre rejas. Lo había sabido ya entonces: por las noches, la vida que se estaba perdiendo irradiaba ondas de dolor que lo sacudían con ráfagas de intensa tristeza. Y ahora, un dolor similar lo golpeó, tan intenso como el ardor de aquel caramelo horrible.

Oyó a la perra gimoteando en lo alto de la escalera. ¿No estaba bien estar allí? ¿No estaba bien ser libre? Clyde notó la cara caliente por la llama de la vela.

Amaría a Melissa como se esperaba de él. Volvería a contribuir productivamente a la sociedad. Haría que arreglasen la conexión de cable del

sótano, enseñaría a la perra a bajar la escalera y pasaría muchas horas allí con ella mientras sanaba. Y, cuando hubiese sanado, cuando hubiese terminado, lo haría todo mejor que nunca. Cuando se sintiera más en su casa. Cuando sintiera que ese era su sótano, que Melissa era su pareja, que *Margo* era su perra, que el patio y la casa eran todos suyos. Cuando este mundo pareciera suyo de nuevo, comenzaría.

AGRADECIMIENTOS

La noche que maté a un hombre fue un trance terrible, en particular para su familia, para la mía..., para todos los que sufrieron un trauma por mis acciones. Tendré que lidiar con la culpa y el dolor. A menudo siento tanta tristeza y tanta amargura en mi corazón que parece que me vaya a explotar. Pero veinticuatro horas después de oír cómo se cierra la puerta de la cárcel ya has descubierto que o mueres arrepintiéndote del pasado o aprendes a vivir en el presente. Para mí, la ficción es una parte muy importante de ese presente, y me aferro a ella como a un salvavidas que me aleja diariamente de la niebla.

Aunque puede que este libro parezca demasiado fino para soportar el peso de tantos agradecimientos, no doy por hecho que vaya a volver a tener esta oportunidad, de modo que:

Tengo una enorme deuda de gratitud con mi hermana, Nicole Browning, y con su familia: Bill, Tyler y Morgan.

Nicole, además de ser madre de adolescentes y de tener un trabajo a jornada completa, se ha encargado de mecanografiar todo lo que le he enviado. Lo hace con gusto y sin cobrar. Como un ángel.

Tengo también un agradecimiento especial para Jarrett Haley, que hace ocho años encontró tres relatos míos en la revista *Hobart* de Aaron Butch, y no dejó nunca de tener fe hasta que esa fe se convirtió en un libro, un libro en

el que trabajó de manera infatigable. Para la familia de Jarrett, su esposa, Nicolle, y los niños más encantadores que hayas visto nunca: Oliver, Charlotte y Priscilla. Y también para la madre de Jarrett, Patricia Jordan, que introdujo los infinitos cambios y revisiones.

Gracias, Elise Capron y Sandra Dijkstra, de la Sandra Dijkstra Literary Agency. Vuestro entusiasmo y arrojo empresarial ha sido un regalo con el que no contaba. ¡Gracias!

Estaré siempre en deuda con Kathryn Belden, intrépida y extraordinaria editora de Scribner y también amiga, que le dio una oportunidad a un preso. Y con Nan Graham y el resto de los buenos amigos de Scribner, que le dieron la libertad de hacerlo.

Gracias a mi hermana, Shelley Eaton, y a su familia —Jim, Parker y Grant — por todo su amor y su apoyo.

A Don y Sherie Knutsen, Kris, Clint y Lucy.

Y a Warren y Arllis, mi madre y mi padre. Todo lo que haya de bueno en estas páginas os lo debo a vosotros. ¡Gracias por todo vuestro amor y vuestro apoyo!

Me es imposible describir la evasión que siento cuando veo a los Detroit Tigers unas horas al día, 162 veces al año (e incluso más). Desde 2006, cuando solo podíamos comprar televisores en blanco y negro y el gran Jim Leyland era su mánager, han sido unos amigos con los que se podía contar: a veces desesperantes, pero siempre ahí. ¡Estaría perdido y sería peor persona de no ser por ellos!

Gracias a mis profesores de la Universidad de Illinois del Sur y de la Universidad de Michigan Oeste, que me enseñaron que las palabras podían cambiar el mundo: Stuart Dybek, Jaimy Gordon, Elizabeth McCracken, Beth Lordan, Carolyn Alessio, Lucia Perillo, Rodney Jones, Ricardo Cortez Cruz y el fallecido Kent Haruf.

A Bridgett Jensen, mi amiga más «antigua», que tantos libros me ha enviado. Y a los amigos que he hecho por el camino: Shelly Barton, Trace

Roberson, Andrea Nolen y Darrin Doyle.

Gracias a las revistas literarias que incluyeron mis relatos en sus páginas y me dieron esperanza: *Oyez Review*, *Dislocate*, *Bull*, *Hobart*, *Foliate Oak*, *Cooweescoowee*, *Trajectory*, *Iconoclast*, *Phantasmagoria*, *Beloit Fiction Journal* y *Vice*. Y también a los centenares de revistas que no lo hicieron.

A la increíble Kim Knutsen: mi mejor amiga, mi escritora favorita, la doctora en letras más divertida y la mejor madre del mundo para las tres luces de mi vida, para los tres motivos por los que aún sigo vivo: Henry, Elijah y Lily Rose. Daría cualquier cosa por estar allí y no aquí.

Y, en último lugar, pero no por ello menos importante, gracias a los demasiados presos de Estados Unidos, que han sido la inspiración para estos relatos. Ruego por que todos encontremos el perdón, la libertad y la paz. Dentro y fuera. Y gracias a los amigos reclusos, y ávidos lectores, que he hecho hasta el momento: Myrle Wheat, Craig Haskell, Michael Fritz, Lou Longoria y Garry Steffenhagen.

Hasta el último centavo que tenga la suerte de recibir como resultado de lo que escriba irá destinado a un fondo universitario para mis hijos.



CURTIS DAWKINS: Nacido y criado en Louisville, Illinois, Dawkins es licenciado en Humanidades y máster en Bellas Artes, llegando a publicar varias historias breves. Casado —con Kim Nutsen, profesora de escritura y también autora— y padre de tres hijos, trabajó de vendedor de coches y algo bastante más enrevesado, envolturas cárnicas de alta tecnología —uno de los relatos versa sobre ello—, pero su adicción a las drogas destrozaría su vida. Radicado en Kalamazoo, Michigan, en Halloween de 2004, Dawkins, armado y bajo los efectos del *crack*, acabó con la vida de Thomas Bowman mientras intentaba perpetrar un robo. En 2005 fue sentenciado a cadena perpetua sin posibilidad de libertad condicional, condena que cumple en el Lakeland Correctional Facility de Coldwater. Entre rejas redescubrió la escritura y, el año pasado, publicó *Hotel Graybar* en Estados Unidos con gran éxito de crítica y también cierta polémica, ya que el Estado de Michigan le reclama el 90% de los 150.000 dólares de anticipo por el libro en compensación por los gastos de su encarcelamiento.